

ALMANAQUE  
SUD-AMERICANO



PARA

2000



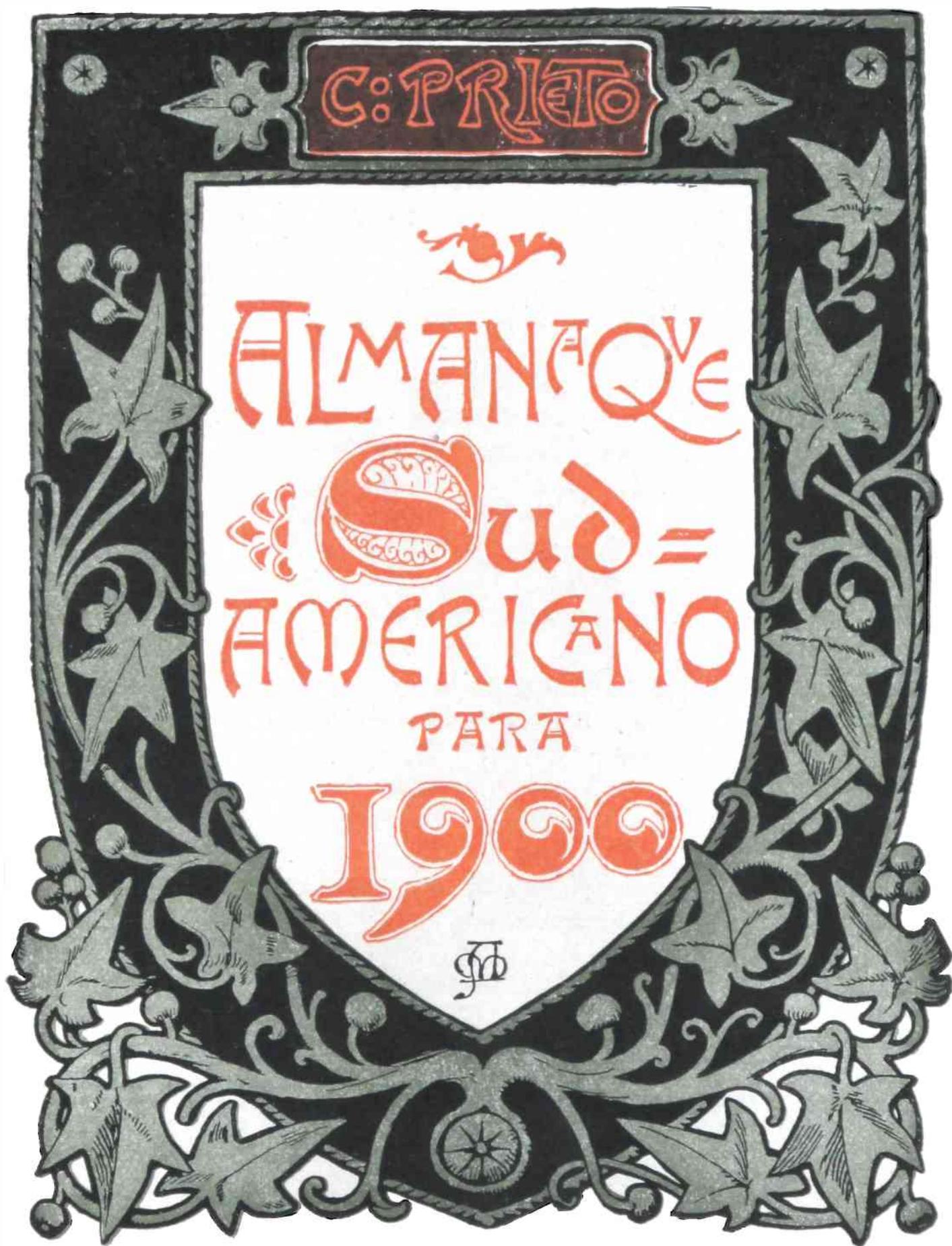
# ALMANAQUE

SUD - AMERICANO

---

**Es propiedad de RAMÓN ESPASA É HIJO**

---



BUENOS AIRES

RAMÓN ESPASA É HIJO, EDITORES

158, CERRITO, 174

# Índice literario

Alfonso (Salvador).— Tres consejos, poesía. . . . .	86
Baires (Carlos).— Contradicción y armonía. . . . .	158
Bares (Manuel A.).— Emilio Castelar. . . . .	180
Barreto (José M.).— En el huerto. . . . .	85
Berisso (Emilio).— Sugestión, poesía. . . . .	92
Berisso (Luis).— Bodas trágicas. . . . .	93
Blixen (Samuel).— En el álbum de la Srta. Carmen Cuestas, poesía. . . . .	113
Bolet Peraza (Nicanor).— Andrés A. Mata. . . . .	108
Campo (Estanislao del).— Veremos, poesía. . . . .	221
Casal (Julián del).— La agonía de Petronio, poesía. . . . .	172
Casañal (Alberto).— Cantar baturro. . . . .	200
Cibils (José).— En el obraje, poesía. . . . .	44
Cobos (Francisco).— El calendario de la Gloria. . . . .	22
Coronado (Martín).— Renacimiento, poesía. . . . .	202
Chocano (José S.).— Lienzo y mármol, poesía. . . . .	49
Darío (Rubén).— Flirtation, poesía. . . . .	176
Díaz (Leopoldo).— En el álbum de Emelina Ortiz, poesía. . . . .	224
»           »           — Canción del tedio, poesía. . . . .	237
Echegaray (José).— Lo grande y lo mezquino, poesía. . . . .	31
»           »           — Las dos caretas. . . . .	167
Facio (Justo A.).— Fragmento de un poema, poesía. . . . .	218
Fernández Espiro (Diego).— Claroscuro, poesía. . . . .	144
Ferrari (Emilio).— Después de una lectura, poesía. . . . .	192
Fianson (José).— La canción del último fauno, poesía.. . . .	56
Fornieles (Salvador).— * *, poesía. . . . .	78
»           »           — Venus, poesía. . . . .	112
García (Adolfo).— Voluptuosa, poesía. . . . .	62
»           (Luis).— La victoria, poesía. . . . .	222
Gomensoro (José Sr.).— Gloria victis! . . . . .	90
González Galé (José).— Ir por lana, poesía. . . . .	129
»           (Pedro A.).— Mi vela, poesía. . . . .	115
Goycochea (Menéndez).— Fausto. . . . .	219
Henríquez y Carvajal (Federico).— Una página de amor. . . . .	37
Herrera (Darío).— Pórtico, poesía.. . . .	160
J. — Emilio Mitre. . . . .	30
Jaimes Freyre (Ricardo).— Soneto. . . . .	123
Latzina (F.).— Los singulares. . . . .	117
León Gómez (Adolfo).— Luz, poesía. . . . .	125
López Weigel (Manuel).— En el jardín, poesía.. . . .	111
Llona (Numa P.).— La tentación, soneto. . . . .	207
»           »           — Aparición, soneto. . . . .	233
Marquina (E.).— La canción de las naranjas, poesía. . . . .	50
Martínez Marcos (Luis).— Tu lágrima, poesía. . . . .	103
Max Nordau.— La admiración, fábula. . . . .	82

Mencos ( Agustín ).— Melancolía , poesía. . . . .	209
Méndez de Cuenca ( Laura ).— Invierno, poesía. . . . .	124
Mestres ( Apeles ).— Las dos hermanas. . . . .	234
Molina Massey ( J. C. ).— Al campo, poesía. . . . .	74
» ( Ramón ).— Las olas. . . . .	174
Naón ( Pedro J. ).— Primavera, poesía. . . . .	27
Nicoláu Roig ( Vicente ).— Un tenorio, poesía. . . . .	80
» » » — Un erudito, poesía. . . . .	171
» » » — Un valiente, poesía. . . . .	192
» » » — Cosas de niñas, poesía. . . . .	200
Noé ( Eugenio C. ).— Meditación , poesía. . . . .	76
Numa Castellanos ( Moisés ).— Dios , poesía. . . . .	232
Palacio ( Ernesto O. ).— El banco de coral, soneto. . . . .	231
Ortiz ( Carlos ).— El triunfo de la lira, poesía. . . . .	87
» » — Visiones de Carnaval. . . . .	194
Palma ( J. J. ).— Esa es la vida , poesía . . . . .	28
» ( Ricardo ).— El padre Pata. . . . .	145
Papini y Zas ( Guzmán ).— En Primavera , poesía. . . . .	105
Payró ( Roberto J. ).— Aurelio Jiménez. . . . .	140
Pérez Petit ( Víctor ).— La vida. . . . .	53
Picón Febrés ( Gonzalo ).— A una granada , poesía. . . . .	64
Piñol ( Rafael ).— Así son muchas , poesía. . . . .	156
Prieto ( Casimiro ).— El mejor desagravio, poesía. . . . .	33
» » — Las enamoradas del Sol. . . . .	58
» » — La feria del matrimonio. . . . .	65
» » — Bodas reales. . . . .	134
» » — La rosa y el nido, poesía. . . . .	143
» » — La creación de los animales , poesía. . . . .	178
» » — Espejos y flores , poesía. . . . .	190
» » — El arroyuelo de las hadas. . . . .	212
» » — El pecado de muchas. . . . .	225
Quevedo ( José M. ).— Quimera , poesía. . . . .	147
Richepin ( J. ).— Le ciel est transi..., poesía. . . . .	186
Ríu ( Francisco A. ).— Germinal , poesía. . . . .	106
Rodó ( José Enrique ).— En el álbum. . . . .	47
Rodríguez ( Horacio F. ).— Flor ideal, poesía. . . . .	78
» » — Lirio, poesía. . . . .	155
Rueda ( Salvador ).— Los negros , soneto. . . . .	177
Solís y Montoro ( José M. <sup>a</sup> ).— Epigrama. . . . .	52
» » » — Epigrama. . . . .	63
Tejada ( Federico S. de ).— Las lágrimas de San Pedro. . . . .	127
Tiberio ( Oscar ).— Bohemia , poesía. . . . .	43
Tobal ( Federico ).— La vida. . . . .	206
Tondreau ( Narciso ).— El viento, poesía. . . . .	161
Velarde ( Samuel ).— El rubí, poesía. . . . .	131
Vicuña Cifuentes ( Julio ).— A Ester, poesía. . . . .	60
X.— Entre vecinos , poesía. . . . .	75

# Índice artístico

---

## AGUIRRE (Julián)

Le ciel est transi... (música). . . . . 186

## ALBERTÍ (F.)

La tarde (variedad). . . . . 116

## CABRINETY (José)

El mejor desagravio (ilustraciones). . . . . 33

— ¿Te gusta? (composición y dibujo). . . . . 57

Entre vecinos (variedad). . . . . 75

Las cerezas (composición y dibujo). . . . . 126

Un viudo (variedad). . . . . 138

Los negros (ilustración).. . . . . 177

## CARAFFA (Emilio A.)

El primer mate. . . . . 48

## ERIZ (Pedro)

Voluptuosa (ilustración). . . . . 62

## ESTEVAN (E.)

Una página de amor (ilustraciones). . . . . 37

## EUSEVI (A.)

Fausto (ilustración). . . . . 219

## FORADORI (J.)

Alegoría á Emilio Castelar. . . . .	179
Renacimiento (ilustración).. . . . .	202

## FORTUNY (Francisco)

Cantando una vidalita (composición y dibujo). . . . .	110
Interior de un conventillo (casa de vecindad), (composición y dibujo).. . . . .	166

## GILI Y ROIG (B.)

Los meses (doce viñetas). . . . .	10
La rosa y el nido (ilustración).. . . . .	143
El viento (ilustraciones).. . . . .	161
Visiones de Carnaval (ilustraciones). . . . .	194

## JIMÉNEZ (A.)

En el obraje (ilustración). . . . .	44
Los singulares (ilustración). . . . .	122

## MESTRES (Apeles)

El calendario de la gloria (ilustración). . . . .	22
Lo grande y lo mezquino (ilustración). . . . .	31
Salvedad oportuna (dos viñetas) . . . . .	32
Entre bohemios (variedad).. . . . .	52
El triunfo de la lira (ilustración).. . . . .	87
Entre bebedores (variedad). . . . .	104
Bodas reales (ilustraciones). . . . .	134
El padre Pata (ilustración).. . . . .	145
La venganza del portero. Cuento vivo (catorce viñetas) . . . . .	148
Las dos caretas (ilustraciones). . . . .	167
Cosas de niñas (variedad). . . . .	200
El arroyuelo de las hadas (ilustraciones). . . . .	212
En el álbum de Emelina Ortiz (ilustraciones). . . . .	224
El pecado de muchas (ilustraciones) . . . . .	225
Las dos hermanas (inicial).. . . . .	234

## NICOLÁU COTANDA (Vicente)

Comentarios. . . . .	142
La visión de Fray Martín. . . . .	193

## PAHISSA (Jaime)

Las enamoradas del Sol (ilustración). . . . .	58
Invierno (ilustración). . . . .	124
Dios (ilustración).. . . . .	232

PAHISSA (J.)

Le ciel est transi... (ilustración). . . . . 186

PELLICER (José Luis)

La feria del matrimonio (ilustraciones). . . . . 65

PLAZA (Nicanor)

Caupolicán. Famoso caudillo araucano. . . . . 79

PICOLO (M.)

Bodas trágicas (ilustraciones). . . . . 93

La agonía de Petronio (ilustración). . . . . 172

PRIETO Y VALDÉS (F.)

Primavera (ilustración). . . . . 27

La vida (inicial).. . . . . 53

A una granada (ilustración). . . . . 64

Meditación (inicial). . . . . 76

Sugestión (ilustración). . . . . 92

Los singulares (inicial).. . . . . 117

Lirio (ilustración). . . . . 155

Espejos y flores (ilustración). . . . . 190

ROSS (Paciano)

Max Nordau, ilustre escritor austriaco. . . . . 81

Sr. D. Andrés A. Mata, eximio poeta venezolano.. . . . 107

Sr. D. Aurelio Jiménez Pastor, distinguido artista uruguayo. . . . . 139

Sr. D. Justo A. Facio, inspirado poeta costaricense. . . . . 217

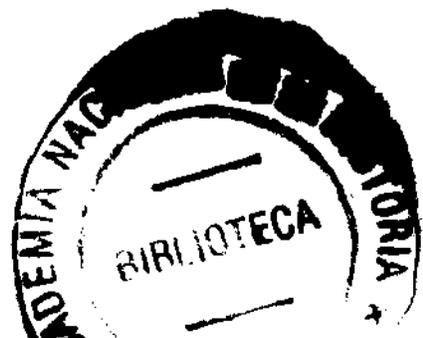
XAUDARÓ (J.)

El automóvil y el lazo (cuatro viñetas). . . . . 83

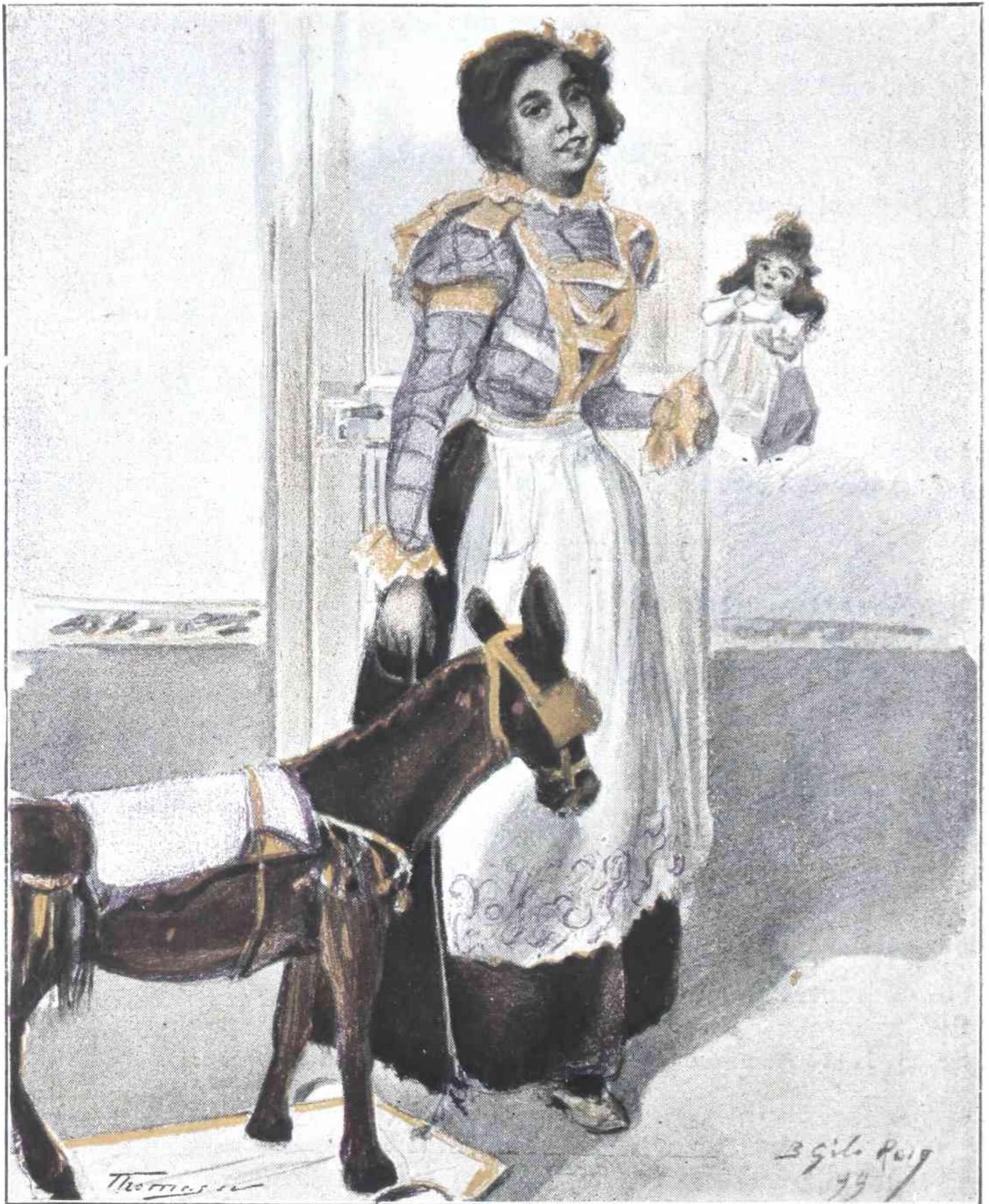
Ir por lana (ilustración). . . . . 129

El telégrafo sin hilos (cuatro viñetas). . . . . 204

\*



# ENERO



- |  |   |   |
|--|---|---|
| 1 L. ✠ LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR.          | 12 V. S. Benedicto, ob.   | 22 L. Ntra. Sra. de Bethleem. — S. Vicente, mr.       |
| 2 M. S. Isidoro, ob. y mr.                 | 13 S. S. Gumersindo, pb.  | 23 M. S. Ildefonso, arz.                              |
| 3 M. S. Florencio.                         | 14 D. EL SMO. NOMBRE DE J. — Stos. Hilario, ob. y Gregorio, p.  | 24 M. Ntra. Sra. de la Paz y s. Timoteo, ob.          |
| 4 J. S. Gregorio, ob.                      | 15 L. S. Pablo, primer ermitaño.                                | 25 J. La Conversión de san Pablo, apóstol.            |
| 5 V. S. Teseforo, p.                       | 16 M. S. Marcelo, p. y mr.                                      | 26 V. S. Policarpo, ob                                |
| 6 S. ✠ ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES.      | 17 M. S. Antonio, abad.   | 27 S. Juan Crisóstomo.                                |
| 7 D. S. Julián, mr.                        | 18 J. S. La Cátedra de san Pedro en Roma y santa Liberata, vgn. | 28 D. S. Julián, ob. y cfr.                           |
| 8 L. Stos. Luciano, Teófilo y Eladio, mrs. | 19 V. S. Canuto, mr.  | 29 L. Dedicación de esta santa Catedral.— San Valero. |
| 9 M. S. Fortunato.                         | 20 S. S. Sebastián, mr.   | 30 M. S. Hipólito. mr.                                |
| 10 M. S. Nicanor, mr.                      | 21 D. S. Fructuoso, mr.   | 31 M. S. Pedro Nolasco.                               |
| 11 J. Stos. Higinio, p. y Palemón, ab.     |   |   |

# FEBRERO



1 J. S. Cecilio, ob y mr.  
 2 V. **LA PURIFICACIÓN**  
 DE NTRA. SRA.  
 3 S. S. Blas, ob. y mr.  
 4 D. S. Andrés Corsino.  
 5 L. S. Albino, ob.  
 6 M. S. Teófilo, mr.  
 7 M. S. Romualdo, abad  
 8 J. S. Juan de Mata, cfr.  
 9 V. S. Alejandro, mr.  
 10 S. S. Ireneo.  
 11 D. de *Septuagésima*. — S.  
 Félix, mr.

12 L. S. Damián.  
 13 M. *La Oración de N. S.*  
*J. C en el Monte Oli-*  
*vete.* — S. Benigno, mr.  
 14 M. S. Valentín, pbro.  
 15 J. S. Faustino, mr.  
 16 V. Stos. Gregorio, papa y  
 Faustino, ob.  
 17 S. S. Rómulo, mr.  
 18 D. de *Sexagésima* — S. Si-  
 meón, ob.  
 19 L. S. Gavino, mr.  
 20 M. *La Conmemoración de*

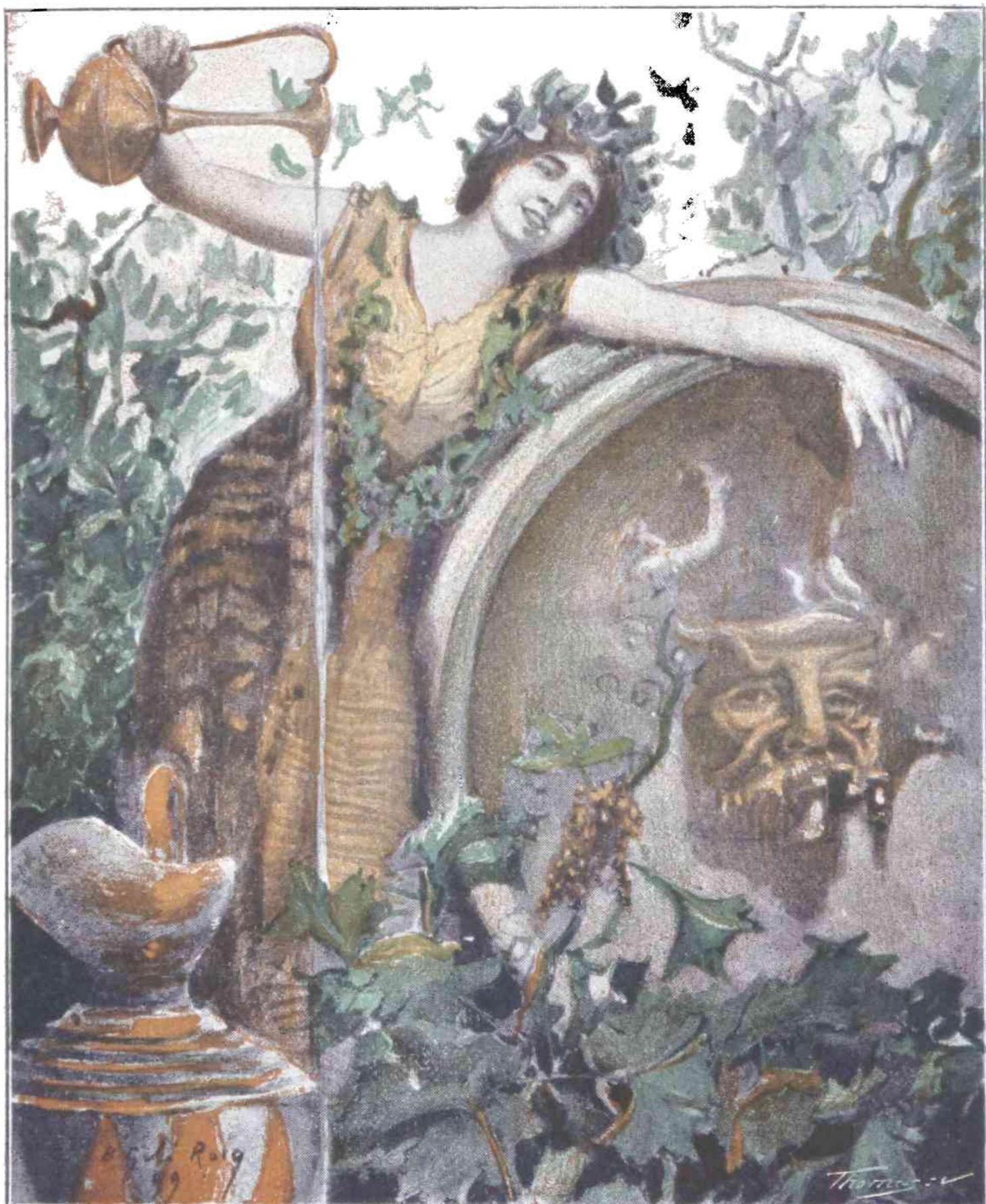
*la Pasión de N. S.*  
*J. C.* — S. Eleuterio.  
 21 M. S. Fortunato, m.  
 22 J. Sta Margarita.  
 23 V. S. Pedro Damián.  
 24 S. S. Matías, apóstol.  
 25 D. de *Quincuagésima*. —  
 S. Sebastián. — CAR-  
 NAVAL.  
 26 L. Ntra. Sra. de Guadalu-  
 pe y s. Alejandro.  
 27 M. S. Baldomero.  
 28 M. CENIZA. — S. Justo, mr.

# MARZO



- |   |   |   |
|---|---|---|
| 1 J. S. Rudesindo, ob.  | 11 D. 2. <sup>o</sup> de Cuaresma.—San Zacarías.        | 23 V. S. Victoriano.—Las cinco llagas de N. S. J. C.      |
| 2 V. S. Heraclio.—La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C. | 12 L. S. Gregorio Magno.                                | 24 S. S. Agapito, ob.                                     |
| 3 S. Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.                        | 13 M. S. Leandro, ob.                                   | 25 D. 4. <sup>o</sup> de Cuaresma — ✠                     |
| 4 D. 1. <sup>o</sup> de Cuaresma.—San Casimiro, rey.          | 14 M. Sta. Florentina.                                  | LA ENCARNACION DE N. S. J. C.                             |
| 5 L. S. Adrián.   | 15 J. Sta. Madrona, vgn.                                | 26 L. S. Braulio.   |
| 6 M. S. Olegario, ob.   | 16 V. Sta. Isabel — La santa Sábana de N. S. J. C.      | 27 M. S. Ruperto.   |
| 7 M. Sto. Tomás de Aquino.                                    | 17 S. S. Patricio, ob.                                  | 28 M. S. Sixto.   |
| 8 J. S. Juan de Dios, fr.                                     | 18 D. 3. <sup>o</sup> de Cuaresma.—San Miguel Arcángel. | 29 J. S. Cirilo.  |
| 9 V. S. Paciano, ob.—La lanza y clavos de N. S. J. C.         | 19 L. Patriarca San José.                               | 30 V. S. Juan Climaco.—La Santísima Sangre de N. S. J. C. |
| 10 S. S. Melitón, mr.   | 20 M. S. Braulio.                                       | 31 S. S. Benjamín y sta. Balbina.                         |
|   | 21 M. S. Benito. Otoño                                  |   |
|   | 22 J. S. Deogracias, ob.                                |   |

# ABRIL



1 D. DE PASIÓN. — S. Venancio y sta. Teodora.  
 2 L. S. Francisco de Paula.  
 3 M. S. Benito de Palermo. — La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.  
 4 M. S. Isidoro, arz.  
 5 J. S. Vicente Ferrer.  
 6 V. S. Sixto, papa. — Los siete Dolores de María Santísima.  
 7 S. S. Epifanio, ob.  
 8 D. DE RAMOS. — S. Dionisio, ob.

9 L. SANTO. — Stas. Casilda y María Cleofé.  
 10 M. SANTO. — S. Ezequiel, profeta.  
 11 M. SANTO. — S. León el Magno.  
 12 J. SANTO. — S. Julio, papa.  
 13 V. SANTO. — S. Hermenegildo.  
 14 S. SANTO. — S. Pedro González Telmo.  
 15 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN. — S. Máximo.  
 16 L. Sto. Toribio, ob.  
 17 M. S. Aniceto, papa.

18 M. S. Eleuterio, ob.  
 19 J. S. Jorge, ob.  
 20 V. S. Serviliano, mr.  
 21 S. S. Anselmo, ob.  
 22 D. DE CUASIMODO. — San Sotero, p. y mr.  
 23 L. S. Jorge mr.  
 24 M. S. Honorio, ob.  
 25 M. S. Marcos, evangelista.  
 26 J. S. Cleto, ob.  
 27 V. Sto. Toribio, arz.  
 28 S. S. Prudencio, arz.  
 29 D. S. Pedro de Verona, mr.  
 30 L. Stas. Catalina de Sena, virgen, y Sofia.

# M A Y O



- |  |  |  |
|--|--|--|
| 1 M. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.                             | 10 J. S. Antonio, arz.                     | 22 M. Sta. Rita de Casia.                            |
| 2 M. Stos. Anastasio, ob. y Ambrosio, mr.                            | 11 V. S. Eudaldo, mr.                      | 23 M. S. Desiderio, ob.                              |
| 3 J. Invencción de la Santa Cruz y s. Alejandro.                     | 12 S. Stos. Domingo de la Calzada y Nereo. | 24 J. ✠ LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.—Stas. Afra y Susana. |
| 4 V. S. Silvano ob.  | 13 D. NTRA. SRA. DE LUJÁN.—S. Mucio, pbro. | 25 V. Stos. Gregorio VII y Urbano.—FIESTA CÍVICA.    |
| 5 S. S. Pío V.   | 14 L. S. Sabino.                           | 26 S. S. Felipe Neri, fdr.                           |
| 6 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.—El martirio de san Juan Evangelista. | 15 M. S. Isidro, labrador.                 | 27 D. S. Juan, papa y mr.                            |
| 7 L. S. Benedicto.   | 16 M. S. Ubaldo.                           | 28 L. Stos. Justo y Germán.                          |
| 8 M. La Aparición de san Miguel Arcángel.                            | 17 J. S. Pascual Bailón.                   | 29 M. Stos. Máximo, obispo, y Restituto              |
| 9 M. S. Gregorio Nac.  | 18 V. Stos. Venancio, mr., y Erico, rey.   | 30 M. S. Fernando, rey.                              |
|  | 19 S. S. Pedro Celestino.                  | 31 J. Sta. Angela de M.                              |
|  | 20 D. S. Bernardino de Sena.               |  |
|  | 21 L. S. Secundino, mr.                    |  |

# JUNIO



- |  |   |   |
|--|---|---|
| 1 V. Stos. Segundo y Fortunato, mrs.                               | 11 L. Stos. Bernabé, apl. y Fortunato, mr.        | 22 V. EL SAGRADO COPAZÓN DE JESÚS.— S. Paulino, ob. |
| 2 S. S. Marcelino, mr.   | 12 M. S. Juan de Sahagún.                         | 23 S. S. Zenón.                                     |
| 3 D. PASCUA DEL ESPÍRITU SANTO —S. Isaac.                          | 13 M. Stos. Antonio de Padua, cfr. y Trifilo, ob. | 24 D. LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.            |
| 4 L. San Francisco Caracciolo.                                     | 14 J. ✠ CORPUS CHRISTI.— S. Basilio, ob.          | 25 L. S. Eloy, ob.                                  |
| 5 M. S. Bonifacio, ob.   | 15 V. S. Vito, mr.                                | 26 M. Stos. Juan y Pablo.                           |
| 6 M. S. Norberto, ob.  | 16 S. S. Aureliano, mr.                           | 27 M. Stos. Zoilo, mr. y Ladislao, rey.             |
| 7 J. S. Pablo, ob.   | 17 D. S. Manuel, mr.                              | 28 J. S. León.                                      |
| 8 V. S. Salustiano, cfr.   | 18 L. S. Ciriaco, mr.                             | 29 V. ✠ SAN PEDRO Y SAN PABLO.                      |
| 9 S. S. Primo, mr.   | 19 M. S. Gervasio, mr.                            | 30 S. La Conmemor. de san Pablo apóstol.            |
| 10 D. LA SANTÍSIMA TRINIDAD. <i>Titular de esta Archidiócesis.</i> | 20 M. S. Silverio, papa.                          |   |
|  | 21 J. S. Luis Gonzaga.                            |   |

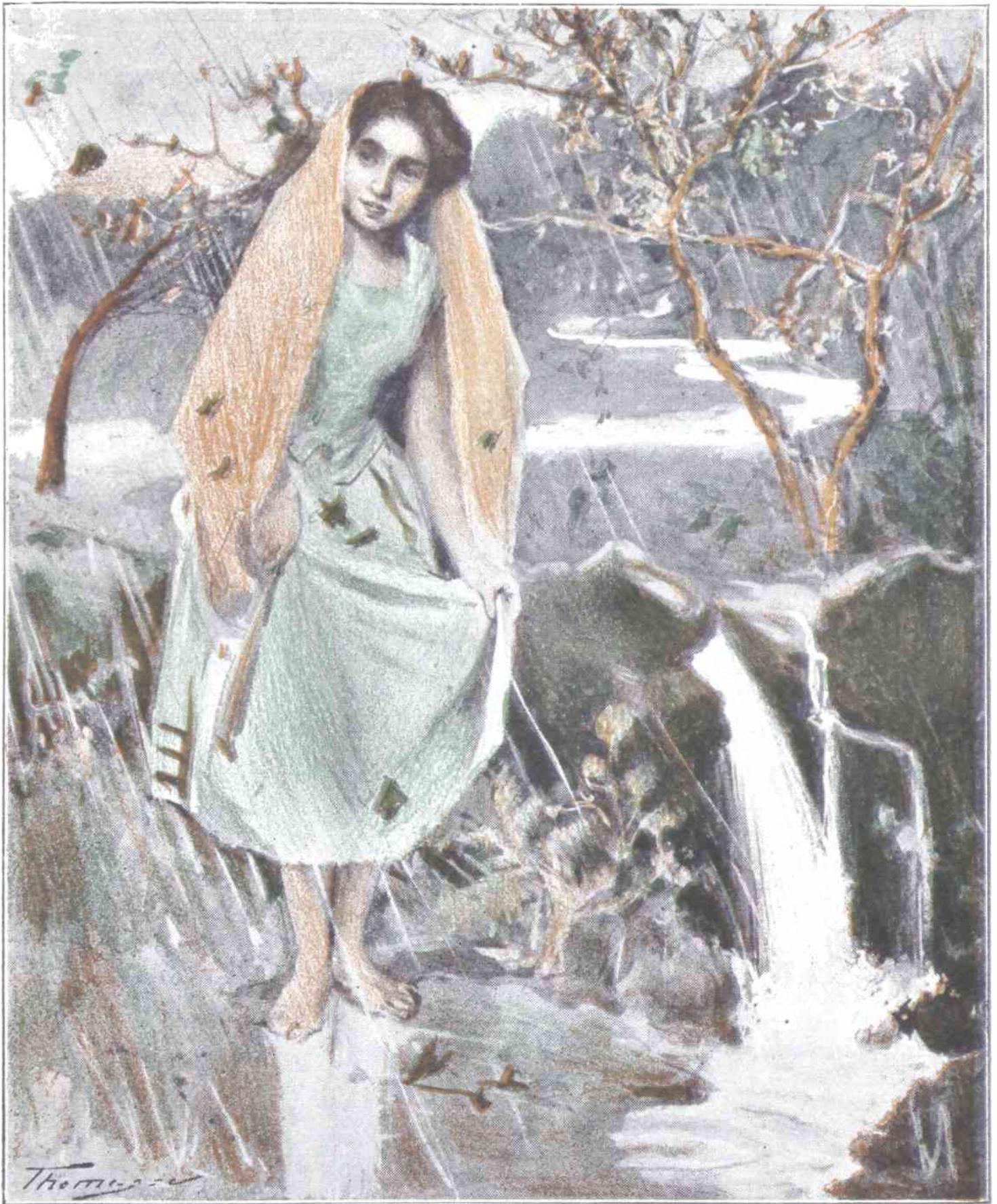
INVIERNO.

# JULIO



- |   |   |   |
|---|---|---|
| 1 D. S. Secundino.— La santísima Sangre de N. S. J. C.                                  | 9 L. S. Cirilo, ob.— FIESTA CÍVICA.                   | 21 S. S. Victor, mr.                            |
| 2 L. Ntra. Sra. de los Desamparados.  | 10 M. S. Enero, mr.                                   | 22 D. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.        |
| 3 M. S. Ireneo.   | 11 M. S. Cipriano, mr.                                | 23 L. S. Apolinario, ob.                        |
| 4 M. S. Laureano.   | 12 J. S. Juan Gualberto.                              | 24 M. S. Francisco Solano y sta. Cristina, vgn. |
| 5 J. La Trasl. de las reliquias de nuestro patrón s. Martín.— San Miguel de los Santos. | 13 V. S. Anacleto, papa.                              | 25 M. Santiago, apóstol.                        |
| 6 V. S. Rómulo, ob.   | 14 S. S. Buenaventura.                                | 26 J. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.            |
| 7 S. Stos. Fermín, ob. y mr. y Odón, ob.  | 15 D. S. Enrique, emperador.                          | 27 V. S. Pantaleón.                             |
| 8 D. Sta. Isabel, viuda.  | 16 L. Triun. de la Sta. Cruz — Ntra. Sra. del Carmen. | 28 S. S. Inocencio.                             |
|   | 17 M. S. Alejo, cfr.                                  | 29 D. Sta. Marta, vgn.                          |
|   | 18 M. Stos. Camilo de Lelis y Federico.               | 30 L. Stos. Abdón y Senén y sta. Máxima.        |
|   | 19 J. S. Vicente de Paúl.                             | 31 M. S. Ignacio de Loyola.                     |
|   | 20 V. S. Jerónimo.                                    |   |

# AGOSTO



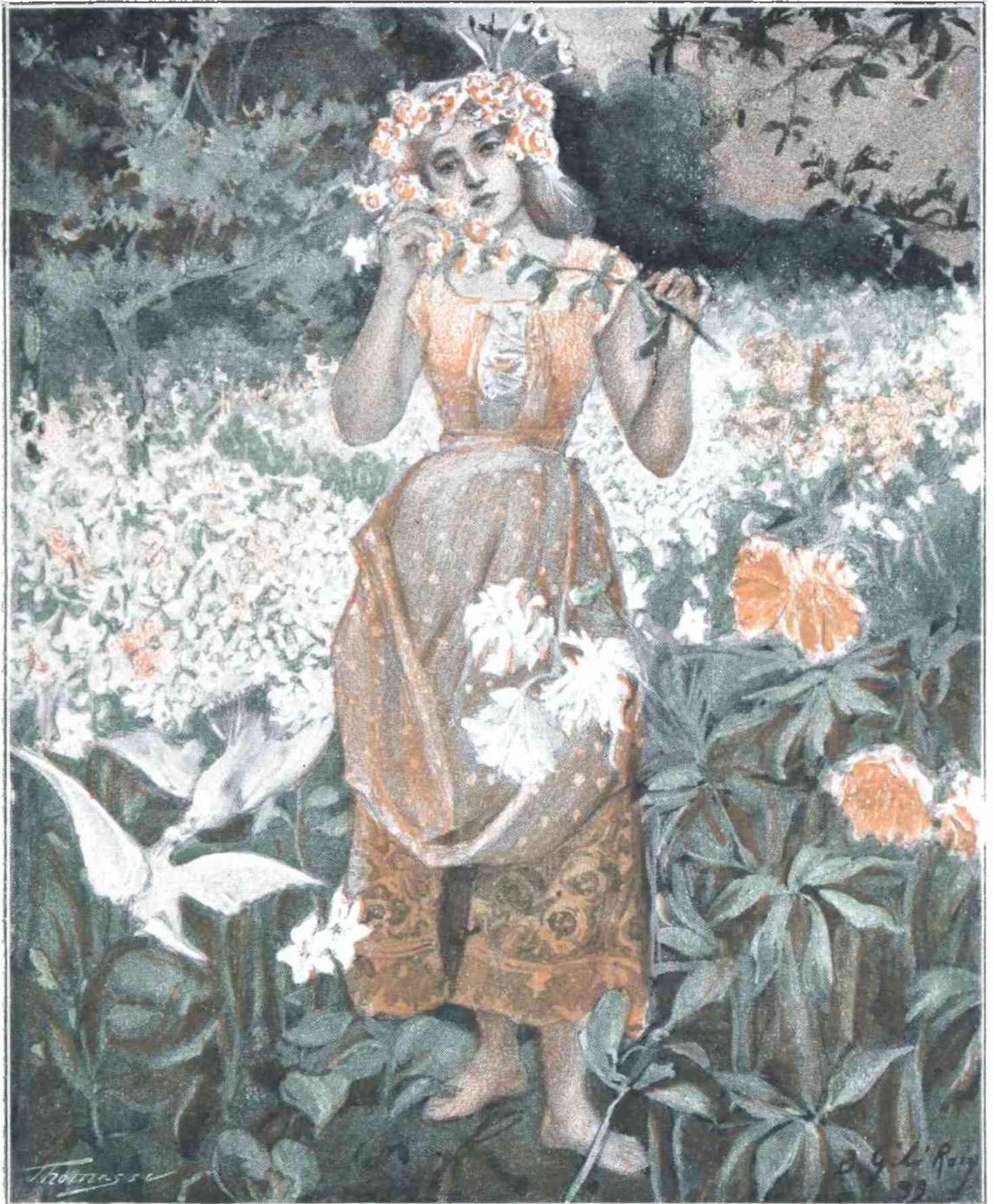
- |  |  |  |
|--|--|--|
| 1 M. S. Pedro Advíncula.                               | 11 S. S. Rufino, ob.   | 21 M. Sta. Ciriaca, mr.  |
| 2 J. Ntra. Sra. de los Ángeles.                        | 12 D. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. | 22 M. S. Hipólito, mr.   |
| 3 V. La Invencción de s. Esteban, protomártir.         | 13 L. S. Hipólito, mr.   | 23 J. S. Felipe Benicio.                                       |
| 4 S. Sto. Domingo de Guzm.                             | 14 M. S. Eusebio. pbro.  | 24 V. S. Bartolomé. apl.                                       |
| 5 D. Ntra. Sra. de las Nieves.                         | 15 M. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.                            | 25 S. Luis, rey de Francia.                                    |
| 6 L. La Transfiguración de N. S. J. C.—S. Sixto, papa. | 16 J. S. Roque, cfr.   | 26 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.—San Ceferino, papa.        |
| 7 M. S. Cayetano, fdr.                                 | 17 V. S. Anastasio.  | 27 L. S. José de Calasanz.                                     |
| 8 M. S. Ciriaco, mr.                                   | 18 S. Sta. Elena.  | 28 M. S. Agustín. ob.  |
| 9 J. Santos Justo y Pastor, hermanos mártires.         | 19 D. S. JOAQUÍN, padre de Nuestra Señora, san Luis, ob.           | 29 M. Sta. Cándida.  |
| 10 V. S. Lorenzo, mr.                                  | 20 L. S. Bernardo, abad.   | 30 J. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, patrona principal de esta América. |
|  |  | 31 V. S. Ramón Nonato.   |

# SEPTIEMBRE



- |   |   |   |
|---|---|---|
| 1 S. Stos. Sixto y Gil.   | 11 M. S. Emiliano, ob.  | 20 J. S. Eustaquio, mr.                     |
| 2 D. S. Antonino, mr.   | 12 M. S. Serapio, mr.   | 21 V. S. Mateo, apóstol.                    |
| 3 L. S. Sandalio, mr.   | 13 J. S. Eulogio, ob.   | PRIMAVERA                                   |
| 4 M. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalia.                           | 14 V. La Exaltación de la Sta. Cruz.                                | 22 S. S. Mauricio, mr.                      |
| 5 M. S. Lorenzo   | 15 S. Apar. de santo Domingo de Guzmán.                             | 23 D. S. Lino, papa.                        |
| 6 J. S. Fausto, mr.   | 16 D. Stos. Cornelio y Cipriano mrs.                                | 24 L. Ntra. Sra. de las Mercedes.           |
| 7 V. S. Augustal, ob.   | 17 L. La Conmemor. de los Dolor. de la Virgen.— S. Pedro de Arbués. | 25 M. Sta. Maria de Cervejón (del Socorro). |
| 8 S. ✠ LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.— S. Adrián.             | 18 M. Sto. Tomás de Villanueva.                                     | 26 M. S. Cipriano.                          |
| 9 D. EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.— Stos. Jerónimo y Gregorio, cfr. | 19 M. S. Genaro, ob. y mr.  | 27 J. S. Cosme, mr.                         |
| 10 L. S. Nicolás de Tolentino.                                  |   | 28 V. S. Wenceslao, mr.                     |
|   |   | 29 S. Dedicación de san Miguel Arcángel.    |
|   |   | 30 D. S. Honorio.                           |

# OCTUBRE



- |  |   |   |
|--|---|---|
| 1 L. S. Remigio.                                     | Zaragoza y stos. Alfredo y Serafín.                           | <i>Santísima.</i> — S. Hilarión, ob.        |
| 2 M. Los Santos Angeles Custodios.                   | 13 S. S. Eduardo, rey.  | 22 L. S. Felipe.                            |
| 3 M. Stos. Maximiano y Cándido, mrs.                 | 14 D. <i>La Maternidad de María Santísima.</i> — San Calixto. | 23 M. Stos. Pedro Pascual y Donato, obs.    |
| 4 J. S. Francisco de Asís.                           | 15 L. Sta. Teresa de Jesús y s Bruno.                         | 24 M. S. Rafael Arcángel.                   |
| 5 V. S. Froilán, ob.                                 | 16 M. S. Martiniano mr.                                       | 25 J. S. Gavino, mr.                        |
| 6 S. S. Bruno, fdr.                                  | 17 M. S. Florentino.  | 26 V. S. Evaristo, papa.                    |
| 7 D. <i>Ntra. Sra del Rosario.</i> —S. Marcos, papa. | 18 J. S. Lucas, evangelista.                                  | 27 S. S. Vicente y sta. Sabina, mrs.        |
| 8 L. S. Demetrio, mr.                                | 19 V. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio                        | 28 D. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstoles. |
| 9 M. S. Dionisio.                                    | 20 S. S. Feliciano, ob.                                       | 29 L. S. Narciso, ob.                       |
| 10 M. S. Francisco de Borja.                         | 21 D. <i>La Pureza de María</i>                               | 30 M. S. Marcelo, mr.                       |
| 11 J. S. Nicasio, ob.                                |   | 31 M. S. Nemesio.                           |
| 12 V. <i>Ntra. Sra. del Pilar en</i>                 |   |   |

# NOVIEMBRE

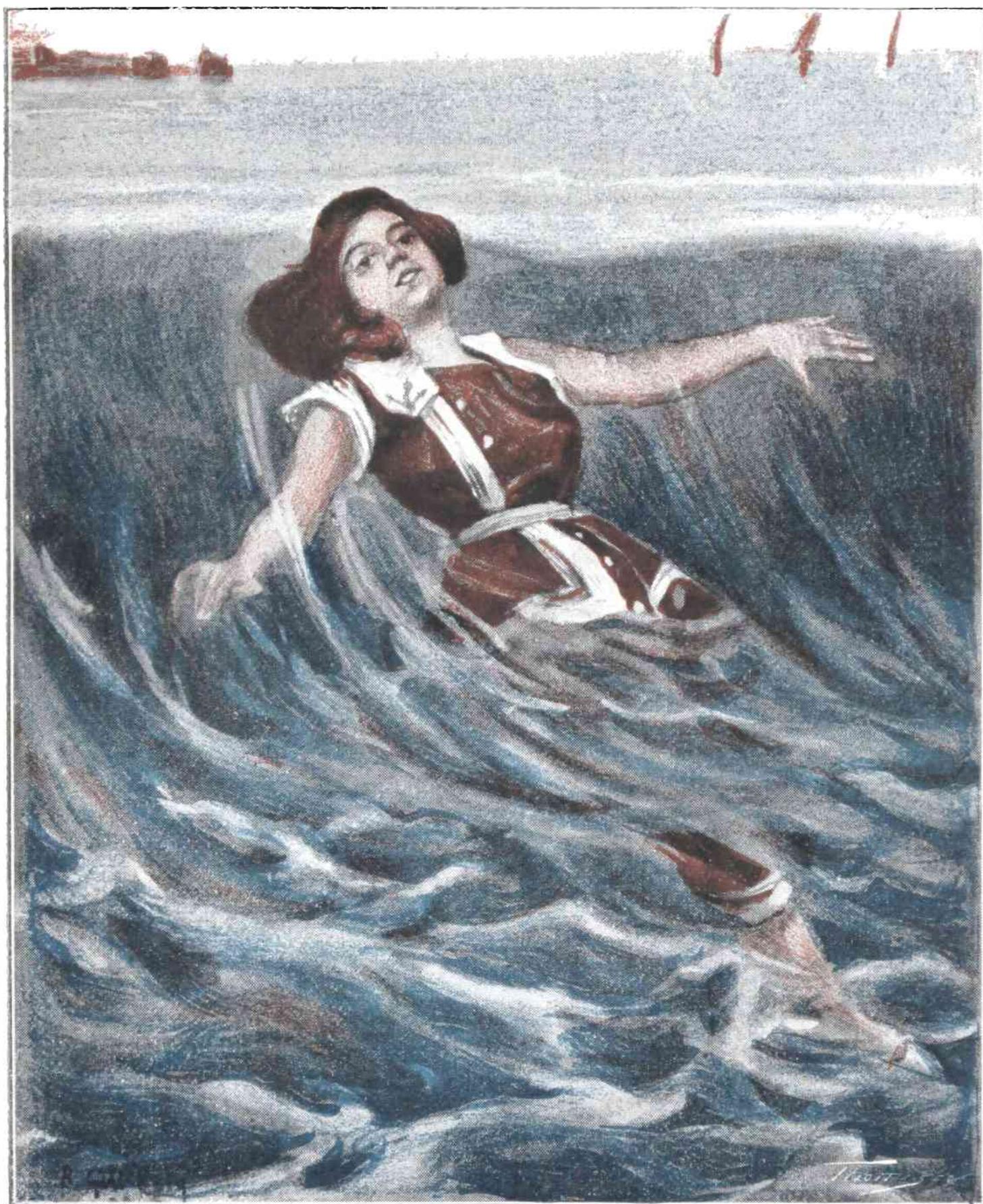


- 1 J. LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 V. La Conmem. de los fieles difuntos.
- 3 S. Los innum. Mártires de Zaragoza —S. Armen-  
gol, ob.
- 4 D. S. Carlos Borromeo.
- 5 L. S. Félix, mr.
- 6 M. S. Severo, ob.
- 7 M. S. Florencio, ob.
- 8 J. S. Victorino, mr.
- 9 V. S. Teodoro, mr.
- 10 S. S. Andrés Avelino.
- 11 D. El Patrocinio de

- Ntra. Sra* —S. MAR-  
TÍN, ob., patrón prin-  
cipal de esta Archi-  
diócesis.
- 12 L. Stos. Martín y Rufo.
  - 13 M. S. Estanislao de Koska.
  - 14 M. S. Clementino, mr.
  - 15 J. S. Eugenio, arz.
  - 16 V. S. Rufino, mr.
  - 17 S. Stos. Gregorio, tauma-  
turgo, y Victor.
  - 18 D. S. Máximo, ob.
  - 19 L. S. Ponciano, papa y sta.  
Isabel, reina de Hun-  
gria, viuda.

- 20 M. S. Félix de Valois.
- 21 M. Presentacion de Ntra.  
Sra.—S. Alberto.
- 22 J. Sta. Cecilia, vgn.
- 23 V. S. Clemente, papa.
- 24 S. Stos. Juan de la Cruz y  
Crisógeno, mr.
- 25 D. Sta. Catalina, vgn.
- 26 L. Los Despos.<sup>s</sup> de Ntra.  
Sra. y stos. Fausto y  
Siricio, p.
- 27 M. S. Facundo.
- 28 M. S. Gregorio III, papa.
- 29 J. S. Saturnino, mr.
- 30 V. S. Andrés, apóstol.

# DICIEMBRE



- |   |   |   |
|---|---|---|
| 1 S. S. Eloy, ob. y cfr. y santa Natalia, vda.                    | 10 L. Ntra. Sra. de Loreto y sta. Gorgonia.   | 21 V. Sto. Tomás, apóstol. ▼<br>VERANO.     |
| 2 D. <i>I de Adv.</i> — S. Silvano, obispo.                       | 11 M. S. Dámaso, papa.                        | 22 S. S. Demetrio, mr.                      |
| 3 L. S. Francisco Javier, cfr.                                    | 12 M. S. Donato.                              | 23 D. <i>IV de Adv.</i> — El beato Nicolás. |
| 4 M. Sta. Bárbara, vgn.   | 13 J. Sta. Lucía, vgn.                        | 24 L. S. Luciano.                           |
| 5 M. S. Sabas, abad.  | 14 V. S. Nicasio, ob.                         | 25 M. LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.           |
| 6 J. S. Nicolás de Bari.  | 15 S. Stos. Eusebio, obispo, y Fortunato.     | 26 M. S. Esteban, protmr.                   |
| 7 V. S. Ambrosio.   | 16 D. <i>III de Adv.</i> — S. Valentin.       | 27 J. S. Juan, apóstol.                     |
| 8 S. ✠ LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.—San Sifronio. | 17 L. S. Lázaro, ob.                          | 28 V. Los Stos. Inocentes.                  |
| 9 D. <i>II de Adv.</i> — Sta. Leocadia, vgn.                      | 18 M. Espectación de Ntra. Sra. y s. Teótimo. | 29 S. Santo Tomás Cantuariense, obispo.     |
|   | 19 M. S. Nemesio, mr.                         | 30 D. S. Severo, mr.                        |
|   | 20 J. Sto. Domingo de Silos.                  | 31 L. S. Silvestre, papa.                   |



## El calendario de la Gloria

---

El viejo Tiempo extendió sus anchas alas, apoyó los brazos sobre la fuerte guadaña y me dijo tranquilamente:

—Esas olas de la eternidad que llamáis años, caen,

cual estruendosa catarata, de una ánfora celeste, tachonada de brillantes estrellas, que abarca en sí los ámbitos del firmamento. En su fondo se destaca, con cegadora luz, la antorcha benéfica y radiante que da la animación y el gozo á la naturaleza y que llamáis el Sol.

Esa catarata trae, con su impulso irresistible, á la tierra, todo el vigor de los seres, y con sus iris atornasolados, los gratos celajes de la esperanza, que embelusan al hombre; pero ¡ay! con su empuje colosal todo lo arrastra consigo: lo mismo la materia que el espíritu, lo mismo el hombre que sus obras, lo mismo la iniquidad y la injusticia que las aclamaciones de la gloria.

Todo rueda con esas olas tumultuosas á un abismo insondable y allí se deshace velozmente; sus elementos se disgregan y evaporan ante un soplo irresistible y eterno; pero esos elementos vuelven otra vez á condensarse en la altura para engrosar de nuevo el torrente de los años en su catarata de origen. Por eso el ancha ánfora celeste nunca se agota; por eso la larga sucesión de los siglos será perpetuamente renovada. ¿Quién niega que es el grande, el soberano Espíritu-Dios, el que sostiene esa obra inmensa en el inconmensurable espacio de la eternidad?

Pues envueltos en esa catarata irresistible, en el empuje de esas olas luminosas cuyas crestas, coronadas de espuma, surca graciosamente, en el bajel de los sueños, nuestra amada Esperanza, vienen, estación por estación, mes por mes, día por día, hora por hora, los sufrimientos y las amarguras, las satisfacciones y los triunfos de los elegidos por la Fama.

Yo vuelo al vaivén de esas olas, tengo en mí la voz de la experiencia y, como todo lo conozco, voy á revelar al mundo las etapas del espíritu en el calendario de la Gloria.

El viejo Tiempo recogió las alas, extendió la diestra y evocó al Pasado, su hijo predilecto.

El Pasado acudió prontamente al conjuro, y por sobre la rugiente catarata de los años levantó así, como una

nube de ceniza y humo. En tanto, las estrellitas del cielo, como si una mano invisible las reuniera, se acercaban y unían entre sí con sus rayos luminosos y formaban en el espacio estos tres nombres: *enero, febrero, marzo*.

Los átomos de ceniza y las espirales de humo, como si un soplo avasallador los juntase, fueron condensándose, y condensándose cada vez más hasta tomar la forma característica de personajes históricos; y tal como aparecen, por arte de magia, en el escenario del teatro los personajes maravillosos, así aparecieron también, en el escenario de la eternidad, las figuras de un guerrero, de un poeta y de un sabio.

Los tres personajes se debatían en la obscuridad, pues aún no había un sol que alumbrase sus nombres. Perdidos entre las sombras de la indiferencia glacial, de esa que hiela el alma antes que el cuerpo, se agitaban afanosamente, como poseídos de un vértigo, de una locura. ¿Qué buscaban, el uno con una espada ansiosa de pelea; el otro con una lira, presta á verter en los oídos de la humanidad sus armoniosos sonos, y el otro, en fin, apriisionando los elementos de la naturaleza en la estrecha cárcel de una retorta, para investigar profundamente el corazón rebosante de vida de sus eternos prisioneros? ¡Ay, lo que buscaban con tanto afán era la conquista de una imagen resplandeciente, semejante en la presencia á una diosa, que pasaba con la rapidez del relámpago delante de ellos, cual una visión de los sueños, en el carro triunfante de la Gloria!

De repente empezaron á disiparse las espesas tinieblas, y rosadas y halagadoras tintas á teñir el horizonte. El frío glacial se fué transformando en tibios efluvios de primavera y los luceros crepusculares, con su pálida, pero poética luz, cual si obedeciesen al reclamo de la

atracción universal, se acercaron hasta tocarse y formaron, entre sí, estos tres nombres: *abril, mayo, junio*. ¡Ay, cómo el escenario se engalanaba! Las flores y las luces lo llenaban todo. Entonces fué cuando apareció en la navecilla de los sueños la graciosa Esperanza, y al surcar tranquilamente por sobre las revueltas olas de los años, arrojó un cable, de los que elevan al hombre hacia la altura, á cada uno de aquellos tres náufragos de la ambición humana que se debatían en la obscuridad. El uno lo ató á su espada, el otro á su lira, y el otro á su hirviente retorta. Entonces fué cuando pasó de nuevo, en su carro triunfal, la esplendente Gloria, y les dijo con voz sonora: «¡Adelante! Seguid y triunfaréis. Tú conquistarás naciones y serás emperador. La historia te llamará Napoleón el Grande.

»Tú serás el ídolo de un siglo y la Fama te aclamará con el nombre de Lord Byron.

»Y tú harás un descubrimiento que asombrará á la humanidad, y la humanidad te llamará el gran Lavoisier.»

En seguida, rápidamente, como en explosión de calor y luz, apareció el sol, llenando con sus rayos la creación entera, y con los colores del iris aparecieron en el espacio estos tres nombres: *julio, agosto, septiembre*.

El guerrero subía ahora por una escala dorada hasta el último peldaño de la ambición humana; el poeta llenaba ya con sus cantos los ámbitos del mundo, y el sabio había descubierto ya, con su pequeña retorta, el gran secreto de la vida universal.

La Gloria volvió á pasar de nuevo y ciñó en la frente de Napoleón una corona imperial, en la inspirada cabeza de Lord Byron una corona de laurel, y en la del infatigable Lavoisier, la de fuertes ramas de la verde encina.

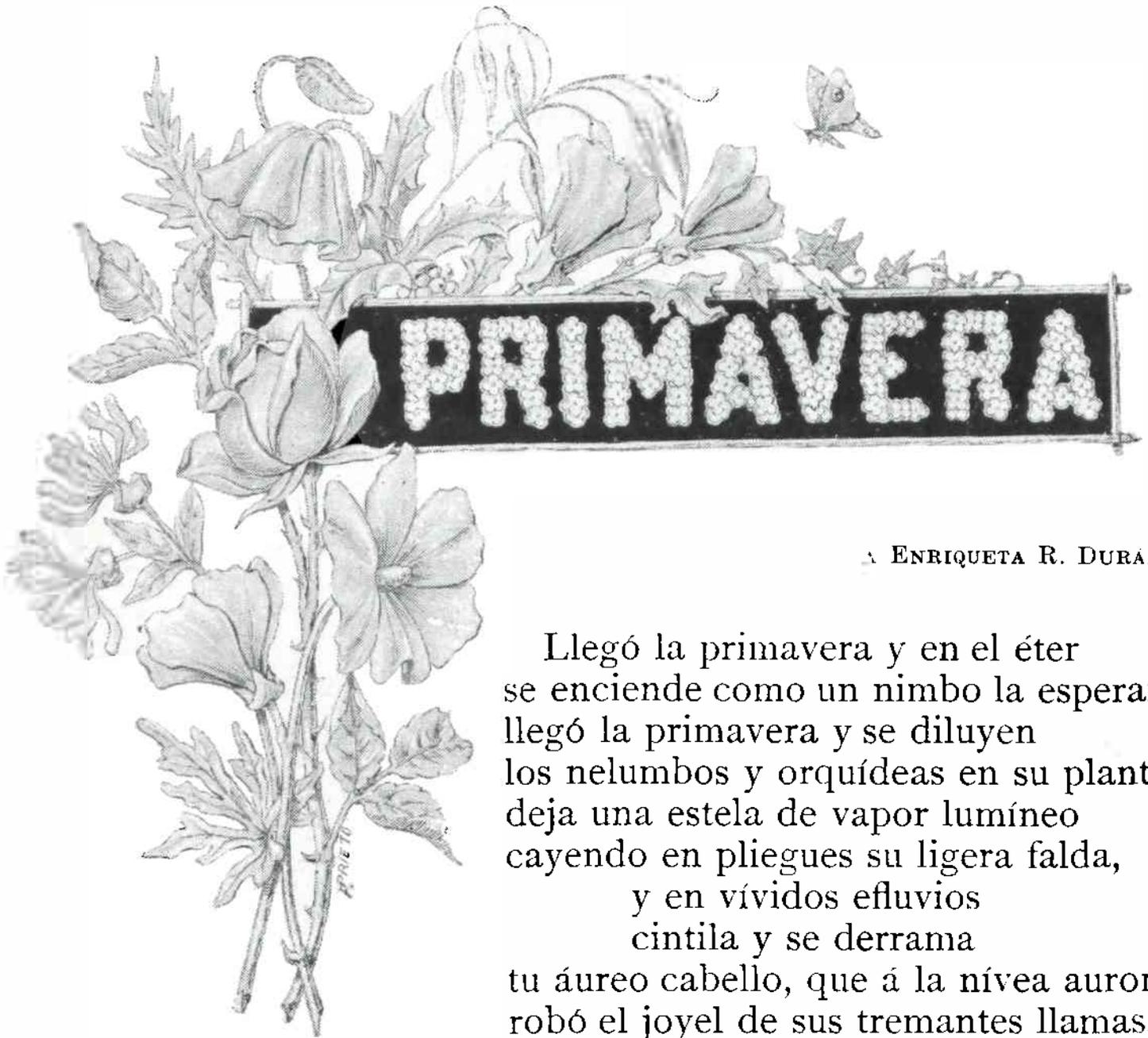
En tanto un clamoreo colosal y un aplauso que resonaba en todo el mundo aclamaban el triunfo del sabio, del poeta y del guerrero. Y por todas partes se oía: ¡Gloria al genio!

¡Ay! el escenario se deshizo; las flores y las luces desaparecieron; la tormenta sucedió á la calma y las olas de los años mugían ensordecedoras. ¡Qué triste aparecía entonces todo! Al brillo de los relámpagos, entre los negros nubarrones, como si estuvieran formados por vanas luces de fuego fatuo, aparecieron estos nombres: *octubre, noviembre, diciembre.*

Todo se iba envolviendo como en un inmenso sudario. La Gloria apareció de nuevo, pero en su carro triunfal sólo llevaba coronas de siemprevivas.

El guerrero, el emperador, el conquistador de extensas naciones, caía exánime en un palmo de tierra prestada por sus enemigos; el poeta, el ídolo de un siglo caía exánime emponzoñado por los efluvios en un pantano, en lejana región, arrojado cruelmente de su patria; y el sabio subía penosamente los peldaños de la guillotina, donde, al golpe de la cuchilla, caía, para siempre, su cabeza. Por todas partes resonaba, entonces, este grito fatídico: «La humanidad no quiere conquistadores; la humanidad no quiere poetas; la humanidad no quiere sabios.»

¡Ay! el escenario se deshizo otra vez, y sólo quedó visible el Tiempo, con sus anchas alas extendidas y sus fuertes brazos apoyados sobre la guadaña. A su lado, del ancha ánfora celeste se despeñaban las olas de los años, y yo sentí entonces que, arrastrado por ellas, caía, también, puesta la vista en la esplendente imagen de la Gloria, en el abismo insondable de la Muerte y el Olvido.



A ENRIQUETA R. DURAN.

Llegó la primavera y en el éter  
 se enciende como un nimbo la esperanza,  
 llegó la primavera y se diluyen  
 los nelumbos y orquídeas en su planta;  
 deja una estela de vapor lumíneo  
 cayendo en pliegues su ligera falda,  
 y en vívidos efluvios  
 cintila y se derrama  
 tu áureo cabello, que á la nívea aurora  
 robó el joyel de sus tremantes llamas.

Llegó la primavera; el sol desteje  
 su fimbria luminosa en la montaña,  
 las nubes se descien,  
 en túnicas de plata,  
 se quiebra el cisne en vacilantes prismas  
 sobre el cristal de las dormidas aguas,  
 y hay besos en las ondas  
 y acordes en las ramas.  
 El cielo, como un arco  
 zafíreo, se dilata,  
 tiñen de nuevo el florestal las lilas  
 con rubias orlas y volutas de ámbar,  
 y hay en la selva, en el rosal y el soto,  
 matiz, perfume y mariposas blancas.  
 De perlas orientales  
 se ciñe la cascada,  
 bisela el mar, en oro,  
 su marco de esmeralda,  
 prende la bruma en los profundos valles

la frágil seda de sus truncas randas,  
y hay del etero en la cerúlea sombra  
claros azules y preludios de arpa.

Se vela el jazminero  
con hélices de nácar,  
el lirio viste, en jaiques  
de nieve, las quebradas,  
distienden, su profuso  
tinglado, las campánulas,  
festona el césped las rosadas cumbres,  
riza en los bosques su corpiño el aura,  
y el ígneo lago de carmíneas blondas  
su tul descoge en la arenosa playa.

Se impregnan los nectarios  
de espiras perfumadas,  
fulguran las abejas  
temblando en las retamas,  
despliegan las palomas  
el raso de sus alas,  
fundido en luz, el picaflor inquieto  
trazando un iris por las frondas pasa,  
y en su albo peplo de joyantes piedras  
ciñe el rocío las purpúreas dalias.

Se envuelven los collados  
en clámides de grama,  
las olas del torrente  
se esfuman en arcadas,  
desprenden, su bordado  
cendal, las pasionarias,  
cuelga su grácil peinador el viento  
del cetro añoso de la erguida acacia.  
Y abre su velo de brocado y felpa,  
más bella y dulce, la gentil mañana.

Buenos Aires, 1899.

PEDRO J. NAÓN.

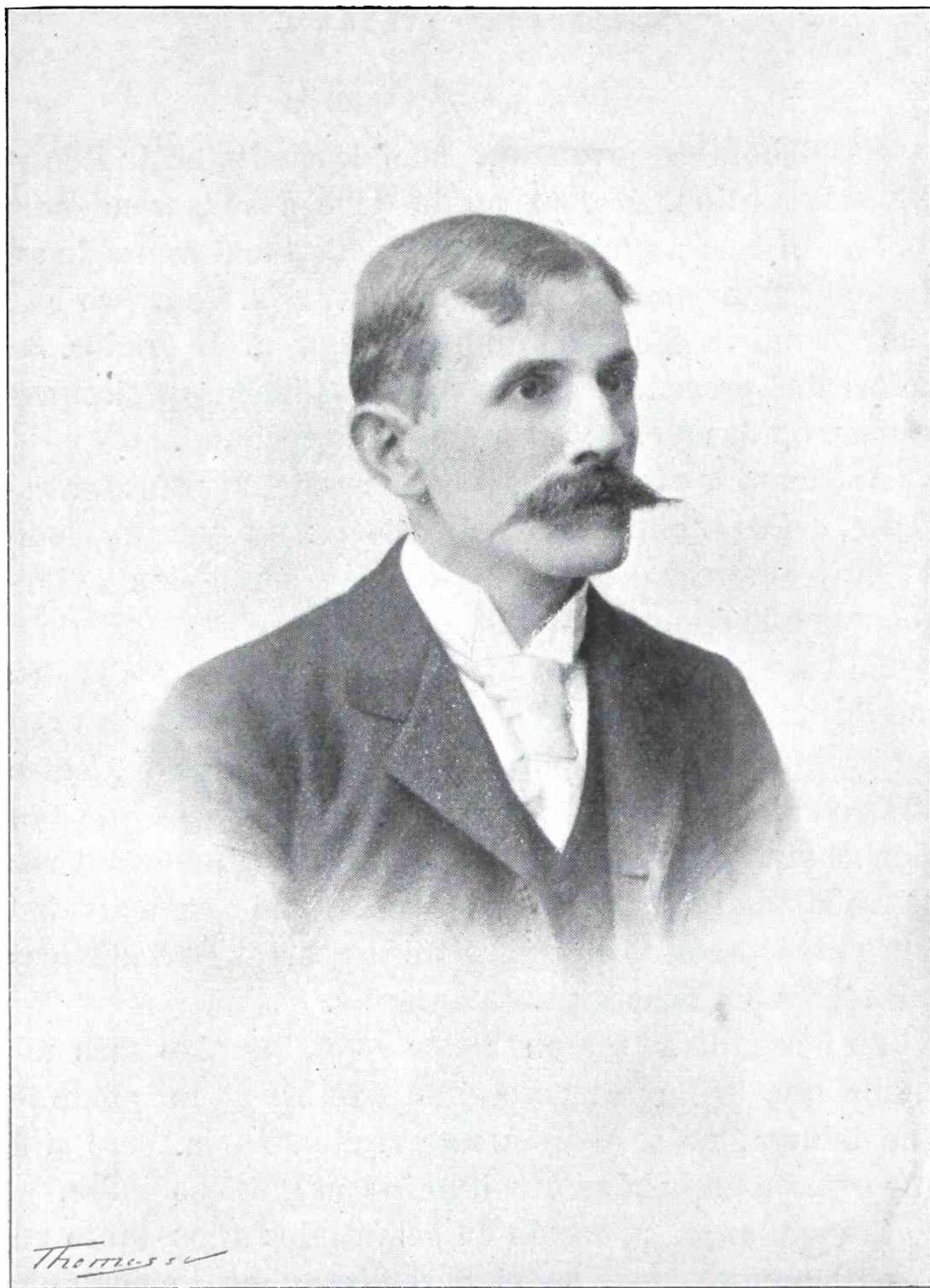
*Dibujo de F. Prieto.*

—x—

## **Esa es la vida**

Morir y renacer, esa es la norma;  
la muerte el germen de la vida lleva:  
la materia se funde, se transforma,  
y la esencia se eleva.

J. J. PALMA



**D. Emilio Mitre y Bedia**

DIRECTOR DE «LA NACIÓN,» DE BUENOS AIRES

## Emilio Mitre

Es el hombre joven que más descuella en la República Argentina. Y esto no lo debe á su ascendencia ilustre, ni á su posición política, ni á estar al frente de un diario de fama universal como *La Nación*. Tampoco hay que atribuirlo á sus dotes de escritor ni de orador. Su notoriedad procede de todas esas cualidades y circunstancias unidas á esto: un carácter excepcional.

Así como le pinta su fisonomía enérgica, franca, atractiva, así es Emilio Mitre en lo moral: un hombre lleno de viril entereza que cuenta, además, con el don de imponerse á la simpatía de las gentes.

Su vida ha sido toda de constante labor. Realizados con brillo los estudios de ingeniería, pasó á Londres á perfeccionar sus conocimientos, y allí adquirió, entre otras cualidades, ese sello de serena elegancia que tan bien completa su personalidad. Vuelto á Buenos Aires ha trabajado incansablemente, repartiendo su actividad entre atenciones de su profesión, las tareas periodísticas y las lides políticas y parlamentarias.

Su labor, dicho sea en honor suyo, ha sido más fecunda que brillante; pero si su nombre no luce todo lo que debiera, no se debe á esta circunstancia, pero sí á que gravita en la zona que ilumina su glorioso padre.

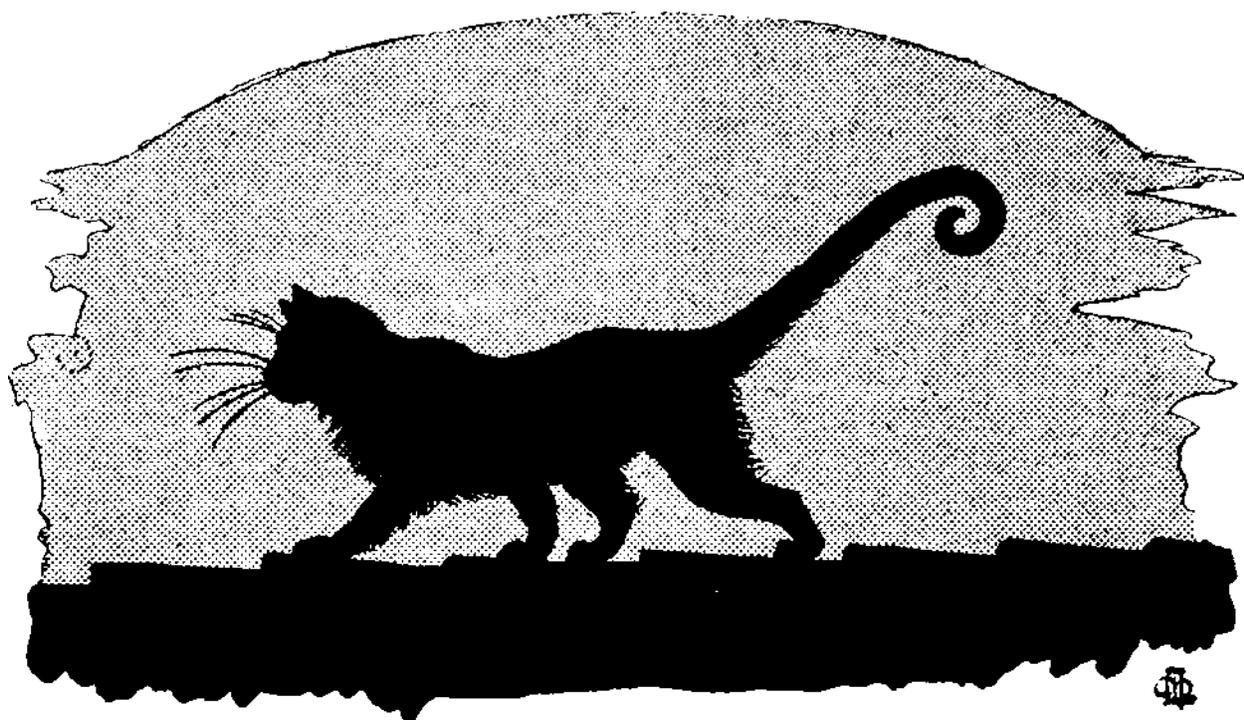
Sin embargo, su acción en los últimos años, tanto en el parlamento como en el periodismo, ha demostrado que tiene excepcionales aptitudes y que podrá soportar con gallardía el grave peso de una herencia que abrumaría á un hombre que sólo tuviese medianas facultades.

Emilio Mitre, como su retrato lo indica, es joven todavía. Su carrera en la vida pública puede decirse que se inicia ahora. Que obtendrá en ella los mayores triunfos, para gloria de su nombre y bien de su país, es algo de que nadie duda en la República Argentina, que le cuenta ya entre sus hijos predilectos.

J.

Buenos Aires, Junio de 1899.

—\*—



## lo grande y lo mezquino

Era una noche del helado Enero,  
 y un cielo sin la nube más ligera:  
 era un tejado igual á otro cualquiera,  
 con sus rojizas tejas y su alero:  
 era en el caballete un gato fiero,  
 de cierta gata en amorosa espera,  
 y era en el borde de la azul esfera  
 la luz esplendorosa de un lucero.  
 La cola el Micifuz levanta airado;  
 con ella eclipsa al astro peregrino;  
 y queda plenamente demostrado  
 que á lo grande lo ruin cierra el camino,  
 si está lo grande alto y apartado  
 y entre tejas y cielo lo mezquino.

1899.

JOSE ECHEGARAY.

*Dibujo de Apeles Mestres.*

# SALVEDAD OPORTUNA



« La señora de Avilés  
inauguró ya sus *thés*,  
recibiendo en sus salones,  
muy afable y muy cortés,  
á sus muchas relaciones. » (Cualquier diario).

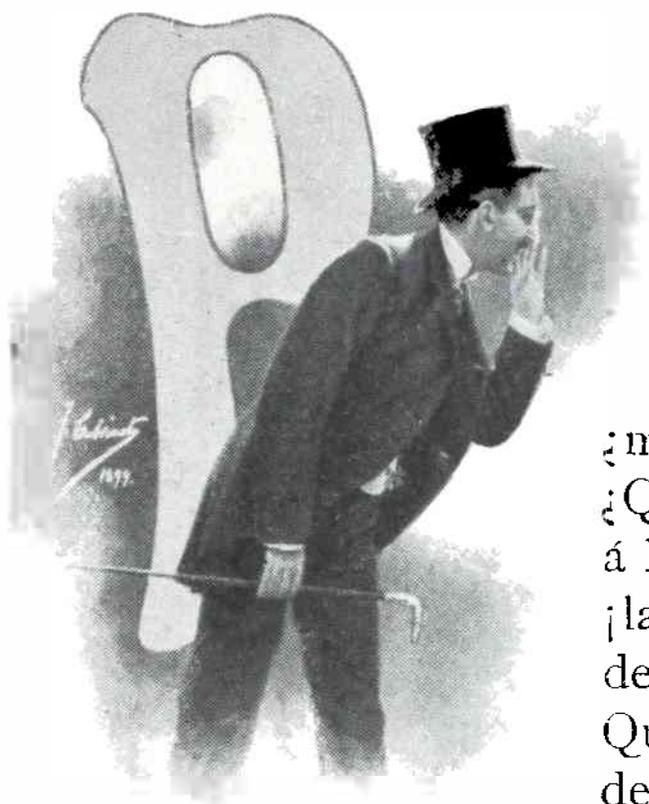


Salvedad hecha en buena hora,  
y con intentos no malos,  
por si el lector, ó lectora,  
cree que la tal señora  
suele recibir á palos.

*Dibujos de Apeles Mestres.*

## El mejor desagravio

A mi excelente amigo RAMÓN ESPASA (hijo).



ACA... ¿duermes? (¿quién la aborda  
ni quién su furor aplaca?)

¡Paca!... (no responde)... ¡Paca!!  
(¡demonio! ¿se ha vuelto sorda?)

Soy yo... tu esposo... tu *nene*...

(¡ni por esas! sigue muda;  
¿se habrá enojado? ¡sin duda!

¿me acerco? ¡no me conviene!

¿Qué esposa, á las tres, da oídos  
á la explicación más lógica?

¡las tres! ¡la hora psicológica  
de arañar á los maridos!

Querer sus dudas menguadas  
desvanecer, es quimera...

¡de seguro que me espera  
con las uñas afiladas!

¡Estoy temblando! ¿á qué extremos  
acudo, falto de arrojo,  
para desarmar su enojo?

¿á la lisonja? ¡probemos!

¿Sabes, mi querida esposa,  
y eso que soy exigente,  
que te está divinamente  
tu traje color de rosa?

¡Cáspita! si en el *pic nic*  
á que asistimos ayer

yo no he visto otra mujer  
con un vestido más *chic*...

(¡Nada! la misma quietud  
sepulcral y aterradora...

¿qué resorte toco ahora?

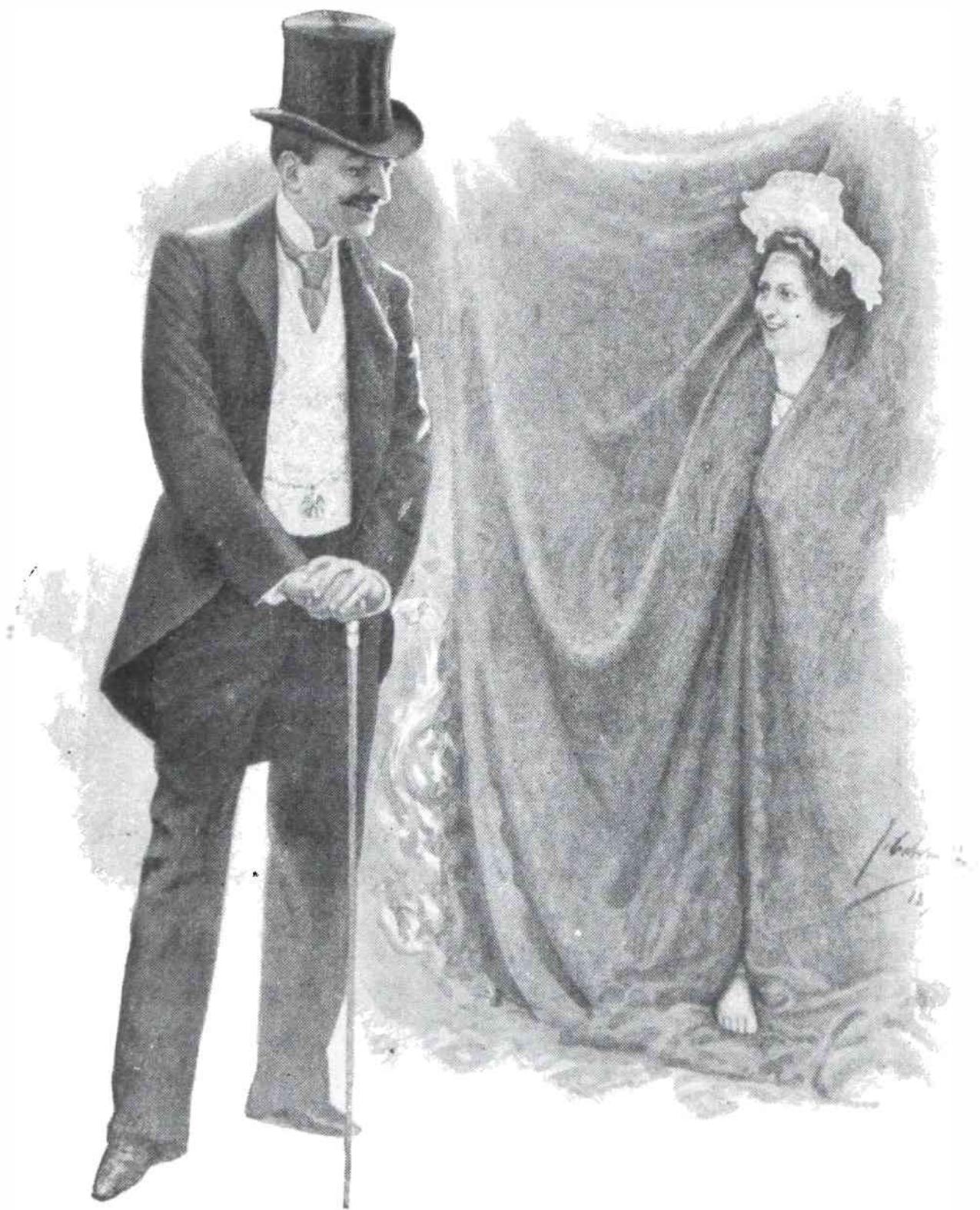
¡dudaré de su virtud!)

Por cierto, señora Paca,

(lo de *señora* es de efecto),  
que juzgo muy incorrecto  
su proceder: si no hay maca  
en su honor, ¿puedo saber  
por qué estuvo, ¡oh fementida!  
conmigo tan desabrida  
durante el *pic nic* de ayer?  
¡No hubo frialdades ni enojos  
para otros!... ¡y aun me contengo!  
¿ó ha creído usted que tengo  
telarañas en los ojos?  
¿Por qué vagando sin tino  
por el campo, á la ventura,  
se perdió usted en la espesura  
con aquel sietemesino?  
¡Burlarse así de mi amor,  
después de tanta alharaca!...  
diga usted, señora Paca,  
¿qué ha hecho usted de mi honor?  
Si cayó en infame red,  
mi furor... (sigue el mutismo)  
¡será implacable! (lo mismo  
que si hablara á la pared.  
Pues se deja hacer la corte  
en el *pic nic*, sin protesta,  
voy, por ver si al fin contesta,  
á tocar otro resorte):  
No me duele su rigor...  
siento, al ver que me deshonra,  
más la herida de la honra  
que la herida del amor.  
Si á otro se rindió, coqueta,  
yo, en cambio, me declaré  
á esa rubia *miss*, que fué  
al *pic nic* en bicicleta.  
El amor mi ingenio aguza  
y triunfaré, aunque le pese...  
(¡nada! como si me hubiese  
declarado al moro Muza.

¡Ah! ¡qué idea!) ¿Su falsía  
no es bastante, que aun se enoja?  
¡Que de ese modo me acoja  
la infiel, cuando le traía,  
olvidando lo de ayer  
y enamorado como antes,  
un cintillo de diamantes!  
—¿Un cintillo? ¡á ver! ¡á ver!

CASIMIRO PRIETO.

*Dibujos de J. Cabrinety.*

## Paraguay



Fot. de M. San Martin



## Una página de amor

Á RAFAEL A. DELIGNE.

*Por amor y por deber.*

F. H. y C.

Se llamaba Camila.

Y estaba inconforme. Ella habría preferido, al suyo blando y de familia, el nombre sugestivo é histórico de Cleopatra ó de Lucrecia.

Los mozos del lugar, en la común mediterránea del río de los treinta y tres pasos, la apodaban *Luna de Ocoa*.

Y no le placía. Ella habría preferido un apodo de luz propia: algo así como *Sol de Quisqueya*. Ambos rasgos, gemelos, son exponentes de su carácter.

Gustaba de emociones fuertes.

Nada de coplas acompañadas al *tiple* ó al *cuatro*, ni de rasgueos de guitarra. Entre la danza criolla y el vals exótico, optaba por el último. Entre un jinete y un valseador, se decidía á bailar con el primero.

Sentía estrecho el valle, recortado por las vecinas lomas. Desde que supo del mar, que no conocía, se ahogaba entre las palmeras del solar nativo.

Estaba en el alba de su juventud y en la plenitud de su belleza criolla,—ondulantes caderas, esbelto talle, busto erguido, seno erecto, abundante pelo negro, cutis de canela, labios de rosa, ojos de gacela... todo en curvas de virginales formas,—cuando fué de Azua, por conocerla, un gallardo mancebo, Máximo Recio, ducho en requiebros y en conquistas de amor.

Máximo vió á Camila.

Se miraron, y quedó establecida la corriente de simpatía. Sucediéronse las visitas del doncel á la doncella. Camila era «una real hembra,» y Máximo se declaró siervo de la Luna de Ocoa. Él era fornido, apuesto, jinete, decidor, y la llamó «Sol de Quisqueya,» y le habló del mar Caribe, y le brindó con su amor, su bohío y su fundo en «Los Conucos» de Azua.

Lo que ella se dijo:—«Ser un sol y trasponer la loma y correr por la llanura y llegar á la playa é ir navegando mar afuera... ¡oh felicidad extrema!»

Se concertó la boda.

«De fuera vendrá...» — decían, mohinos, los lugareños pretendientes de la garrida ocoeña. Y Ocoa se quedó sin su luna, y Azua ganó un nuevo sol cuando Camila de Lara se casó con Máximo Recio.

No lejos del mar gozaba de su luna de miel la gentil pareja.

Desde una colina, atalaya de su bohío, solía extasiarse la joven recién casada, ya en las serenas ondas de azul marino, ya en las altivas olas de crespos de espuma. Y sufría entonces de la avasalladora nostalgia de lo desconocido.

El potro, brioso y entero, apenas domado, no satisfacía ya sus ansias de emociones fuertes. Embarcarse en la nave de vapor, ó en el bote de vela, ó en la indígena canoa, é ir sobre el lomo de ese corcel sin freno, de interminable veloz carrera, que á veces se desboca fustigado por el látigo del viento, tal era la insistente obsesión de su espíritu. É instaba de continuo al amante esposo para hacer juntos un viaje por mar á Barahona.

— ¡Qué porfía!

— ¿Temes la furia del mar, acaso?

— Hay algo peor que su furia.

— ¡Cobarde! Yo nada temo.

— Pues á mí me asusta el mareo.

Camila rompió á reir de buena gana; pero, como Máximo la mirara con disgusto, interrumpió su mortificante risa para cerrar el diálogo con esta sentencia:

— No es hombre el que se marea.

Atardecía.

A bordo del *Neptuno*, balandro tripulado por tres jóve-

nes marinos, iba la feliz pareja. El amor había triunfado en la porfía.

Pancho el Indio, rey del cabotaje, era el patrón del *Neptuno*. Alto él, hercúleo, franco, vehemente, curtido por el sol y el aire salino, de pie junto al timón ó en la proa de su ligero barco, era uno de tantos burladores del mar y de sus iras.

Máximo Recio no podía tenerse en pie. El mareo, lobo marino, le desgarraba las entrañas á despecho de su varonil esposa.

Camila era otra cosa. De emoción en emoción aspiraba á plenos pulmones la salada brisa. ¡Qué placer! ¡Cómo hendía *Neptuno* la enorme masa de olas con su tajante quilla! ¡Cuántos copos de espuma en torno de la velera nave! ¡Qué amplitud la del verde mar y la del cielo azul! ¡Qué concierto de rumores en las alas del viento y en los tumbos de la ola!

Y Camila se embriagaba con el triunfo del hombre sobre la naturaleza. La fuerza es la vida, pensaba ella, y podía gozar de la vida porque ella era fuerte.

Anocheció.

Por instantes arreciaba el viento del Sur y el mar se picaba. Mal cariz presentaba el tiempo.

—Retírese usted, señora... — insinuó el patrón á la absorta y complacida huésped del *Neptuno*. — Es menester evitar un doloroso percance.

—¡Oh, no! El espectáculo es hermoso. Me gusta. Déjeme gozar de las fuertes emociones que me produce. Dichoso usted, — agregó, suspirando, — que desafía al monstruo y lo vence.

—Temo por usted, Camila. Una ola puede barrer la cubierta y arrastrar á usted al fondo del mar.

—Pero usted no me abandonaría entre las garras del monstruo, ¿verdad?

—¡Eso nunca!—prorrumpió con fuego Pancho el Indio.—Yo me arrojaría al mar y le arrebataría su preciosa presa.

—Gracias, amigo mío.—Y se dieron un apretón de manos.

—Acérquese usted y apóyese en mi brazo. Juntos desafiaremos el peligro.

La joven se acercó y tomó el brazo que el marino le ofrecía. En aquel instante, una violenta sacudida del viento hizo crujir el maderamen del buque, mientras una ola voluminosa se embarcaba por babor y daba un baño al denodado grupo. El riesgo ó la fuerza de atracción los aproximó tanto, que el brazo derecho del uno rodeó el talle de la otra.

Ráfagas y olas se sucedían y el grupo se estrechaba como para defenderse.

Y se miraban... Se miraban y sonreían. Una vez la flotante cabellera de la apasionada ocoeña se envolvió en el cuello, acariciándolo, del audaz marino. Otra vez, sus encendidos rostros se rozaron, y el aliento de olor á brea se mezcló con el aliento de olor á rosas...

Máximo Recio yacía rendido en el camarote. Entre las náuseas del mareo se debatía solo y echando de menos á su esposa. Cuando el crujido del buque y el golpe de la primera ola embarcada le advirtieron del peligro, hizo un esfuerzo y trató de incorporarse. Llamó varias veces á Camila, y su voz no tuvo eco. Se incorporó al fin y logró salir del camarote. Iba á rastras. El timonel le previno del riesgo que corría sobre cubierta.

\*\*\*

—¿En dónde está la señora?

—Con el capitán á proa.

Máximo Recio se irguió y pudo ver el grupo, que, dándole las espaldas, se burlaba de la furia del mar en estrecho abrazo.

Una ola de celos le inundó el corazón, y... se le pasó el mareo.



—¡No es hombre el que se marea!— balbuceó con ira, y avanzó resuelto hacia la proa del buque.

En ese instante la luz de la luna, confidente ó delatora, cayó encima del abstraído grupo, y el abandonado esposo pudo ver que Pancho el Indio y Camila se besaban...

Otra ola, ahora de sangre, le subió del corazón al

cerebro, y, con la salvaje violencia de una fiera, dió un soberbio empujón á la confiada pareja y desahogó su cólera en este grito:

— ¡No es hombre el que no se venga!

La quilla del balandro pasó rápida por encima de los náufragos, que se ahogaban asidos en supremo abrazo de muerte, y el *Neptuno* continuó su viaje con rumbo á Barahona...

FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL.

Santo Domingo (República Dominicana), 1899.

*Dibujos de E. Estevan.*

— I —

## Bohemia

Es verdad... — Metafísico y artista,  
cabalgando en mis sueños juveniles,  
vagué un tiempo á través de los pensiles,  
donde el mundo real no está á la vista.

Amé entonces, — platónico optimista, —  
la mujer-perfección, de alma y perfiles,  
y esculpí sobre diáfanos marfiles  
la visión de mi espíritu idealista.

Pero al irla á concluir, ví con tristeza  
que era huérfana de alma, y que en sus dones  
un negro fondo había de impureza.

¡Y por eso, entre mil desolaciones,  
hoy me siento á llorar sobre la huesa  
donde el mundo enterró mis ilusiones!

OSCAR TIBERIO.

La Plata, 1899.



## En el obraje

En medio de la selva de quebrachos  
el noble obrero se alza  
cual generoso *pionneer* del progreso,  
entre sus manos oprimiendo el hacha.

En torno de él hay flores aromosas  
en troncos de esmeralda,  
cortinas y glorietas  
de caprichosas lianas,  
caraguatás de espinas punzadoras,  
empenachadas y cortantes pajas,  
montones de hojas secas que se pudren,  
reptiles que se arrastran,  
insectos que se esconden y que zumban  
y pájaros magníficos que cantan.

Allá, lejos, señales y vestigios  
de los toldos deshechos de la indiada,  
de esos hijos del suelo americano  
que vagan en su suelo como parias,  
y allá el bramido del jaguar que acecha  
á la tranquila vaca  
ó á los potros matreros que se internan  
en la salvaje selva enmarañada.

¡Oh, todo allí es espléndido! El arroyo  
de cristalinas aguas,  
que refleja el azul del firmamento,  
cruza, como culebra, á la distancia,  
llevando anfibios en su seno y peces  
de lucientes escamas,  
mostrando en sus orillas  
arenas rubias por el sol doradas  
y más allá las frondas  
que con flores del aire se enguirnaldan  
mientras sus pies se adornan  
con el blanco plumaje de las garzas.

¿Y qué más? — En la selva  
la fiel *querida* del obrero vaga  
sin temor ni zozobras,  
juntando secas ramas  
y secas charamuscas  
para hacer fuego y calentar el agua.

Después... oid: la selva se estremece  
á los golpes del hacha  
y del robusto tronco  
á todos lados las astillas saltan;  
los pájaros se asustan,

los reptiles se espantan,  
mientras los ecos de los rudos golpes  
por las vírgenes frondas se dilatan.

Es ruda la tarea,  
la obra difícil y árdua,  
se suceden los golpes tras los golpes,  
el brazo es formidable y no se cansa:  
que el obrero es un Hércules  
nacido en nuestra tierra americana  
para voltear los toros con el lazo,  
para tumbar las selvas con el hacha.

El árbol corpulento,  
cual gigante vencido en la batalla,  
cediendo al recio empuje  
del titán que lo rompe y lo quebranta,  
parece que se queja  
con crujidos que espantan;  
rechina, bambolea  
sacudiendo su copa soberana,  
en cuya cima erguida  
se posaron las águilas,  
y cae, con horrísono estampido,  
como cae, destrozada  
por el rayo del cielo,  
con pesadumbre inmensa la montaña...

Y antes que del árbol que se tumba  
el estruendo se apague, á la distancia,  
como un grito de triunfo del progreso  
la audaz locomotora silba y pasa.

Después... sobre el vencido  
sentado el héroe, que abandona el hacha,  
seca el sudor fecundo  
que de su rostro mana  
y bebe á sorbos el sabroso *mate*  
que su *querida* con placer le alcanza,  
en tanto que le envía mil caricias  
y mil besos de amor con la mirada.

José CIBILS.

Santa Fe.

Dibujo de A. Jiménez.

## En un álbum

Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia, y en el pensamiento la immaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor, ¿no pueden manifestarse también concediendo á las almas el beneficio de una hora de abandono en almohadón mullido con palabras bellas, la caricia de una frase armoniosa, el casto beso de un pensamiento cincelado, el roce tibio y suave de una imagen que toque con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, tanto como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl. Barba-Azul ha hecho á los chicos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros, — que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos absolutamente de parecer-nos á los niños, — está también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y el filántropo, el estilista hace también una obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: retratad á Dios con un pincel amable y hermoso y á la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale á conceder el pan con malos modos. De lo que creéis verdad, ¡oh investigadores! ¡qué pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis expresado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo; cuidado de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse bajo apariencias adustas y severas, son amigos traidores de la Verdad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo.

## EL ARTE EN AMÉRICA



### EL PRIMER MATE

COPIA DE UN CUADRO DEL REPUTADO PINTOR ARGENTINO

EMILIO A. CARAFFA

## lienzo y mármol

Á ENRIQUE CASTRO Y OYANGUREN.

### I

#### BUSTO DE DAMA

Tu cabeza imperial ciñe una aureola  
de blanca luz. Con gentileza suma,  
tu busto surge como flor de espuma,  
de los encajes en la blanda öla.

Alguien pintó tu faz, tal vez tú sola;  
pero ese tinte que en tu faz se esfuma  
te hace, ante el Arte que á tus pies se abruma,  
émula de la *Elvira* de Argensola.

Encerrado tu busto en marco de oro,  
tu prodigiosa faz fuera un tesoro  
de nácar y marfil, ébano y rosa...

En lienzo tal, la fantasía inquieta  
podría ver mi firma de poeta,  
sobre tu hombro, como una mariposa!

### II

#### BAJO RELIEVE DE HÉROE

En el mármol que el Arte ha cincelado  
vida inmortal hallaron tus legiones;  
y hasta el humo fugaz de tus cañones  
para siempre quedó petrificado

Entre el hórrido estruendo, que acallado  
adivínase en gestos y expresiones,  
á galope se tienden cien bridones  
cual si fueran un viento huracanado...

Á la cabeza, tú: fiero, jadeante,  
tendido en el bridón hacia delante,  
en la persecución de una bandera...

Todo el que vió, de pronto, tu figura,  
á un lado se apartó de la escultura,  
para verte pasar en tu carrera!...

## La canción de las naranjas

---

Con los golosos labios, irritados  
por el ardiente zumo, amada mía,  
y á plena luz, atravesando huertos,  
cantemos la canción de las naranjas!

Falsamente modestas, han ceñido  
su roja piel con el ramaje obscuro,  
como mejillas de mujer, brotando  
de entre el desorden de cabellos negros,  
como rosas en medio de las ruinas.

¡Son las hijas del Sol, las encargadas  
de esparcir su alegría por el mundo!

—Muerde ésta, amada, con tus blancos dientes  
y entorna las pupilas, recordando  
la gloria de los árabes! — Sus fiestas  
llenas de luz; los patios y las cañas,  
los húmedos jardines y los baños  
desbordantes de vida, estremecidos  
por el largo reir de las Sultanas  
y el dulce suspirar de las cautivas:  
recuerda, amada mía, las Huríes  
que están, como naranjas luminosas,  
tentando el apetito de los buenos  
en el gran paraíso de las almas!

¡Muerde, mujer traviesa, el fruto ardiente  
y que el zumo abundante, al escaparse  
por el labio entreabierto, corra en hilos  
por tu sedosa piel, y cuello y manos  
huelan como naranjas al besarte!  
— Así resbala el agua entre los labios  
abiertos de las piedras; así el Día,  
como triunfante risa, se desprende

de la siniestra boca de la noche,  
cuando sus labios gigantescos — cielo  
y tierra — se entreabren.

¡Muerde, amiga!  
¡muerde los frutos de color de fuego  
y sorbe ufana el abundante zumo!  
— ¡Las lluvias tristes, las neblinas densas,  
las nieves del invierno se detienen  
ante el azul país de las naranjas!

Triunfan las favoritas de la Vida,  
junto á la espuma de las playas rojas,  
y el pueblo, recibéndolas alegre,  
las imagina dones misteriosos  
que cultivan las manos de las hadas  
para bien de los dioses. — Y, al gustarlas  
las niñas atrevidas, á su hermano  
cuentan la historia de las tres menudas  
naranjas del Amor!

¡Muerde, adorada!  
¡Muerde los frutos del amor, que tienen  
la corteza de fuego y la piel suave  
como un ala de blanca mariposa!  
¡Muerde, esperando el triunfo del Verano,  
los deliciosos frutos del Invierno!

Sí, cuando todo pase, en los lejanos  
tiempos de la vejez contemplativa,  
cuando á la cumbre de los montes llegues  
donde todo son témpanos y rocas,  
todavía con gusto las cansadas  
pupilas volverás hacia los valles;  
todavía los frutos encarnados  
como labios alegres, desde lejos,  
te dirán maliciosas expresiones;  
y con risa benévola — ya anciana,  
ya flor medio caída en lo infinito —  
bendecirás tu juventud de amores!  
— Aquel azul país de las naranjas.

## ENTRE BOHEMIOS



—Para aplacar, ¡oh irrisión!  
nuestra hambre fiera é importuna,  
no han dejado en el fogón  
más que una costilla...

—¿Una?  
¡que se saque á oposición!

*Dibujo de Apeles Mestres.*

## EPIGRAMA

Para pagar un billete  
de ida y *vuelta*, de tercera,  
yo dí un billete del Banco  
y no me dieron la *vuelta*.

JOSÉ M.<sup>a</sup> SOLÍS Y MONTORO.

## La vida



El día más bello de su vida! ¡Sí!  
 ¡Indudablemente lo era aquél! ¿No  
 había realizado el más dulce sue-  
 ño de su corazón? ¿No veía cum-  
 plidas sus esperanzas? ¿Qué más  
 podía ya ambicionar?

Y allí, frente á él, estremecida  
 como cándida paloma, el rostro  
 encendido por un adorable rubor,  
 los ojos adormecidos bajo la som-  
 bra tropical de sus negrísimas  
 pestañas, la frente de nácar vela-  
 da por los primeros rizos de su  
 cabellera de ondina, ella, el sueño

de toda su vida, el querido ideal de sus años de niño,  
 su compañera ahora, estaba toda emocionada, balbu-  
 ciente de amor, esperando que él quisiera tomarla en  
 sus brazos para recibirle el primer beso de la esposa, el  
 himen misterioso de sus almas enamoradas.

¡Cuán bella estaba así la querida niña dentro de su  
 traje blanco, con su corona de azahares enhebrada entre  
 la onda sombría de su hermosa cabellera! ¡Cuán adora-  
 ble con aquel levísimo rubor, con aquella no confesada  
 vergüenza, toda temerosa, el corazón latiéndole dentro  
 del pecho á pequeños saltitos, como un pajarillo pri-  
 sionero, ante el misterio sagrado de la alcoba nupcial!  
 Y ella le pertenecía ahora, era toda suya, de él tan sólo;

y podía estrecharla entre sus brazos, y beber su aliento perfumado en el cáliz de su boca, y reclinar la adorable cabecita de Marta sobre su pecho. ¡Qué felices iban á ser! ¡Cuánto se querían!

¡Cómo cruzarían la senda de la vida, cogidos de la mano, latiendo al unísono sus enamorados corazones, riendo las mismas alegrías y compartiendo las penas, marchando, en fin, hacia el ocaso de la vida con la sonrisa en los labios y una mirada de amor inmortal en sus ojos de amantes dichosos!...

¿Y su viejecita madre? ¡Qué feliz sería también ella con Marta! ¡Cómo iban á adorarse la niña y la mamá! ¡Era tan vieja y tan buena la pobre señora! Carlos la veía ahora en sus recuerdos, inclinada por el peso de los años en un sillón, las manos enflaquecidas, una corona de plata formada por sus cabellos, sobre las sienes. ¡Pobre viejecita! ¡Cómo le había cuidado á él, cómo le había llenado de cariños! En los pesados años del estudio, cuando las lentas y negras horas del invierno le vencían á él, á Carlos, haciéndole caer la rendida cabeza sobre el libro de estudio, frente á la luz del quinqué, ella, la querida mamita, era la que venía á cubrirle con una manta y á besarle en la frente para reanimarle en la lucha ó enviarle á descansar. Ahora se había cumplido el plazo. Él iba á pagar tantos años de bondad y sacrificios. Con su gentil esposa cogería el vapor, y al día siguiente... ¡zas! en Buenos Aires, á abrazar á la buena señora que, por una dolencia pasajera, no había podido acudir al casamiento de su hijo.

El pequeño reloj, sobre la consola, dió las doce de la noche, y su timbrecillo apresurado y juguetón despertó á Carlos de sus sueños. ¡Cómo! ¡tan tarde ya! Entonces, despacito, el pecho inundado de felicidad, se dirigió á la

alcoba donde su esposa se había retirado hacía breves instantes.

— ¿Se puede, mi vidita?

Una voz temblorosa, un levísimo quejido de ave sorprendida balbuceó apenas un «sí,» y Carlos abrió la puerta.

¡Qué hermosa y qué pálida estaba la amante mujercita, perdida entre el inmenso derrumbe de la lencería del lecho! ¡Cómo se dibujaban sus formas esculturales! ¡Cómo se destacaban sus negríssimos cabellos sobre los riquísimos encajes de la almohada!

Entonces él la tomó entre sus brazos, y con locura, con verdadero frenesí, derramó sobre ella una lluvia de besos y caricias...

Una sombra, un debilísimo aleteo, un murmullo de alas invisibles, se levantó bajo las tendidas cortinas del lecho; y bajo la mortecina luz de la lámpara, el dios Amor pareció retener picarescas carcajadas de placer.

Eran las diez de la mañana. La criada entregó á Carlos un telegrama. Apresuradamente, sin abrir las maderas del balcón, muy pálido aún por el sueño y en medio de aquella templada atmósfera de la alcoba sobre la que fluctuaba un tenue perfume de lilas de Persia, el pobre muchacho leyó:

«Carlos: Anoche, á las doce, murió tu madre repentinamente. — *Miguel.*»

¡A las doce! ¡Cuando él sentía abrírsele las puertas del Edén y su pecho desmayaba de placer, su viejecita madre, su madre adorada, moría allá lejos, triste y solitaria!

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo, Junio de 1899.

Dibujo de F. Prieto.

## La canción del último fauno

Soy el fauno de vista cansada  
que de la selva umbría al través  
rpto ninfas de carne rosada  
hollando la yerba con trémulos pies;  
el que apura en el cáliz de un lirio  
el purpúreo elixir del placer,  
aun sintiendo el ardor del delirio  
por entre sus venas exhaustas correr.

El que tiene un palacio á la orilla,  
tapizada de eterno verdor,  
de un arroyo de plata que brilla  
con ampos de nieve de senos en flor;  
y mira de marmórea terraza  
una regia caída de sol,  
y girar columnillas de brasa  
de las glaucas ondas en el caracol.

El que viene en las noches de luna  
con el dulce misterio á soñar,  
la extensión de dormida laguna  
en su negro esquife cruzando al azar;  
y ve, ¡oh raro capricho de amores!  
reflejarse en el mismo cristal,  
con las sombras de todas las flores  
las estrellas todas de un cielo estival.

El que aspira divino perfume  
en el beso impalpable de luz,  
cuando el sol del ideal desentume  
sus prístinas alas abiertas en cruz;  
y escuchando la etérea armonía  
que preludia invisible laúd,  
siente á su alma volver la alegría  
dichosa y sencilla de la juventud.

El que sufre de triste neurosis  
difundida en la bóveda gris,  
y en el cuerpo minar la clorosis  
que fuera nostalgia de un vago país;  
y mirando caer las deidades  
abrumadas del mal de vivir,  
como sola verdad de verdades  
abriga el consuelo de joven morir.



—¿TE GUSTA?

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE JOSÉ CABRINETY

\*\*\*\*



## Las enamoradas del Sol

Un rayo de sol deslizóse como una culebra de luz por entre las verdes frondas del parque y fué á acariciar la corola de una azucena, en cuyos blancos pétalos brillaba aún la pedrería del rocío.

— Buenos días, hermosa, — dijo el rayo, intentando depositar un áureo beso en el seno inmaculado de la flor.

— No sea usted loco, — exclamó ésta, haciéndose vivamente á un lado y tratando de esquivar el beso, con

ayuda del cefirillo, que está siempre alerta y dispuesto á volar en defensa de las virtudes atropelladas.

— ¿Loco porque te amo?

— Porque así no se dan los buenos días á las flores honradas, y ya debe usted saber que á mí me han tomado por símbolo de la pureza.

— Perdona, hija; no pude resistir á los impulsos del amor que me abrasa.

— Pues está mal hecho... ¡oh! ¡vaya! ¡muy mal hecho! Que besara usted así á esas locas de campanillas azules, que se dejan cortejar por cuanto bicho viviente anda por esos trigos de Dios, santo y bueno, ¡pero atreverse á una flor delicada y pura como yo!... ¡Ah! ¿por qué no habré nacido rosa?

— ¿Rosa?

— Sí, porque mis pétalos de nieve no pueden encenderse jamás á los besos del sol, como las rosas, y una flor que recibe tales caricias sin ruborizarse, da una idea muy mala de su pudor é inocencia.

— ¿Crees que hago también el amor á las rosas?

— ¡Vaya! y á cuantas flores ve usted; yo creo que todas nacen blancas, pero usted es quien pone á la mayor parte de ellas... de mil colores.

— ¡Celosilla!

— ¿Celosa yo?

— Entonces no me amas.

— ¿Que no le amo á usted? ¡ingrato! ¿Para qué habré pedido á la aurora que me trajera esta mañana las más hermosas perlas de Oriente, sino para engalanarme y aparecer más bella á los ojos de usted? ¿Para qué habré pedido á la lluvia de anoche que llenara ese hoyito de líquido cristal, sino para ver en tal espejillo si mi hermosura era digna del amor del sol?

— ¿Y para qué pides al céfiro que aparte constantemente tu brillante corola de mis labios, si no para probarme que es falso tu cariño?

— Todas las cosas creadas le aman á usted, ¡oh sol!

— Pero una más que todas...

— ¿Cuál?

— La nieve.

— ¿La nieve enamorada del sol? ¡ella, que es la misma frialdad!

— Sí, la nieve, que es la primera en *derretirse* por mí.

CASIMIRO PRIETO.

*Dibujo de J. Pahissa.*



## Á Ester

QUE SE QUEJABA DE LA MORDEDURA DE UN INSECTO



Nos cuenta Anacreonte que, transido del agudo dolor de una picada, en el regazo de su madre amada fué su infortunio á lamentar Cupido.

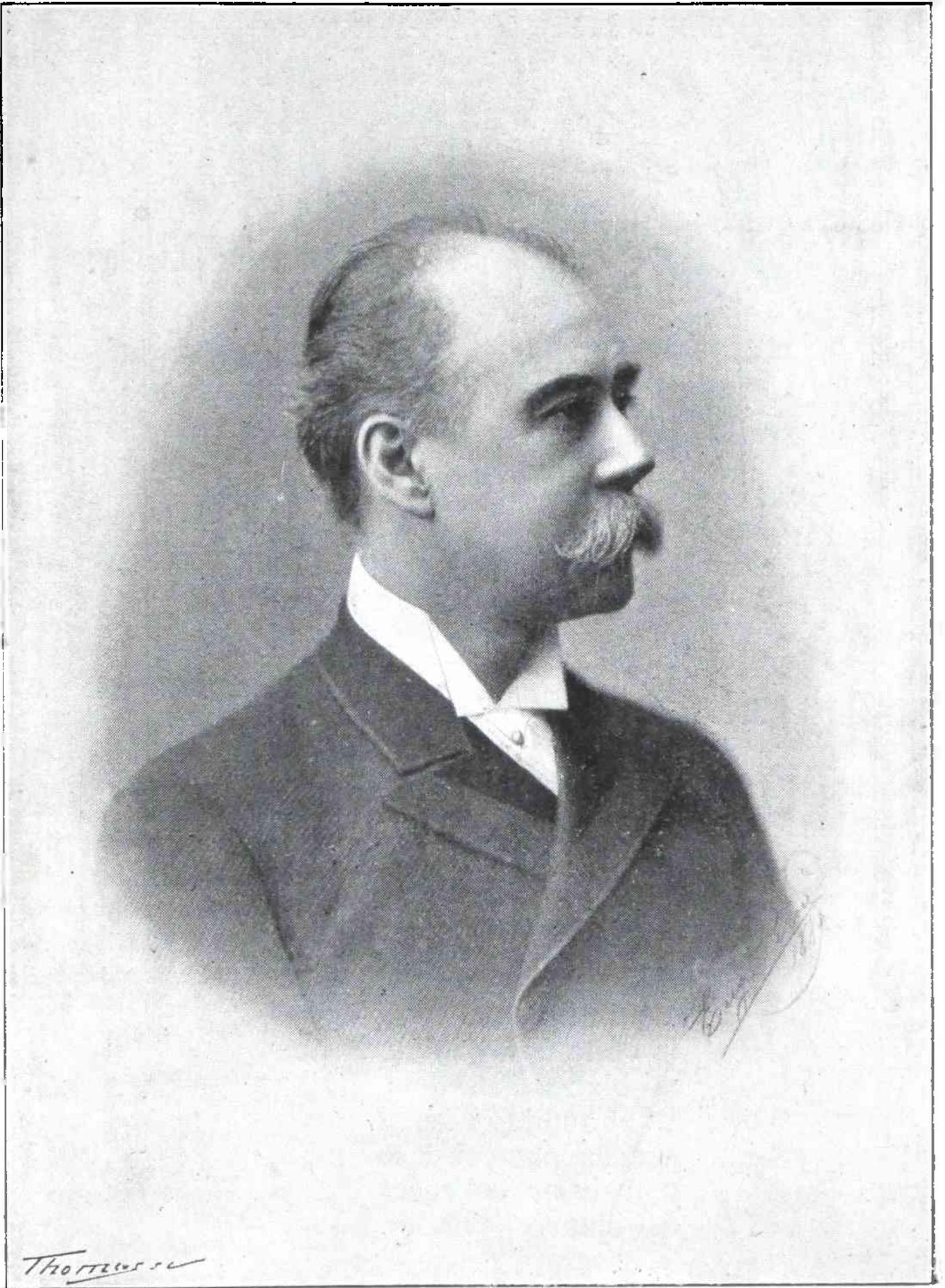
— ¡Madre! — con hondo y funeral gemido decíale el rapaz, — ¡mi hora es llegada! De una pequeña sierpecilla alada vengo de muerte, por mi mal, herido.

Venus le dijo: — ¡Qué egoísta eres! Si tan corto animal causa tal duelo, ¡cuánto más sufrirán los que tú hieres! —

Cese ya, Ester, tu injusto desconsuelo; que si tan leve mal tus ojos lloran, ¡cuánto más llorarán los que te adoran!

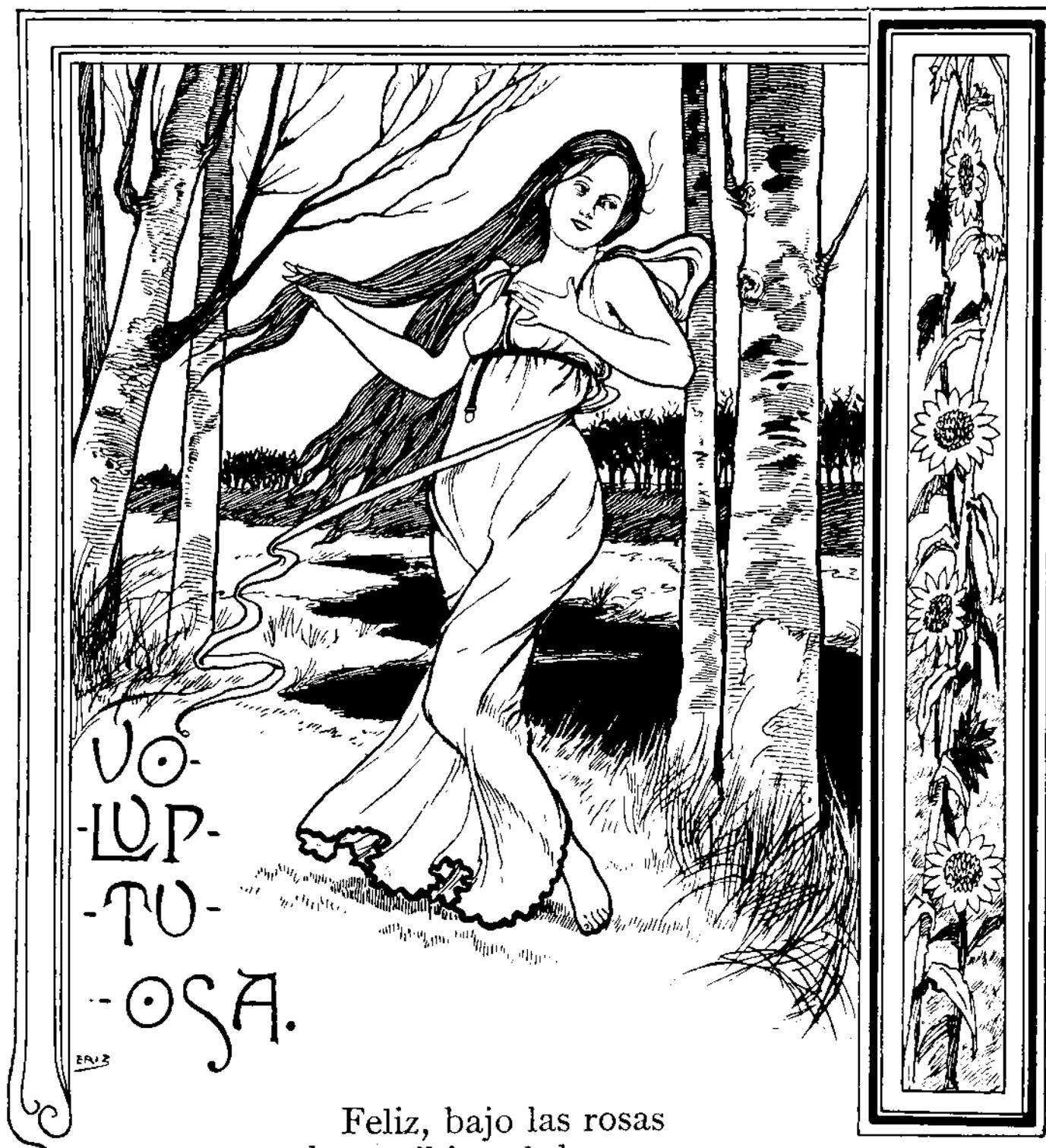
JULIO VICUÑA CIFUENTES.

Santiago de Chile.



Dr. Paz

PROPIETARIO DE «LA PRENSA,» DE BUENOS AIRES



Feliz, bajo las rosas  
de un tibio sol de ocaso,  
la casta frente inclina  
mi blanca Rosaflor;  
en el mullido césped  
apenas hinca el paso  
y apenas ríe el roce  
del blanco peinador.

Como al rumor de un vals  
el ágil cuerpo mueve;  
al aire deja sueltas  
las crenchas de abenuz;  
y ríe, y en su boca  
la frágil risa breve

simula el vuelo trémulo  
de un pájaro de luz.

El viento de la tarde  
la ciñe en un abrazo,  
retoza con sus faldas  
y tiéndese á sus pies;  
tras del corpiño oliente  
que ajusta su regazo  
desflóranse las pomas  
en explosión de mies.

Cual una joven diosa,  
ya trémula y radiante  
embriágase en las fiestas  
del vívido arrebol,  
ya el blando arrullo adquiere  
de la torcaz amante  
cuando á la luna cuenta  
lo que la dijo el sol.

¡Oh! ¡y quién lograr pudiera  
ser fuego en sus pupilas,  
y quién el lazo que ata  
su talle turbador  
ó en los floridos cármenes,  
bajo un dosel de lilas,  
pasar toda una aurora  
hablándola de amor!

ADOLFO GARCÍA.

Panamá, 1899.

*Dibujo de P. Eriz.*

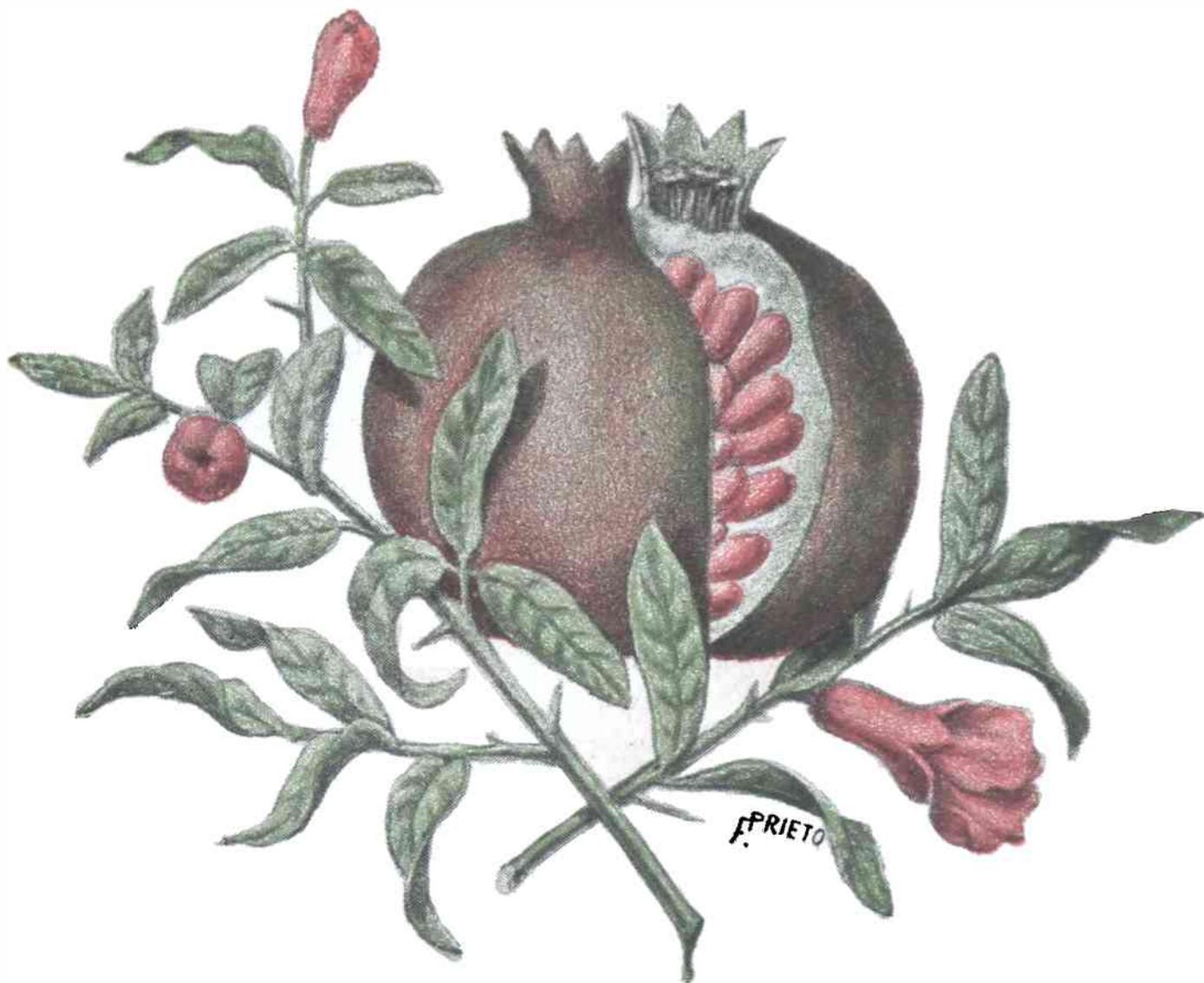


## EPIGRAMA

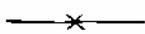


Hay muchos que, á mi entender,  
si casados quieren ser,  
por no poder, no se casan,  
y otros lo contrario pasan;  
que se casan *por poder*.

José M.<sup>a</sup> SOLÍS Y MONTORO.



## A una Granada



Tu clámide es de púrpura esplendente  
y esmeráldicos son tus borceguíes,  
y siendo tus joyeles de rubíes,  
la corona imperial brilla en tu frente.

Besada por la luz resplandeciente,  
de tu soberbia excelsitud te engríes,  
y en la gracia triunfal con que sonrías  
se regocija el sol desde occidente.

Para emular tu roja vestidura,  
en su trono de lirios la alborada  
muestra el cendal que envuelve su figura;

Pero á tus pies se inclina avergonzada,  
y humillándola tú con tu hermosura,  
revientas en alegre carcajada.

Caracas (Venezuela).

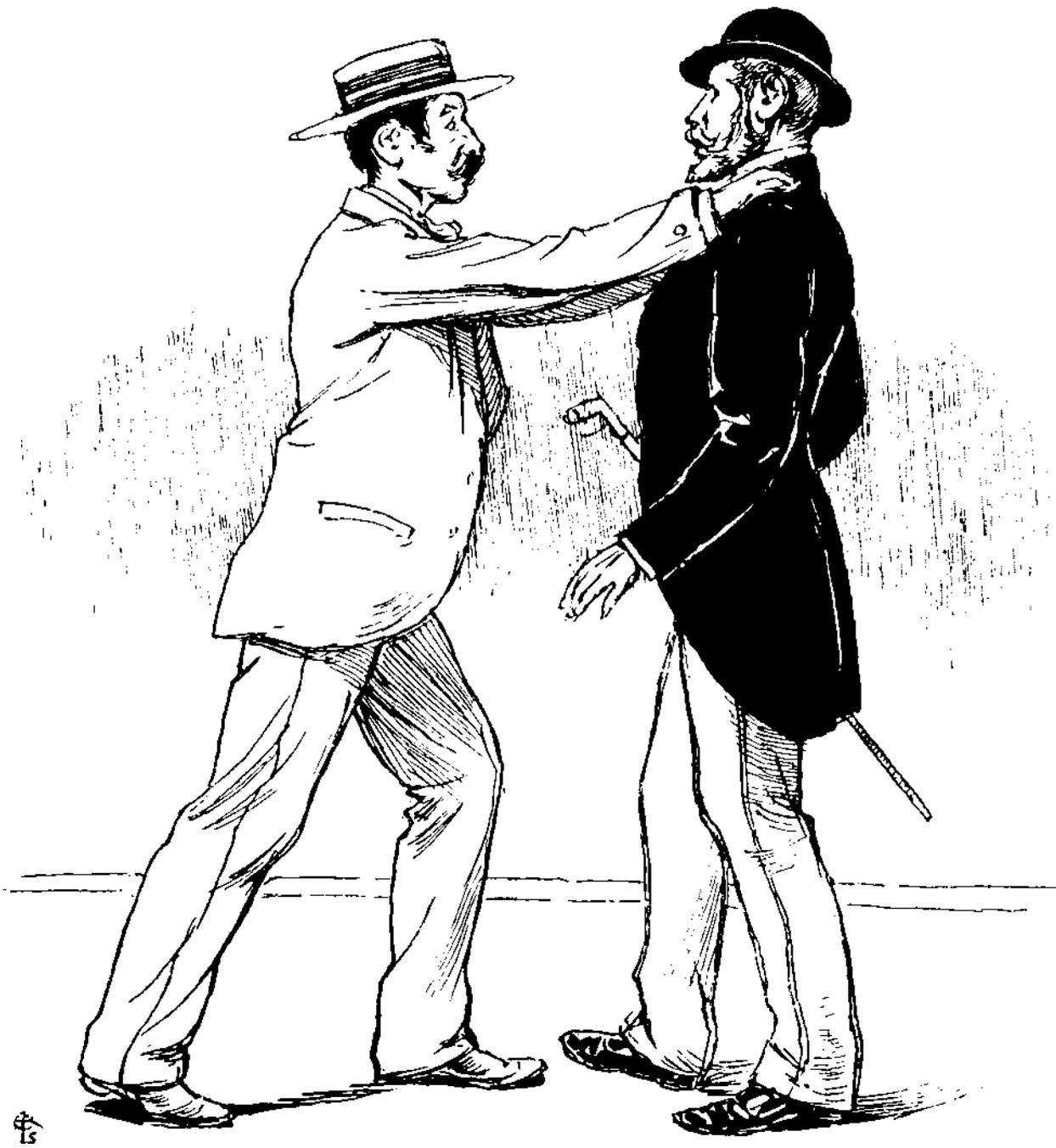
*Dibujo de F. Prieto.*

GONZALO PICÓN FEBRÉS.

AMERICANAS



Peruana



## La feria del matrimonio

— Las once... ¡ea! levantémonos; al que madruga Dios le ayuda, y nunca como ahora he necesitado de la ayuda de Dios. Porque, aun cuando Nieves tiene un corazón de oro y es buena como los ángeles, ¡sufren tan extrañas metamorfosis las mujeres, una vez casadas! Hay gacela que se convierte en gata. En fin, á lo hecho pecho. Pedí su blanca mano sin muchas vacilaciones, me la otorgó su mamá sin grandes resistencias, y por fin luce la aurora... ¡digo, no! por fin ha lucido la aurora del anhelado día en que voy á estrechar contra mi pecho

á mi tierna, á mi hermosa Nieves. Porque, ¡cuidado si es hermosa!... ¡y tierna!... ¡Quince años!... un capullo de rosa. ¡Ah! ¡cuán dichoso soy! Verdad que á menudo me asaltan en cuadrilla no sé qué malos pensamientos; pero una voz interior me dice que seré feliz, que mi mujercita no cambiará nunca, que será siempre la misma. Nieves ha recibido una educación brillante; no desdeña los quehaceres domésticos más prosaicos... según su mamá; cose sus vestidos... ¡una suerte! no le gustan los bailes... ¡otra suerte! sabe las cuatro reglas... menos la de multiplicar; se enciende como la grana cuando los sietemesinos del barrio deshojan, al verla pasar, las flores de la lisonja, como dice su primo el poeta; nunca habla mal de sus amigas, que es lo que no se ve, y es, en fin, lo que se llama una joya. ¿Quién no va gustoso con ella á la vicaría? Yo no sé cómo existiendo tales mujeres hay todavía solteros, y solteros recalcitrantes. ¡No! yo no seré de esos egoístas que dejarían que se extinguiese el género humano, si tuviesen que secundar los fines de la Naturaleza como Dios manda y la moral nos enseña. Es necesario cumplir el precepto divino: *Creded y multiplicaos*, y puesto que he crecido bastante, me parece que ya es hora de que me dedique... á las *matemáticas*.

Y Rafael se arrojó de la cama, se vistió en menos que se persigna un cura loco, tomó una taza de moka, salió á la calle y se dirigió aceleradamente á casa de Nieves.

Pero á los pocos pasos sintió que una mano de hierro le asía brutalmente del brazo, y al volver la cabeza, para saber quién era el que se permitía tan groseras familiaridades con él, se vió en la forzosa necesidad de sonreír al encontrarse con un antiguo amigo de colegio.

— El cielo te arroja en mis brazos,—dijo el interlocutor

de Rafael, con los ojos fuera de las órbitas y gesticulando como un loco.—¿Tienes mucha prisa? ;no importa! necesito hablar contigo, necesito contarte mi historia, una historia muy larga, para que me aconsejes, y... ¡vamos! que no te suelto en todo el día.

Rafael miró con terror á su amigo y se apresuró á decir:

— ¡Imposible!

— ¿Por qué?

— Porque no me pertenezco.

— ¿Que no te perteneces? no te comprendo... ¡habla claro!

— Pues nada, quiero decir que me debo á mi novia.

— ¿A tu novia? ¡cómo! ¿te casas?

Y el amigo de colegio miró con espanto á Rafael y le estrechó fuertemente entre sus nervudos brazos, como si quisiera defenderle contra invisibles enemigos.

— ¡Por piedad! — gritó el novio, al sentirse estrujado de aquel modo; — me parece que no es esa la manera de dar la enhorabuena á los que se casan. Conque haz el favor de soltarme... ó llamo á la policía.

— ¡La enhorabuena! ¡la enhorabuena! — dijo indignado el amigo de Rafael; — te equivocas: no te doy la enhorabuena, desdichado; lo que hago es contenerte para que no corras á tu perdición. Tú estás loco, y á los locos hay que sujetarles.

— Pues me parece que también los hay que andan sueltos, — murmuró el novio de Nieves con ironía.

— ¿Lo dices por mí? es verdad, — replicó el amigo de Rafael lanzando un ruidoso suspiro.— ¡Ojalá me hubiesen sujetado á tiempo! porque, aquí donde me ves, soy el hombre más desdichado del mundo. Me casé y fuí feliz mientras hubo luna de miel; pero después... ¡que si

quieres! mi mujer ya no era la de otros tiempos; cuando le reprochaba su frialdad, me decía que estaba engañado, que seguía amándome, pero yo veía bien claro que su amor era mentira; una *bola...* de nieve. — Tú no me quieres ya como antes, — exclamaba yo con desesperación. — ¿Han de durar eternamente los delirios de la



luna de miel? —decía ella encogiéndose de hombros. — ¡Sí, señora! — contestaba yo, que todavía me estaba relamiendo de gusto. — En fin, que no ha habido medio de derretir la nieve de la indiferencia que ha caído sobre su corazón... ¡un volcán apagado! ¿Es que se ha hastiado de mí? ¡no lo sé! ¿Es que tiene un amante? ¡no lo sé! abrigo mis sospechas y la duda no me deja vivir. El caso es que antes era muy de su casa y ahora le ha dado por frecuentar los salones y escucha, sonriente, galan-

terías á que ninguna mujer honrada debe dar oídos. ¿Y qué hago? ¿la mato? ¿no la mato? ¡no sé qué hacer!

— Bueno, pero el que tú seas desgraciado no es una razón para que desconfíe yo de la suerte; todas las mujeres no son iguales y como la mía no hay otra.

— Lo mismo pensaba yo de la mía. ¿Y es hermosa?

— ¡Hermosísima!

— ¡Ah! ¿conque es hermosísima? pues te compadezco.

— ¿Acaso todas las hermosas son casquivanas?

— No, pero la hermosura siempre ofrece mayor peligro, porque atrae todas las miradas, y entre esas miradas que relampaguean constantemente en todos los ojos, no es difícil que se desprenda una chispa que abraza el alma de la mujer hermosa.

— ¡Bah! la virtud tiene pararrayos.

— Pero la vanidad no, y vanidad y hermosura viven en una misma casa.

— Así y todo, no renuncio á mi Nieves.

— ¿No? pues anda, desdichado; no te detengo más... ¡cásate!

Y abriendo los brazos el amigo de Rafael, dejó á éste en libertad, el cual siguió su camino, no tan aceleradamente como antes, pero sí algo más caviloso.

Y abstraído en sus reflexiones, no vió, á los pocos pasos, á un caballero que iba en dirección contraria, y con aire pensativo también, y se le fué encima, resultando entre ambos un choque violento.

— ¡Bárbaro!—dijo el desconocido, recogiendo el sombrero, que se le había caído al suelo con el choque.

— Dispense usted,—dijo Rafael todo confuso.

Pero al fijar sus ojos en el desconocido, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

— ¡Don José!—dijo, abriendo desmesuradamente los ojos.

— ¡Calle!—murmuró don José, no menos sorprendido; —¿conque es á mi querido Rafael á quien debo el placer... de este choque?

— Sí, señor, y le pido á usted mil perdones...

— ¡Bah! no tienes para qué disculparte, muchacho, porque la verdad es que yo también iba distraído y no te ví.

— Pero, ¿cómo es eso, don José? ¿ha regresado usted del extranjero?

— Sí, hijo mío; vengo persiguiendo á mi mujer; la infame se ha escapado con otro.

— ¿Con otro?

— Hombre, sí, con *otro*... porque es el caso que antes ya se había escapado con *uno*.

— ¿Y volvió usted á admitirla en su compañía?

— ¡Qué quieres, hijo! se echó á mis plantas hecha una Magdalena, y yo, incauto... y filósofo, dí crédito á su arrepentimiento y volví á abrirla las puertas de mi hogar. ¡Pero lo que es esta vez!...

— ¿Y quién es el seductor?

— Un capitán de caballería, primo suyo, muy buen mozo... ¡Ah, mi querido Rafael! Si te casas alguna vez, que es mejor que no te cases, cuida que tu mujer no tenga primos de caballería. ¡Debía haberlo sospechado! Un día me dijo mi esposa que salía á tiendas, y no volvió. Me eché en su busca, revolví medio mundo, y por fin la encontré... ¿dónde dirás? pues nada menos que en un campamento. ¡Ah! con razón pienso ahora que debía haber desconfiado del primito.

— ¿Y dejó usted impune tan torpe engaño?

— No, seamos justos; aquella vez mi mujer dijo la.

verdad: me anunció que salía á tiendas, y, efectivamente, la encontré en una tienda... de campaña.

— ¿Y qué intenta usted hacer ahora?

— ¿Qué intento hacer? dispensa que no te revele mi proyecto, pues tengo mucha prisa y no puedo detenerme un segundo más... ya lo sabrás por los periódicos.

Y don José detuvo un coche vacío que pasaba en aquel momento, subió á él y dió orden al cochero de que partiese á escape.

Rafael siguió su camino, pero estaba de Dios que no había de llegar tan pronto como deseaba á casa de su novia.

A los pocos pasos encontró á otro amigo que iba poco menos que corriendo, como si le persiguiera alguien.

Rafael le detuvo de un brazo y le dijo:

— ¿Qué te pasa, que pareces un loco?

— No lo quieras saber,—contestó el amigo, á borbotones;—te espantarías... ¡tragedias de familia! tengo la desgracia de estar casado con una mujer que es peor que una fiera, y de la cual huyo, porque mi vida corre peligro.

— ¿Y á dónde vas?

— No lo sé... en busca de un refugio que me ofrezca más seguridad que mi casa... Si encuentro abierta la jaula de los leones, allí me vuelo.

— Pero, ¿tan terrible es tu mujer?

— Hace poco me amenazó con una pistola, porque me niego á llevarla á la ópera. Y si no escapo me levanta la tapa de los sesos, ¡la conozco bien!

— ¿Y cómo te casaste con una mujer así?

— ¡Oh! antes era otra cosa; antes... pero ahí viene, ¡adiós!

Y echó á correr de nuevo.

Rafael siguió su camino, no del todo tranquilo y satisfecho con lo que acababa de oír respecto del matrimonio, pero acabó por desechar necios temores, recordando que cada cual habla de la feria según le va en ella y resuelto á casarse á todo trance.

Poco le faltaba para llegar al término de su viaje cuando le salió al encuentro un caballero que parecía



completamente dichoso, á juzgar por la risueña expresión de su semblante.

— ¿Es cierto que se casa usted? — dijo á Rafael, abrazándole con efusión.

— Es cierto, — contestó el interpelado.

— ¡Pues me alegro, hombre! — dijo el amigo, abrazándole de nuevo; — hace usted muy bien; no hay nada mejor que el matrimonio; lo sé por experiencia.

Rafael respiró; por fin encontraba uno que venía de la feria hablando bien de ella.

—¿De manera que aprueba usted mi pensamiento? —preguntó con cierta timidez á su amigo.

—Y lo aplaudo,—contestó éste;—yo me casé también y, ya lo ve usted, soy completamente feliz. ¡Bah! ríase



usted de los que dicen pestes del matrimonio y hablan mal de las mujeres. Ya sé que las hay malas, ¿quién lo duda? pero las hay buenas, y no es justo que paguen unas las culpas de las otras. La mía, por ejemplo, no puede ser mejor. Sólo goza viéndome al lado suyo, y prefiere mi compañía... á la de la Opera. Un detalle importante: no tiene caprichos. Otro curioso: todo lo que á mí me gusta le gusta á ella. Además, es enemiga de la calle, y si algún mequetrefe le echa una flor, se enoja.

Además, no es ambiciosa, y si no puedo ponerle lujo, se resigna. Para ella no hay más mundo que su hogar ni más gloria que mi amor. En fin, ¡con decirle á usted que desde que nos casamos no hemos tenido todavía el más pequeño disgusto!

—¿Y hace muchos años que se casaron ustedes?

—¿Muchos años? ¡qué ha de hacer muchos años! nos casamos anoche.

CASIMIRO PRIETO.

*Dibujos de J. Luis Pellicer.*



## Al campo

Míreme el eterno amigo de mi infancia luminosa  
donde el glauco arroyo muerde el tupido pastizal;  
yo me voy al campo verde de la quiebra barrancosa  
donde visten las lomadas los plumeros del cardal.

Tomaré la vieja pauta de mis sueños sin aliño,  
cuando el casco de mi potro daba huellas de mi pie  
junto al monte quejumbroso que talaba siendo niño,  
como un héroe de conquista, persiguiendo un *diostedé*.

Era un gótico castillo de fantástica atalaya  
el follaje de eucaliptus con la copa en ojival,  
y ancho médano arenisco simulaba extensa playa,  
donde alzaba crespas olas el ondeante pajonal.

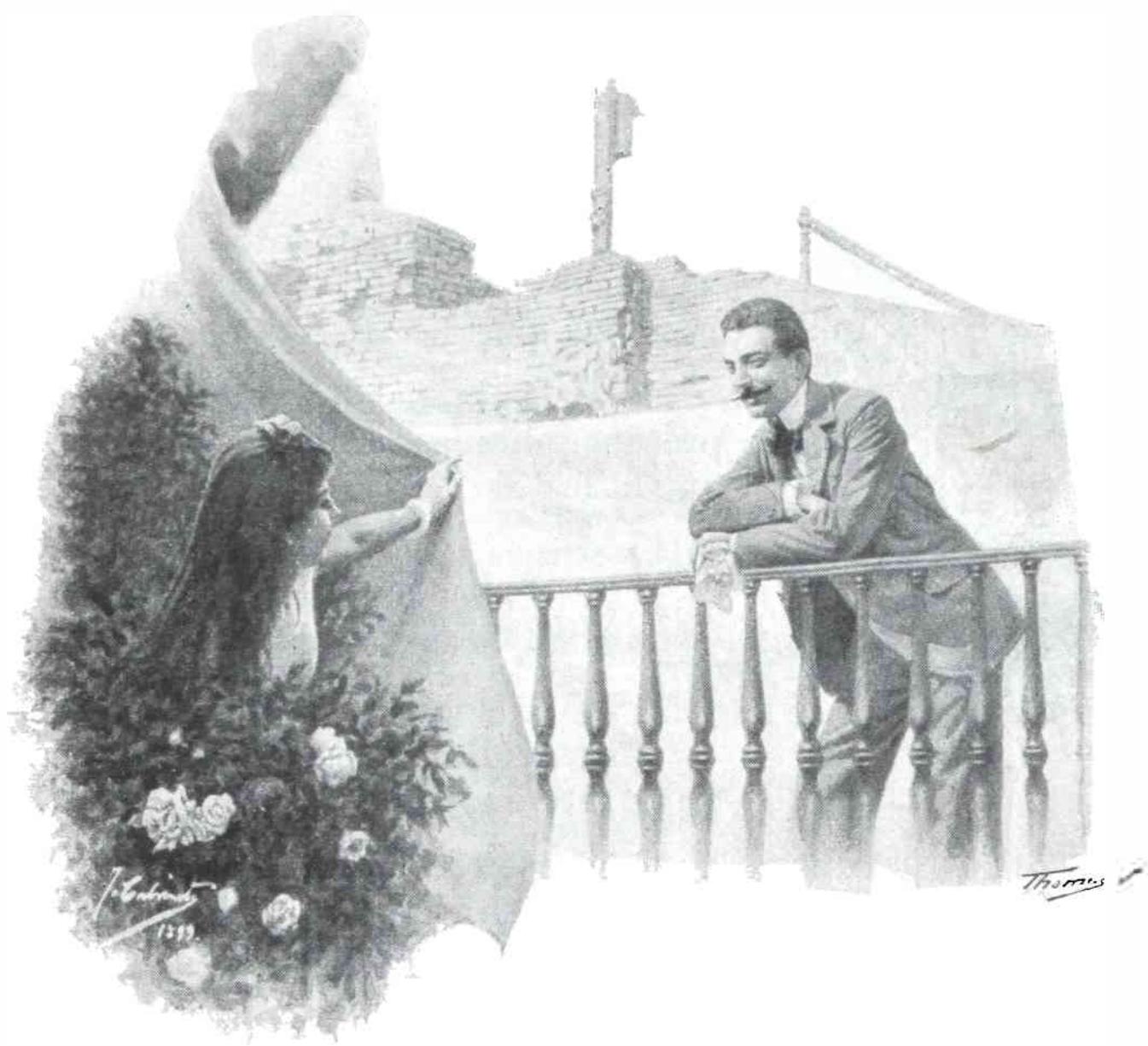
Del tropel de mis recuerdos el bosquejo apenas queda.  
Se ha esfumado tras del tiempo el albor de mi niñez.  
Hasta el soplo de la brisa resbalando en la alameda  
ya no entona la elegía por su trágica viudez...

Míreme el eterno amigo de mi infancia luminosa  
donde tiemblan los rocíos como piochas de cristal.  
Yo me voy al campo verde de la quiebra barrancosa,  
tú te quedas entre el ruido de la gloria mundanal.

J. C. MOLINA MASSEY.

Buenos Aires, 1899.

ENTRE VECINOS



— ¡Manojito de rosas!...

— (¡Qué pesado!)

— ¿Cuándo me querrá usted, bella vecina?  
De tal modo su rostro me fascina,  
que por usted estoy muerto...

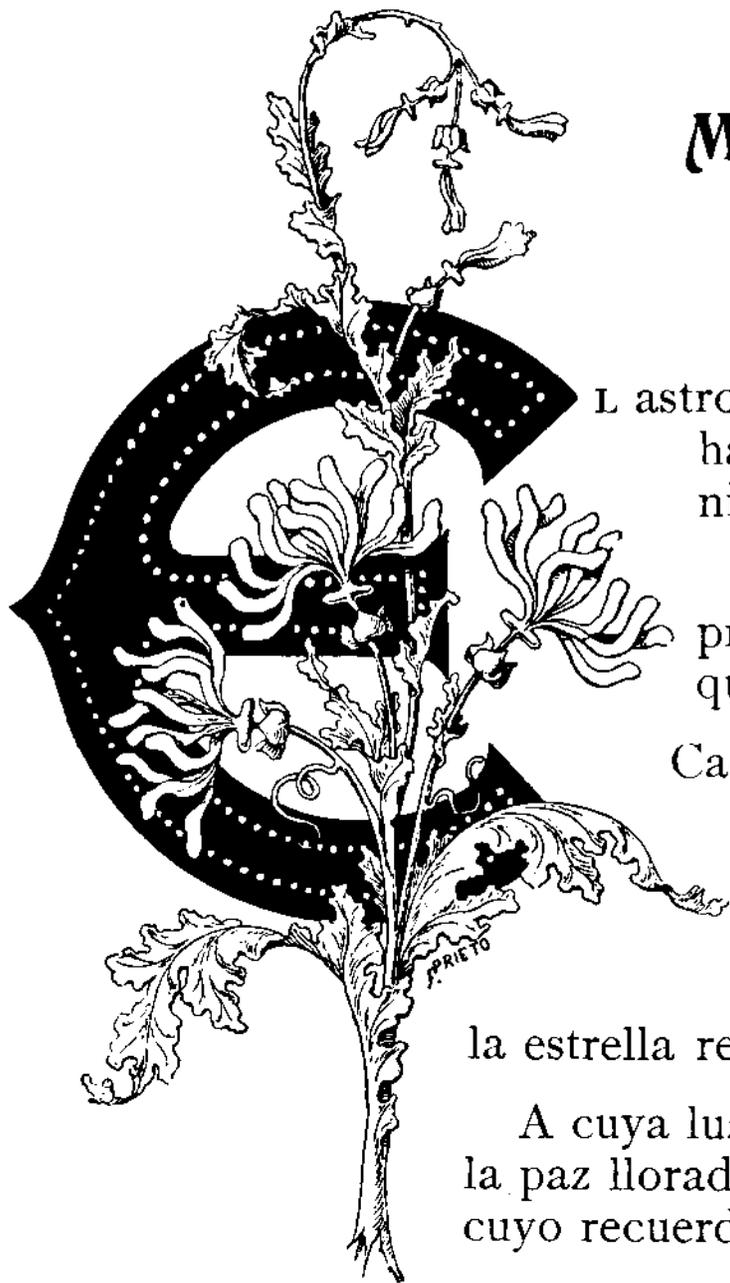
— *Y en terrado.*

*Dibujo de J. Cabrinety.*

EPIGRAMA

— ¡La sociedad, ofendida,  
castigar debe el suicidio!  
— No sé cómo, por mi vida,  
puede pensarse á un suicida.  
— ¡Enterrándole en presidio!

## Meditación



L astro luminar del firmamento  
ha sucumbido ya; ni el ave canta,  
ni en las umbrías se estremece el viento.

Ni una nota, ni un eco se levanta  
propincuo de las últimas colinas  
que la luz del crepúsculo abrillanta.

Cada vez más se ciernen las neblinas  
y huyen las ilusiones sin alarde,  
cual huyen en tropel las golondrinas.

Sólo á lo lejos de los mundos arde—  
miosotis de oro en la cerúlea toca—  
la estrella refulgente de la tarde,

A cuya luz el corazón invoca  
la paz llorada, la serena vida,  
cuyo recuerdo mi aflicción provoca.

A cuya luz el alma enternecida  
se remonta al edén de mis ensueños,  
dulces vestigios de la edad florida,

Cuando el amor y la ventura dueños  
del ideal más puro que he sentido,  
me dieron flores y forjaron sueños.

Mas, hoy ¿en dónde están, á dónde han ido  
las juveniles horas de mi infancia,  
las que labraron del amor el nido?

¿En dónde están la tropical fragancia,  
la dulce voz, las plácidas querellas,  
que apenas laten hoy á la distancia?

¿En dónde están mis concepciones bellas,  
tan puras cual la luz de las auroras,  
tan castas cual la luz de las estrellas?...

Ni el aire de las selvas tembladoras,

ni el agua de las fuentes cristalinas  
llegan á mí, como en aquellas horas—

De otros mundos dichosas peregrinas—  
que al revolar hacia el confín lejano,  
nos dejan en el alma las espinas!

Por eso, de la vida en el arcano,  
la fugaz existencia de las flores  
tiene el placer del corazón humano.

¿Qué vale ambicionar regios honores,  
doradas palmas de mentida gloria,  
necios aplausos, cánticos y amores,

Si es la nuestra una suerte transitoria,  
donde van al azar nuestros despojos,  
como la arcilla vil, como la escoria?

¿Si cuando exploran ávidos los ojos  
el amplio circo que en redor se alcanza,  
en vez de flores sólo ven abrojos?

Nuestra vida es un ponto sin bonanza,  
donde no hay otro norte, ni otro guía,  
que el lucero inmortal de la esperanza!

¡Oh divino sostén del alma mía,  
falto de tus benignos resplandores,  
qué fuera de mi ser en la agonía?

En vano busca el genio en sus ardores  
la clave de lo ignoto entre la ciencia,  
que esplende como un sol en sus albores;

En vano pugna el hombre en su impotencia  
por leer el enigma del futuro,  
donde se estrella toda su experiencia;

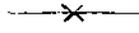
Un ser habrá que desde el suelo impuro  
nos circunscriba del planeta el vuelo  
por la región del inmortal seguro;

Habrá un Colón, que en su incesante anhelo  
columbre el sol de un nuevo continente  
que se destaque en el confín del cielo;

Un Guttemberg, y un Newton eminente,  
que obtengan de la musa enardecida  
cien gajos de laurel para su frente.

Mas, por grande y excelsa y atrevida  
la humanidad, que en aprender se afana,  
nunca, en el torbellino de la vida,  
sabr  que sol le alumbrará mañana!

EUGENIO C. NO .

*Dibujo de F. Prieto.*

## Flor ideal

Para ROSARITO ACHENBACH.

Yo conozco una flor de cuya esencia  
mi corazón se embriaga   la distancia:  
es una flor que tiene tu inocencia,  
tu virginal pureza y tu fragancia.

Cuando mi ser de pena se consume  
ella, que todas mis tristezas sabe,  
en mi espíritu exhala su perfume,  
su perfume de amor, místico y suave.

Como el encaje de la espuma leve,  
del sol el rayo ni el calor recibe:  
es un jazmín de pétalos de nieve  
que en el santuario de mi alma vive.

Anoche, en sueño de ideal ventura,  
su secreto me dijo conmovida,  
y hoy s  que eres la flor cándida y pura  
que embalsama el ambiente de mi vida!

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

Santa Fe (República Argentina).



Los divinos poetas han llenado  
el ambiente de música y de aroma.  
 Por eso será eterno ese sagrado  
ejército de luz, que ha conquistado  
la vacilante Roma  
de un mundo material y depravado!

SALVADOR FORNIELES.

Buenos Aires.



CAUPOLICÁN

FAMOSO CAUDILLO ARAUCANO

ESTATUA EN MÁRMOL DEL NOTABLE ESCULTOR CHILENO

J. NICANOR PLAZA

## Un tenorio

— Señora...

— ¡Callad, por Dios!

— Dadme vuestro asentimiento...

— Pero, ¿cuál es vuestro intento?

— ¡Que huyamos de aquí los dos!

— ¿Huir? Mas, ¿no habéis pensado que es peligroso á esta hora?

— Nada tenemos, señora, que temer.

— Sois muy osado.

— Para todo me da alientos el amor que me inspiráis.

¿Por qué, señora, dudáis, insensible á mis tormentos?

Considerad que es ocioso permanecer más aquí.

— Calmad vuestro frenesí...

¿y si nos viera mi esposo?

— Estáis con un caballero que os sabría defender;

pero no nos ha de ver sin ser visto él primero.

¿La razón ignoráis vos?

pues mi labio os la dirá:

cuatro ojos, probado está que ven siempre más que dos.

— ¿Y qué logramos con verle primero, si ha de seguirnos?

— De su poder evadirnos y así no habrá que temerle.

— Si se propone matarnos, de escapar de él no hay manera.

— Pues aunque mucho corriera con el afán de alcanzarnos,

más correremos, por Dios, de los campos á través

nosotros, con cuatro pies, que vuestro esposo con dos.

VICENTE NICOLAU ROIG.



Max Nordau

ILUSTRE ESCRITOR AUSTRIACO

# La admiración

FÁBULA DE MAX NORDAU

El escultor había terminado la estatua de Apolo, y después de haberla colocado cuidadosamente en una caja de madera, sobre un blando lecho de heno, cargó la caja en un carro y encaminóse al templo en donde el dios debía quedar instalado.

El camino por donde debía pasar estaba lleno de baches, y en una de las revueltas el carro volcó, cayendo al suelo y rompiéndose la caja, desparramándose el heno y quedando la estatua de mármol tumbada sobre uno de los costados del vehículo. El artista, de pie junto á su obra, contemplaba anonadado el estrago y esperaba que pasara alguien de quien solicitar ayuda.

Acertó en esto á pasar un asno, que deteniéndose al lado del carro se puso á contemplar los destrozos causados por el accidente. — ¡Magnífico, magnífico! — exclamó de pronto el animal.

Lleno de gozo el artista, preguntó al borrico:

— Mi buen asno, ¿conque te gusta mi estatua?

— ¿Tu estatua? — repuso el orejudo. — ¿Y quién habla de tu estatua? A lo que me refería era á ese hermoso y perfumado heno que veo por aquí desparramado.

Y esto diciendo, púsose á comer ávidamente la fresca hierba.

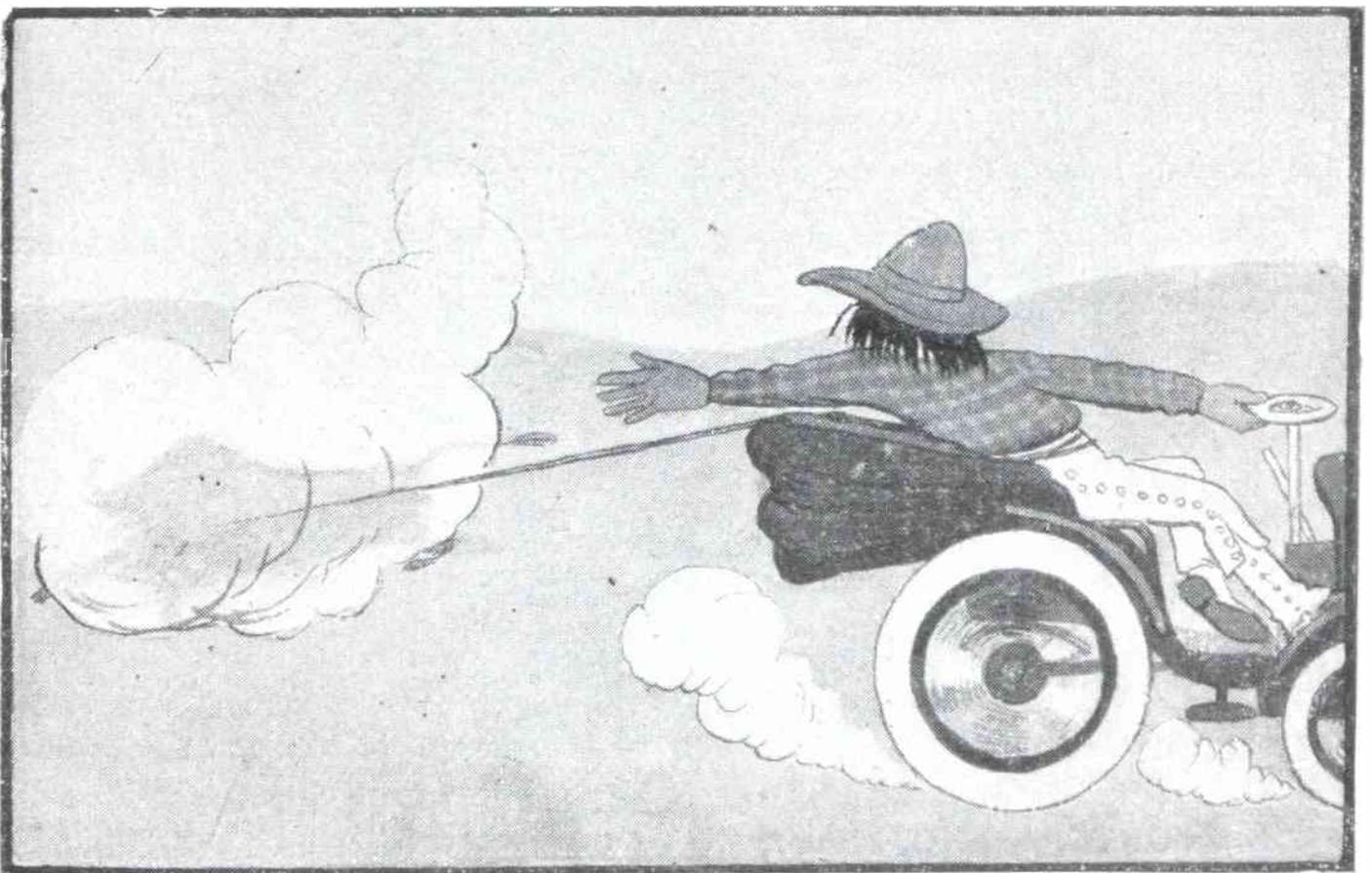
## MORALEJA

¡Y ahora pregunta al asombrado vulgo qué es lo que realmente admira en las obras de arte más famosas!

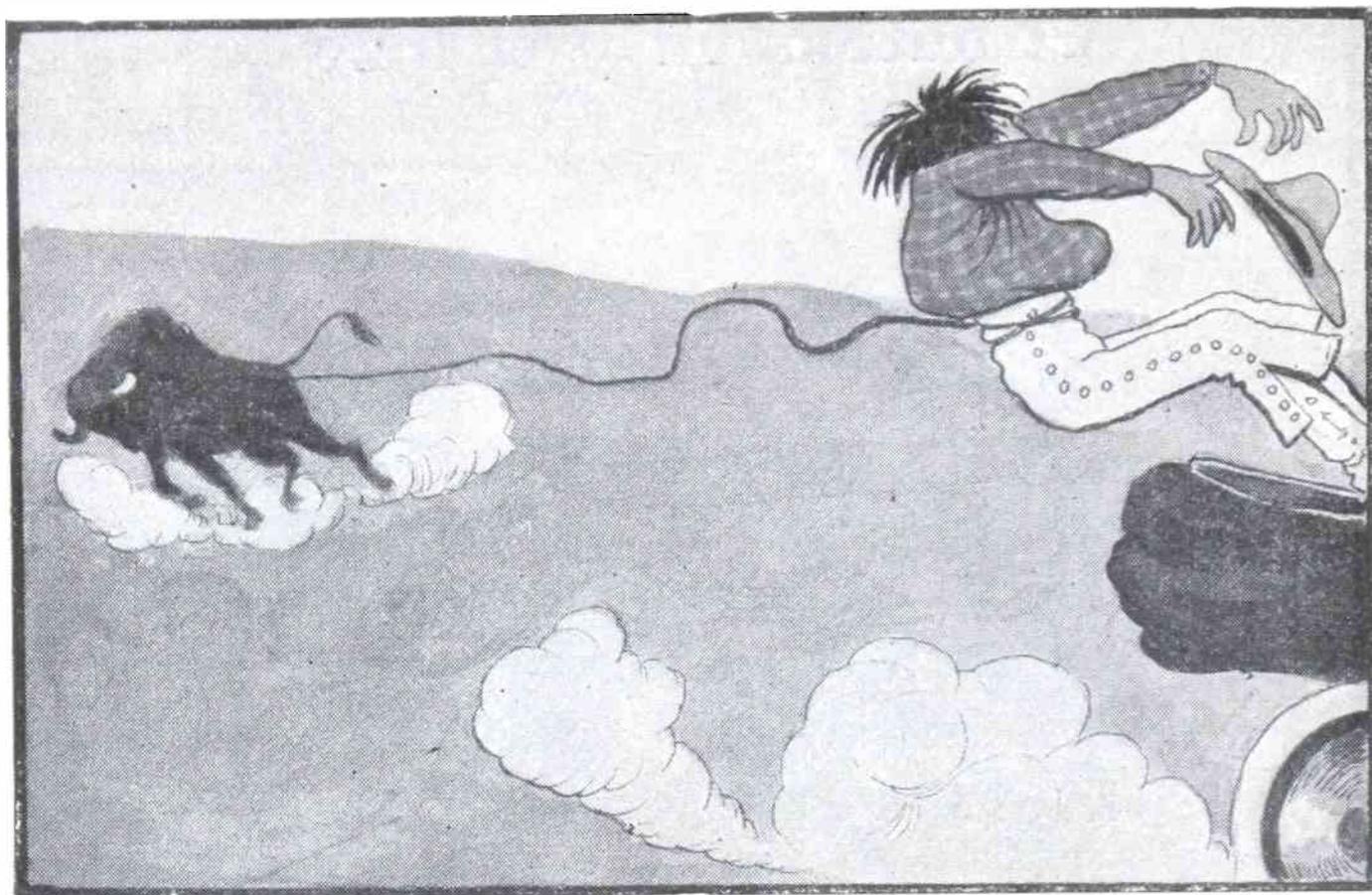
## El automóvil y el lazo



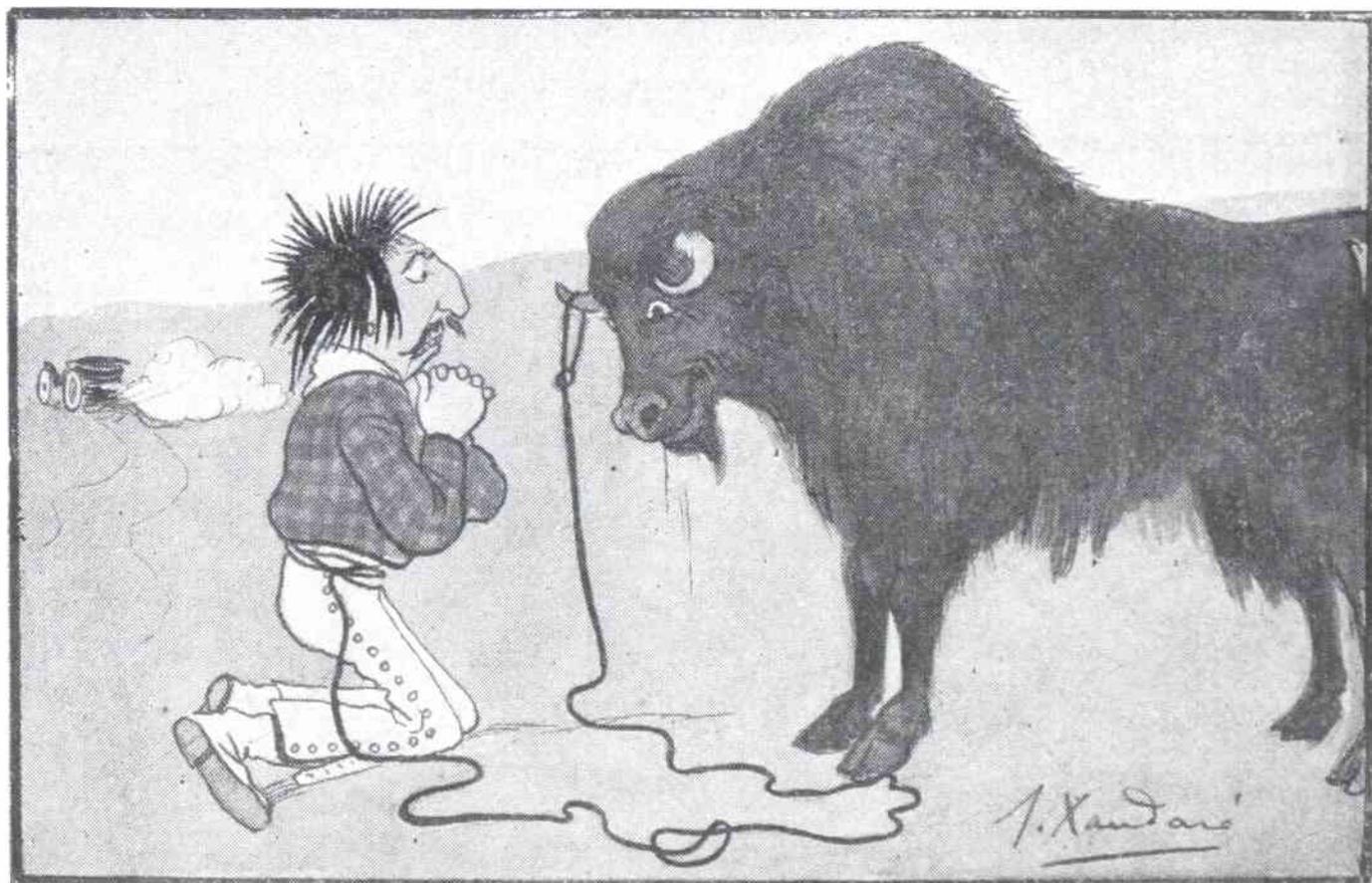
— Ahora veré si es incompatible el automóvil con esta caza...



¡Creo que se presta! ¡¡es compatible!!



||.....!! (Aquí una exclamación propia del país).



EL BISONTE. — ¡No, señor, no es compatible!!

EL CAZADOR. — ¡Perdóname, que otra vez será á caballo!!

*Dibujos de J. Xaudaró.*

## En el huerto

DE COELHO NETTO

De rodillas, orando contrito entre los olivares que cubren el extenso campo, Jesús aguarda su próximo suplicio.

En torno suyo impera el Silencio. Sobre los oscuros árboles del huerto, la Noche se inclina perezosamente. Jesús, en éxtasis sublime, prosigue en su plegaria.

Ninguno de sus amados discípulos, ninguno de sus fieles amigos está á su lado. ¡Solo, completamente solo!

La Luna, rasgando el velo espeso de nubes arremolinadas, se deja ver en este instante. Diríase de ella el rostro pálido de una náyade emergiendo de entre las olas enfurecidas de un mar tenebroso.

Una luz tenue, misteriosa, purísima, envuelve la áurea cabellera del Misionero del Amor. Una vaga somnolencia se enseñoorea de su espíritu.

Y en su corazón reflorece los ensueños, y escenas de su vida terrestre desfilan, — esfumándose rápidamente, — por delante suyo. Y recuerda de Bethania, donde María de Magdala lloró, á las plantas de él, todos sus pecados; recuerda de la Samaritana, que á orillas de la fuente acercara el agua á sus sedientos labios; recuerda de la sierva de Betsabé, que poseída de una fe infinita le escucha hablar de Dios y de los hombres... Y Jesús, en medio de su pena honda, sonrío plácidamente, y la plegaria interrumpida vuelve á aletear en sus labios para ascender, en seguida, á lo Infinito...

De improviso, Jesús se estremece. En su frente helada ha sentido el calor rápido de un beso que alguien, por la espalda, le ha dado con exquisita ternura. Torna á sonreír, de una manera inefable, y sin interrumpir el rezo balbucea: — ¿María?...

Poco después la oración ha concluído.

Alzándose, se vuelve entonces, para mirar á quien con tanta ternura le ha besado.

Y ve á Judas de Iscaria...

JOSÉ M. BARRETO.

Tacna (Perú)

—x—

## Tres consejos

Al río fué á bañarse Juan Estopa  
y en la orilla dejó toda su ropa.  
Y apenas en el agua metió el cuero,  
toda la ropa le llevó un ratero.

*Si te bañas, lector, lo más sencillo  
es que guardes la ropa en el bolsillo.*

De paseo, lloviendo, volvió Garro,  
lleno el paraguas de pegoso barro.

*Si una gira, lector, lloviendo fraguas,  
no olvides de echar funda á tu paraguas.*

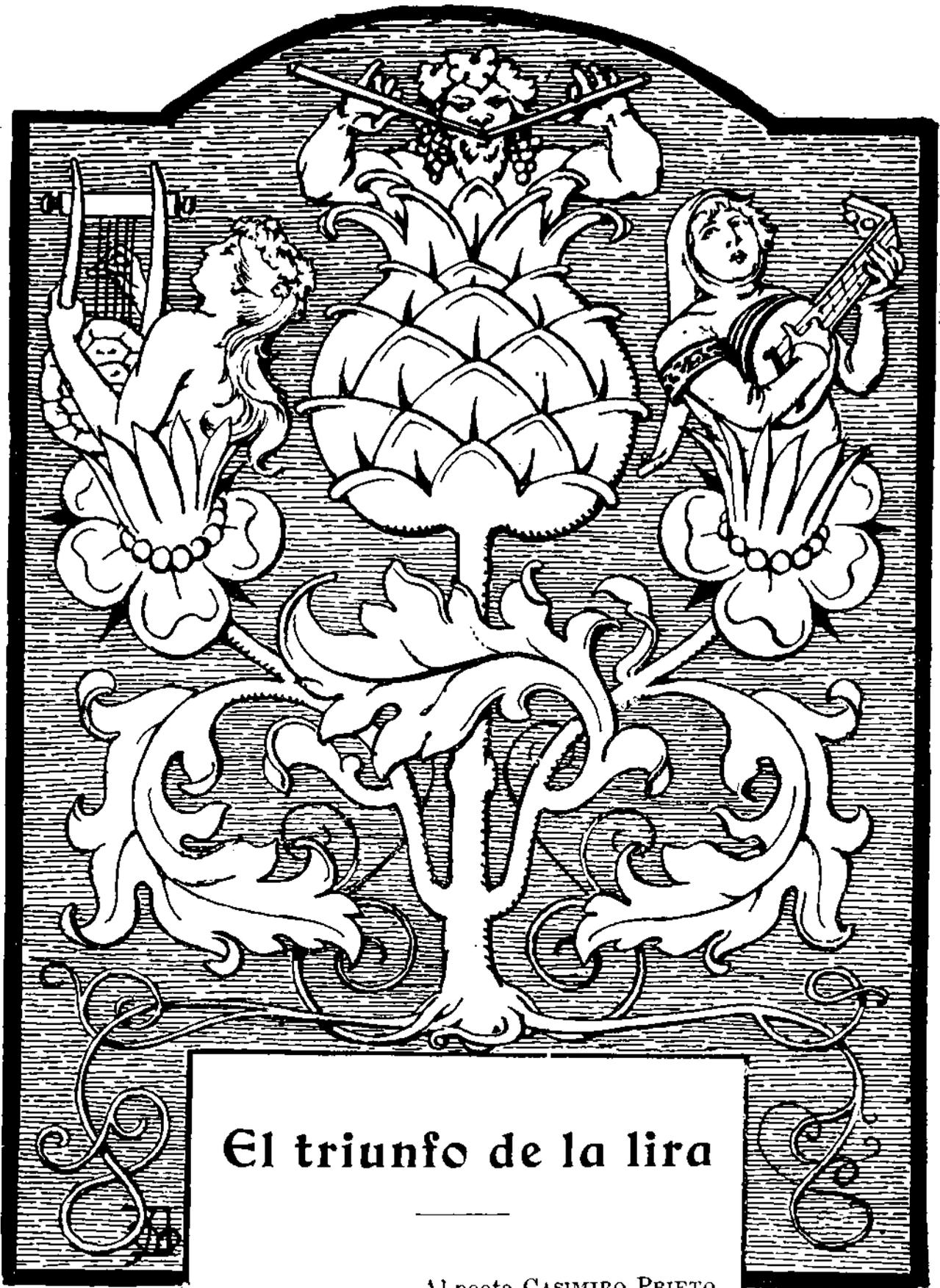
No estaba vacunado Antonio Gamio  
y se mató cayendo de un andamio.

Estaba vacunado Pedro Inhiesta  
y murió de repente en una fiesta.

*Los dos casos, lector, dicen á una  
que no fíes del todo en la vacuna.*

SALVADOR ALFONSO.

Buenos Aires.



## El triunfo de la lira

Al poeta CASIMIRO PRIETO

Dijo el rey, el augusto soberano,  
 á la blanca princesa del lejano  
 país de las montañas:  
 «— Yo, que he visto tus ojos como extrañas  
 y luminosas flores de los sueños  
 bajo el arco triunfal de tus pestañas,  
 te diera mi corona  
 que mi augusta grandeza

y mi soberbia majestad pregona,  
 para ceñir ¡oh virgen! tu cabeza  
 llena de luz y místicos ensueños;  
 como ofrenda de amor y de cariño  
 á tus plantas de diosa extendería  
 mi real manto de púrpura y armiño;  
 y con flores de mágicos jardines  
 para tus pies pequeños, formaría  
 blanda alfombra de lirios y jazmines,  
     de rosas sin abrojos,  
 de nardos, de miosotis y de lilas,  
 do quede el rastro de tu planta impreso,  
 por sentir en mis ojos, como un beso,  
 la astral irradiación de tus pupilas.»  
 Así dijo el augusto soberano  
 á la blanca princesa del lejano  
     país de las montañas,  
 y ella extendió sobre sus grandes ojos  
 como dos alas negras, sus pestañas.

Dijo el guerrero de las lides nobles,  
 el bravo vencedor en cien torneos:  
 «—Yo, que he visto tus labios suavemente  
 abrirse como flor de los deseos,  
 yo que luché por el sagrado lema  
 de *Patria y Religión*, esta diadema  
 que la gloria tejió para mi frente  
 con hojas de laureles y de robles;  
     esta fulmínea espada, —  
 más fuerte que la espada de aquel welsa  
     en Nibelheim forjada, —  
 que ha humillado invencibles caballeros  
 en combates y homéricas batallas,  
 y llega al corazón de los guerreros  
 al través del acero de las mallas;  
 y este escudo, — más fuerte que la roca, —  
 donde trazó la Patria su divisa,  
 todo lo arrojé ante tu planta excelsa  
 por obtener de tu purpúrea boca  
 el premio de mi amor: una sonrisa.»  
 Así dijo el heroico combatiente,  
 el guerrero magnífico y gallardo,  
 y ella inclinó, sin responder, la frente  
 más blanca que los pétalos del nardo.

Dijo el poeta de las rimas suaves,  
 el que aprendió á gemir con el torrente  
 y á cantar con los trinos de las aves;  
 el que escuchó en la gran Naturaleza,  
 que es de lo bello la inexhausta fuente,  
 el himno colosal de su grandeza:  
 « — Yo, que he visto tu boca, fresca rosa  
 tibio nido de ignotos embelesos,  
 fresca rosa que aguarda silenciosa  
 las blancas mariposas de los besos,  
 con mi lira de ritmos virginales  
                     que en los juegos florales  
 fué ceñida de mirtos y laureles,  
 te haré al compás de líricos arpegios,  
 con dulces trovas y cantares regios,  
 en estrofas de luz, ricas diademas  
 engarzadas de rítmicos rondeles,  
 de áureas rimas, de frescos madrigales,  
 de baladas, sonetos y poemas,  
                     por sentir en mis ojos  
 la luz de tus pupilas fulgurantes,  
 y en mis trémulos labios palpitantes  
 un beso ardiente de tus labios rojos.»  
 El bardo dijo.

Extraños resplandores  
 brillaron en la fúlgida mirada  
 de la princesa de ojos soñadores,  
 y aproximóse al trovador, llevada  
 por la inmensa atracción de los amores;  
 después, los labios con delirio impresos  
 estallaron en música de besos,  
 y al dulce influjo de pasión secreta,  
 brotaron en sonoras vibraciones  
                     espléndidas canciones  
 de la lira triunfante del poeta.

Buenos Aires, 1899.

CARLOS ORTIZ.

---

### EPIGRAMA

¿Que se escapó del convento  
 esta tarde, sor Teresa,  
 no se sabe con qué intento,  
 y ha sido presa al momento?  
 ¡pues esa sí que es *sor-presa!*

# Gloria victis!...

PARA CASIMIRO PRIETO

Para el pensador, — el que cierra los ojos para ahondar más en las reconditeces de su conciencia, como el héroe de Bourget, — es un axioma, de negros y tristísimos contornos, la convicción de la decadencia y quizá de la pérdida total de nuestra valiente raza latina.

Desde los antiquísimos versos del *Mahabarata*, — flor de loto en verjel salvaje, — hasta las teorías de los materialistas modernos, todo favorece el incesante poderío del más fuerte y el aniquilamiento fatal del más débil.

Pero así como la imagen del inmortal Churruca, en la nave histórica de Trafalgar, se transformó, después de un siglo, en el excelso «¡Al abordaje!» de los gallardos marinos de Cavite, de la misma manera nuestra caída será á medias: si vencido el cuerpo, el espíritu jamás se rendirá, como deshechas las iberas naves, siguió tremolando al tope, glorioso, el pabellón immaculado de la madre patria.

¡Que el mal es en ocasiones el bien y de los Quijotes la inmortalidad!...

JOSÉ SR. GOMENSORO.

Montevideo, 1899.



## A UNA ARTISTA MUY GUAPA

Actriz de alta inspiración,  
de criticarte no hay forma;  
el Arte es siempre tu *norma*;  
¡ay!... ¡quién fuera tu *Polión!*

# AMERICANAS



Uruguaya

Fot. Fitz-Patrick.



PRIETO

No me atrae tu rubia cabellera  
radiante como un mágico tesoro,  
que semeja un torrente despeñado  
cayendo en profusión sobre tus hombros;  
no me atraen tus labios palpitantes  
donde anidan los besos rumorosos,  
no me atraen tus férvidos abrazos,  
ni tus blandas caricias, ni tampoco  
la blancura marmórea de tu seno,  
ni el fulgor de tus ojos luminosos;  
lo que llena de sueños mi cerebro  
es lo que tienes para mí de ignoto:  
un gran misterio que yo sé que existe  
en el abismo de tus negros ojos!

Bien yo sé que este nuevo sentimiento  
es un sueño fatal y misterioso;  
bien yo sé que esta fiebre delirante  
es un amor extrañamente loco  
que surge desde el fondo de mi alma  
como un castigo á mis instintos hoscos;  
pero no huyas por eso de mi lado  
ni se aparten de mí tus labios rojos,  
estréchame como antes en tu seno  
con tus brazos de helénicos contornos,  
y cubriendo mi espalda como un manto  
caiga el raudal de tus cabellos blondos,  
y clava en mis pupilas tu mirada  
brillante como un largo meteoro,  
y déjame envolver en el misterio  
del abismo insondable de tus ojos!



## Bodas trágicas

Á RUBÉN DARÍO

En la quietud solemne del crepúsculo, cuando las sombras van tomando por asalto la curva del cielo; en esa hora indecisa en que la naturaleza calla y los ruidos se amortiguan insensiblemente, y todo parece reconcentrarse y fundirse en un silencio de misterio y de ensueño, viene á mi memoria — dijo Alberto — el recuerdo

del tiempo ya ido para siempre; surge allá en las secretas voliciones de mi cerebro una imagen pura que toma contornos humanos, como en aquellos días de la radiante juventud.

\* \* \*

Fué en Venecia, á la hora sombría del crepúsculo. Livia, la bailarina de mirada extrañamente melancólica, iba á hacer su acostumbrado paseo por los canales. Una góndola lujosa, la misma de siempre, — precedida de un grupo de palomas blancas que volaban rumbo á las torres de la basílica famosa, — se acercaba hacia nosotros. Livia y yo éramos antiguos conocidos. Invítome á acompañarla en su excursión nocturna. Acepté: subimos.

Las aguas del lago sereno y taciturno, bañadas por los primeros rayos de la luna llena, empezaban á adquirir cabrilleos de plata. A lo lejos se encendían las luces de los palacios fantásticos, semejando cocuyos enormes. San Marcos emergía sus flechas agudas como un desafío al infinito. De vez en cuando la brisa sutil nos traía el eco de una barcarola evocadora de memoranzas é idilios, que la imaginación transformaba en suspiros: las notas vibraban un momento en nuestro oído como una caricia blanda é iban á morir lentamente entre el chapoteo del agua glauca. Selene alumbraba la ciudad marina con un fulgor de topacio. Al pasar cerca de las barcas inmóviles, escuchábamos cuchicheos de voces, rumor de besos, risas argentinas. En el ambiente de la noche azulada y profunda flotaba un vaho capitoso y sensual. La onda amarga tenía como un estremecimiento de voluptuosidad embriagante, que salía de los palacios, del lago, de las estrellas esplendentes y lejanas.

Y fué entonces, en el recogimiento plácido de esa hora inolvidable, cuando Livia, la bailarina de mirada extrañamente melancólica, me descorrió el velo secreto de su alma.

\* \* \*

— En fin, amigo mío, ya que tanto os empeñáis, os contaré la historia prometida; mas, es preciso que yo os la cuente, quizás así dejéis de cortejarme; os convenceréis, sobre todo, que mi corazón no puede ya amar, no debe ya amar. Para mí la vida es una carga demasiado pesada, un verdadero tormento; estos labios no pueden besar ya como besaron, ni estos ojos mirar como miraban cuando ante ellos el mundo florecía como un jardín de lirios.

— Pero ¿por qué este exordio tan triste y desconsolador,— interrumpíla,— si sois, Livia, la artista mimada, si estáis en el hervor de la belleza y de la juventud, en el triunfo de los veinte años, si sois una criatura ideal?

— Escuchadme y lo sabréis,— me replicó.

Yo amé al conde Hermán con todo el ímpetu de mi naturaleza apasionada, con todo el ardor de mi sangre italiana, con todo el candor de mi corazón virginal. Venía él del norte, de la tierra de Lohengrín y Parsifal. Era bello como Amrafel, aquel desgraciado rey del Senaar que se enamoró de la reina de Saba y se mató por ella.

Tenía el perfil de líneas acentuadas y correctas; el porte gallardo, las maneras netamente aristocráticas. Encantaba. Sus ojos azules, casi celestes, y su barba y cabellos rubios contrastaban con mis ojos negros y mi cabellera de ébano. De ese contraste nació la pasión avasalladora y potente que debía perderme. Para mí

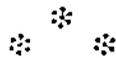
Hermán no era un hombre, era un dios. El amor logra convertir á los seres amados en seres ultra-terrestres. Borra las asperezas del carácter, pule los ángulos de la malignidad, ablanda las almas protervas.

Le amaba, pues, loca y perdidamente. Propúsome abandonar el hogar, huir lejos de la sociedad y del mundo, casarnos, formar nuestro nido en la cumbre de una montaña agreste, ó al pie de un arroyuelo cristalino, lejos, muy lejos de Italia, donde ya nadie supiese de nosotros.

Sin titubear un instante, sin meditar en el dudoso porvenir y en la fragilidad de los afectos humanos, acepté su proposición. Cuando se ama de veras no se reflexiona, no se piensa ni en los deberes ni en las conveniencias mundanas: se acepta indiferentemente la vida ó la muerte.

Y en una noche así, serena y pura, dejé el lecho, me vestí con mis mejores sedas, me engalané con mis joyas preciosas, salté la ventana y Hermán me estrechó contra su pecho, entre abrazos prolongados y caricias ardientes.

A los pocos días dejamos las riberas del Adriático por las orillas del Rhin. Allí renovamos las santas promesas y los juramentos eternos.



Pasaron diez meses de plena felicidad. Nos amamos mucho y bien, hasta por encima de los cabellos. Nuestros cuerpos vibraron armoniosamente como las cuerdas de una sola lira.

Diariamente, después de oír misa en la capilla de la aldea cercana, hacíamos excursiones campestres; fre-

cuentábamos todos los villorrios; y no había monte, cascada ó fuente que no conociera el rumor de nuestros besos. Siempre solos, siempre alegres, siempre sonrientes. La existencia se deslizaba así, tranquila como la de los pacíficos moradores de la campiña. Los ruidos del mundo no llegaban hasta nosotros; ningún remordimiento ó pesar empañaba el cristal de nuestra dicha. Sobre un cielo despejado y diáfano, la antorcha del sol!

... Una tarde nebulosa y fría de invierno, en que del alto cielo descendía la nieve en grandes copos, sentados el conde y yo alrededor de la estufa, me atreví á preguntarle cuándo íbamos á realizar el juramento de unirnos ante los hombres, puesto que lo estábamos ante Dios. A mi interrogación opuso un silencio completo. Su fisonomía tan bondadosa, tomó un sesgo hostil. Desde ese instante entre Hermán y yo se extendió un abismo. A la hostilidad sucedió la indiferencia; á la indiferencia el hastío. Con esa pregunta había roto yo el hilo mágico de nuestra unión, el encanto del idilio. ¡Después de las sonrisas diamantinas, las lágrimas amargas! Y aquel hombre, al cual, sin vacilar, me había entregado toda entera — cuerpo y alma — desapareció de pronto sin decirme «adiós,» y no le ví más. El amor que creía eterno se perdió como la postrera llamarada del sol que se hunde.

Hasta aquí, como veis, la historia no tiene nada de extraordinario; pero os ruego, Alberto, me escuchéis hasta el fin.

\* \* \*

Quedé abandonada en un país extraño, sola, sin recursos. No conocía á nadie, ni sabía balbucear siquiera dos

palabras de aquella lengua imposible. Vendí mis joyas, mis muebles, mis trajes; quedé en la miseria. Inútilmente busqué trabajo: el idioma rebelde se levantaba delante de todas mis tentativas como una muralla. Al fin, cansada de solicitar protección de puerta en puerta, amargada y desesperada, alimenté ideas de muerte. Pensé suicidarme, y ya decidida á poner en práctica mi resolución—acabando de golpe con esa existencia envilecida—á la manera de un relámpago que iluminase una tumba, una luz salvadora alumbró mi espíritu.

Actuaba en la ciudad vecina una compañía de ópera italiana. Saberlo y presentarme al empresario fué todo uno. Le manifesté mi angustiosa situación, solicitando me agregase al cuerpo de baile. Quiso conocer mis aptitudes, y, al manifestarle que no sabía bailar, frunció el entrecejo y movió la cabeza como quien va á formular una negativa categórica. Pero de súbito, abarcándome con una mirada experta, exclamó: «¡Qué hermosa sois!» Ya sabréis lo que en el *tecnicismo* teatral significa esta exclamación.

Entré en ese mundo coreográfico, en cuyos umbrales se deja el último resto de pudor. Al poco andar era yo hábil en mi improvisada profesión. Cuando el estómago aúlla, las piernas adquieren agilidades de ardilla.

Con esa compañía de artistas volví á ver el cielo italiano.

\* \* \*

Transcurrieron dos años más, al cabo de los cuales llegué á ser «estrella.» Desde mi primera y única falta—mi grande amor por el conde Hermán—no dí nunca pábulo á la chismografía callejera. A pesar de pertenecer

á ese gremio osado y aventurero, á mí se me respetaba y se me miraba como algo monstruoso á fuer de raro. Llovíanme billetes perfumados, declaraciones patéticas; ruegos, súplicas; ramos de flores, coronas de laureles y valiosos collares de brillantes. A todo fuí sorda, y todo lo desdeñé.

La marea de los cortejantes—viejos célibes y jóvenes *dandys*—crecía con mi obstinación, inexplicable para esas cabezas frívolas que suponían incompatible mi profesión con mi honestidad. Mi ser entero protestaba contra aquella jauría de apetitos carnales, y á veces no podía sofocar una maldición... ¿Educación? ¿atavismo? ¿medio ambiente en que me formé?... Dejo al psicólogo la explicación del fenómeno. Codiciada, supe mantener intacta mi virtud; «sellé mi túnica con cinco alfileres de oro, seguros como cinco llaves,» cual la amada de Salomón.

Periódicos y revistas ilustraron sus páginas con mi retrato, inundándolas de largas biografías novelescas. Llegué á la meta anhelada: á la *Scala* de Milán, que es para los artistas lo que era el *Coliseum* para los gladiadores en las justas de Roma. Me estrené con el *Excelsior*. Aquello fué un delirio, una apoteosis. El público me cubrió de rosas, me colmó de aplausos. Entre el clamoreo y los «bravos» de tres mil espectadores, alcancé á columbrar en un palco de primera fila la rubia silueta del conde Hermán, emocionado y pálido. Una oleada de sangre me empurpuró el rostro, y en el primer impulso pensé vengarme. Él me miraba ansiosamente, apasionadamente, como en otros tiempos. En el entreacto vino á verme y me tendió la mano; le volví la espalda. Sin embargo, sentí en lo recóndito de mis fibras que le amaba aún. Quien ha amado de veras,—pueden afirmar

lo contrario sabios y filósofos,—no podrá odiar jamás; desdeñará amando. El conde intentó repetidas veces y por mil medios reanudar los lazos del pasado. Todo fué en vano. Lo confieso, ni sus millones, ni sus títulos de nobleza ni su varonil hermosura eran alicientes bastante poderosos para lanzarme en una nueva aventura con el mismo hombre que me había engañado tan villanamente. Empero, Hermán era infaltable al teatro. Menudeaba sus visitas al proscenio; giraba en torno mío como los piratas que acechan la nave para abordarla; pero pronto dióse cuenta de que perdía el tiempo y comprendió que el único camino digno para llegar hasta mí era el del sacrificio y del honor. Y volvió á alejarse.

\* \* \*

Pasaron todavía dos años. Mi gloria artística creció, se difundió por todas las ciudades, llenó los ámbitos del reino, envuelta en una aureola de simpatía general. La pasión del conde creció también; insistió por centésima vez en sus pretensiones innobles, con el mismo resultado. Y fuese efecto del resplandor casi ideal que rodeaba mi nombre y mi vida, fuese el remordimiento de su pasada infamia, fuese la admiración por mi celebridad, fuese mi resolución inalterable é invencible, ó mi belleza triunfante — porque, no me lo negaréis, todavía soy bella — ó todo ello junto, el caso es que una noche se presentó ante mí y me pidió perdón diciéndome fijara el día y la hora para nuestras bodas. Y como yo titubease aún, agregó: — «Mañana... ¡esta noche misma!» Veía, pues, despejarse la espesa niebla que nubló mis pupilas, cristalizarse mi sueño de amor honrado; de hoy en adelante podría llevar la frente erguida ante las demás

mujeres y servir de ejemplo á las que la fatalidad ó la desgracia las hace caer, según los códigos humanos, en un abismo más negro que el del crimen.

Llegó el día de la fiesta nupcial.

Desde la aristocracia de la vieja ciudad de los Dux hasta las gentes humildes del bajo pueblo, hombres, mujeres y niños llenaban de antemano las naves de la basílica de San Marcos, de ese mismo San Marcos cuyas cúpulas enhiestas proyectan en este instante su sombra densa sobre nosotros. Un hervidero de cabezas cuchicheaba en torno de la «pareja ideal,» — así nos llamaban. — Un murmullo de admiración contenida acompañaba nuestra entrada triunfal en la felicidad. El olor del incienso, de los perfumes, de las flores, formaba una atmósfera capitosa y mareante. Mi alma nadaba como sobre una onda de enervamientos deliciosos. Los violines preludiaban el ritmo de las melancolías otoñales; atacaban *pianissimo*, á la sordina, y subían, subían hacia la rotonda, hasta perderse en una vibración apenas perceptible. Los oboes discurrían de cosas nimias é infantiles. Las flautas desgranaban una cascada de risas cristalinas. Los violoncellos, con su voz humana, sollozaban lamentaciones, elegías, historias de amor y de voluptuosidad. Y el órgano, — la voz de Dios, — lanzaba en tropel sus acordes de escalas gigantescas, que repercutían en las bóvedas sonoras como un delirio de aclamaciones.

Hubo una pausa, un momento de espectación solemne; las voces de los instrumentos callaron; el rumor de colmena cesó. El silencio se hizo profundo como si el templo estuviese desierto...

El sacerdote, reluciente de oro, se adelantó hacia nosotros, dijo los preceptos del ritual, y al ir á colocar

el anillo del conde, el «sello» del juramento, en mi mano temblorosa, Hermán palideció de súbito, tuvo un estremecimiento convulsivo y cayó de espaldas. ¡Estaba muerto!



Los circunstantes, horrorizados, abandonaron precipitadamente el templo, haciendo los más extraños comentarios sobre aquel desenlace inesperado y cruel...

Naturalmente, — agregó Livia, — pasado un tiempo de esas bodas trágicas, yo he tenido que volver á las tablas. Actualmente trabajo aquí, donde mañana podréis verme en *Brahma*. No sé nada de mis padres ni de mi hogar; ignoro si viven ó han muerto. De todos modos sería lo mismo: ¡yo he muerto para ellos y para el mundo!...

Amigo mío, no os riáis jamás de esas desventuradas; ¡quién sabe qué duelos terribles y qué dramas sombríos guardan muchas de esas pobres criaturas desdeñadas!... A veces... creedme... es necesario matar el alma para que baile el cuerpo... Recordadlo...

Ahora, Alberto, ¿estáis convencido de que yo no puedo ya amar, no debo ya amar?...

En ese instante una nube negra cubrió la luna; Livia y yo, — terminó Alberto, — llegamos á tierra; nos estrechamos las manos fríamente, y nos separamos mudos y pensativos, mientras que á lo lejos oíamos todavía los ecos melancólicos de una serenata, que evocaba en nuestras almas el recuerdo de ideales truncados, de dichas frustradas y de hondas tristezas.

LUIS BERISSO.

Buenos Aires, 1899.

*Dibujos de M. Picolo.*

## Tu lágrima

Sobre la blanca corola  
de perfumado jazmín,  
una perla transparente  
sorprendí,  
y supuse, en mi embeleso,  
en mi ternura, feliz,  
ser la lágrima doliente  
que derramaste por mí.

Santa Fe (República Argentina).

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

## ENTRE BEBEDORES



— Créeme, Juan: no hay halago  
para mí como el estrago  
de la guerra...

— Pues á fe  
que no me explico el por qué.

— Por lo mismo: porque *es trago*.

*Dibujo de Apeles Mestres.*

— x —

## EPIGRAMA

— ¿Te extraña, amigo Julián,  
que esté tan bien conservado  
este salmón delicado  
que devoras con afán?

— ¡Me causa hasta admiración!  
tres años lleva, Jacinto,  
en aceite...

— ¿Y el instinto,  
Julián, de *conservación*?

## En Primavera

Como un pincel que colora  
la blancura de un pañuelo,  
el sol escribe una aurora  
en la página del cielo;

Las flores están de fiesta  
y derrochan su tesoro,  
salpicando la floresta  
con gotas de polen de oro;

Hay un cisne en la laguna,  
y por su forma nevada,  
parece que está la luna  
en las ondas retratada;

Tantos primores diviso  
que me encanta la pradera;  
¡en la tierra el Paraíso  
hoy se llama primavera!

Y hoy me atrae tu pupila  
y tu pureza de arcángel,  
¡y tu mantón de Manila  
te forma dos alas de ángel!

Por las rosas que ha tejido  
la seda de su bordado,  
parece que ha recogido  
las flores que te han tirado.

Si tu cuerpo tiene hechizos,  
tu mantón tiene primores,  
¡y hasta el oro de tus rizos  
parece que forma flores!

¡Poseerte! eso es mi sueño.  
Á mi lado, hermosa, ven;  
¡siempre desea el ensueño  
una estrella del Edén!

Ríe la inmensa Natura  
con su risa de esplendores,  
y es un volcán la espesura,  
pero un volcán de colores;

Tiene tintes de arrebol  
la mariposa en sus galas  
y es un fragmento de sol  
con dos pétalos por alas.

Hay chispazos por doquiera,  
que son como astros del suelo;  
¡parece que á la pradera  
se hubiese caído el cielo!

Es la rosa que brotó  
en tu balcón esta aurora,  
la carta que te dejó  
algún ángel que te adora;

Y esos enjambres dorados  
que hay en tu patio andaluz,  
son mis versos transformados  
en mariposas de luz.

Y puesto que tanto adoras,  
¡sueñe tu alma de Julieta!  
y al resplandor de tus horas,  
¡cante mi alma de poeta!

Montevideo, Junio de 1899.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

—\*—

## Germinal

La vida estalla en erupción de amores,  
y en las trémulas alas del insecto  
el polen cruza por el aire infecto,  
llevando extraña procreación de flores.

Al yermo inundan flujos redentores;  
cambia el desierto secular de aspecto,  
y en el férvido caos de lo imperfecto  
bullen almas de cosas superiores...

El cieno se hincha presintiendo plasmas;  
efloración vivaz de protoplasmas  
llevan las ondas del raudal fecundo...

Palpita la creación... El germen prende...  
y surge de la tierra, que se enciende,  
cual de un crisol, la Redención del mundo!

La Plata, 1899.

FRANCISCO A. RÍU.

POETAS AMERICANOS



Andrés M. Mata

EXIMIO POETA VENEZOLANO

## Andrés A. Mata

---

Andrés A. Mata es venezolano; permítasenos consignar este detalle de su personalidad antes que ningún otro, no porque sea de uso el principiar así los apuntamientos biográficos de personas descollantes, sino porque nos lo dicta el orgullo patrio. Y diré más todavía, dando satisfacción á ese sentimiento de noble egoísmo; diré que nació en aquella región de un país que antes que al resto de él besa el sol: en el Oriente bello y fecundo, en donde todo es prematuro como su luz: el amor, la inspiración, el valor y el arte.

Vedle: la frente alta y el mirar profundo. Nada de eso es estudio del artista para hacer más interesante á su modelo. Esa actitud la dan, una espina dorsal que no sabe doblarse, unos ojos que jamás se han bajado hasta las triviales cosas de la tierra ni ante las imposiciones de los hombres. Sus hombros se alzan como pidiendo á la vida ponderosidades para levantarlas; y el pelo se yergue sobre la amplia frente, como una bandera de reto, de los pensamientos altivos. La boca es grande y carnuda; la nariz correcta; la tez de bronce nuevo. No hay que preguntár si la voluptuosidad tiene regalos en sus nervios, en su sangre y en sus cantos.

Es de los jóvenes poetas del espíritu nuevo, de esa legión de adolescentes que ha aparecido cantando en tonos que no estaban en la lira clásica ni en la romántica; falange de efebos ardorosos, con la pasión de la reforma, unas veces idealistas, otras filósofos pesimistas, algunas místicos, en ocasiones iconoclastas, artistas siempre y adoradores de la naturaleza; no habiendo en ellos, sin embargo, como pudiera creerse, contradic-

ción de ideas ni tendencias, pues rotos los convencionalismos, que á destruirlos vienen, queda la poesía y queda todo el vasto dominio del arte tan sólo para mostrar el estado verdadero del hombre y de cuanto lo cerca é influye, hervidero de ideas, lucha de sentimientos, proposiciones de problemas, y la duda alzándose en medio de todo como una deidad complaciente y á la vez desesperante, cuyas respuestas, como las de la diosa Eco, son el sarcasmo del vano.

La nueva escuela acaso no logre esclarecer ningún misterio, pero diafanizará al corazón y al cerebro, y revelará la vida que palpita en la naturaleza, sacando á ésta del estrecho concepto de la perspectiva y del color á que ha estado reducida.

Este joven poeta no es de los afiliados por reclutamiento de la novedad en los géneros modernos. Nació modernista, y lo es á su modo, con genialidades propias suyas. Si á veces parece griego por la exquisitez de su sensualismo, no es sino que Grecia fué el único pueblo que en lo antiguo vivió en la íntima comunión del arte con la naturaleza; y la prueba de que no es griego nuestro poeta, está patente en el modo singular y admirable con que en sus cantos se funden aquella manera de sentir y de ver lo bueno, y la manera de ver y de sentir la belleza, el organismo artístico de la raza indo-americana.

Y no decimos más en loor de este distinguido joven poeta venezolano. Sus versos, mejor que nuestra ruda pluma, hacen su elogio completo, como bardo inspirado y artista prodigioso, cuyo cincel así talla el mármol vivo del fiero Moisés florentino como la desnuda y dulce Venus de Atenas, esculpida á besos.

NICANOR BOLET PERAZA.

## EN LA PAMPA



### CANTANDO UNA VIDALITA

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE FRANCISCO FORTUNY

## En el jardín

Si no canto en tus loores  
en el huerto, no es extraño,  
que está un general engaño  
ponderando tus primores.  
Tus jazmines, sus olores,  
tu radiante cabellera  
y el jardín que reverbera  
bañado en luz de alborada,  
me hacen creer, mi adorada,  
que tú eres la Primavera.

Revolando en giro incierto  
irisadas mariposas,  
te confunden con las rosas  
más blancas de todo el huerto.  
Son dichosas: no se han muerto  
ardidas en las centellas  
que de tus ojos destellas,  
y sin subir á la altura  
piensan gozar la ventura  
de rondar á las estrellas.

Cuando hablas, por tu armonía  
creen las aves, sin recelo,  
que eres un ave del cielo  
y que estás cantando al día.  
De tu voz la melodía  
tanto las llega á engañar,  
que al concluir de sonar  
esos acentos divinos  
rompen en alegres trinos  
todas á un tiempo á cantar.

Cuando vas á elegir rosas,  
al ver sus giros ufanos  
creen las rosas que tus manos  
son dos blancas mariposas.  
Y consigues, ruborosas,  
más encendidas ponerlas  
cuando al ir á recogerlas  
notan tus cabellos de oro,

porque te creen, mi tesoro,  
que eres el Sol que ha ido á verlas.

Dice al susurrar la brisa  
que á tantas flores despierta:  
¡qué linda rosa entreabierta!  
y es tu boca en la sonrisa.  
La luz se engaña, se irisa  
en su arco de nieve y grana,  
y creo al mirarte ufana,  
blanca y rubia y esplendente  
y así, de espalda al oriente,  
que eres la misma mañana.

Mujer, Sol, Floreal ó Aurora,  
que á mí embelesas y al huerto,  
lo único que sé de cierto  
es que mi pecho te adora.  
Y no me extraño si ahora  
nos engaña la ilusión,  
pues sabe mi corazón  
que en tí, rara maravilla,  
Dios compendió cuanto brilla  
y encanta en la Creación.

MANUEL LÓPEZ WEIGEL.

Buenos Aires, 1899.

—\*—

## Venus

Salió del agua de prisa  
y con elegancia suma  
como penacho de espuma  
levantado por la brisa.  
Miróla un fauno indecisa  
y le escribió entre la bruma  
un poema, con la pluma  
de sus labios y su risa.  
En tan bello paroxismo  
y al choque de dos corrientes  
en ese momento mismo,  
mostraron chispas ardientes  
un cielo sobre un abismo  
y un mundo sobre dos frentes.

Buenos Aires.

SALVADOR FORNIELES.

AMERICANAS



*Fot. Fitz-Patrick.*

Uruguaya

SRTA. CARMEN CUESTAS

Hija del Excmo. Sr. Presidente de la República Oriental del Uruguay

## EN EL ALBUM

DE LA

**Señorita Carmen Cuestas**

PROYECTO DE AMPLIACIÓN AL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA  
EN LA PALABRA CARMEN

CARMEN. — *Masculino*: Huerta  
en las vegas de Granada;  
patio andaluz, perfumado  
con claveles y albahacas,  
donde ágiles madreselvas,  
trepando por las ventanas,  
en caprichosos festones  
á las rejas se entrelazan;  
do siempre canta un jilguero  
en la prisión de su jaula,  
mezclando su alegre trino  
al gemir de las guitarras,  
cuando en la noche serena,  
la amorosa serenata  
pondera unos ojos negros  
ó llora quejas amargas!

RELIGIÓN. — Orden antigua  
que fué *del Carmen* llamada,  
porque en el Monte Carmelo  
tuvo su origen. Tan alta  
es su antigüedad, que algunos  
cronistas de sus hazañas,  
dicen que la fundó... Elías  
y fué su adepto... Pitágoras.

GEOGRAFÍA. — Una ciudad  
en Méjico, de importancia.  
Capital de territorio.  
Puerto seguro (once brazas  
hay siempre en la embocadura).  
Tres mil setecientas almas.  
Isla al Sur de Yucatán,  
rica en campeches, y en raras  
maderas muy generosa.

LETRAS. — Estructura clásica

del verso, en que puso Tíbulo  
 las endechas de su alma,  
 sonrisas, Ovidio ameno,  
 y el tierno Cátulo, lágrimas...

ICONOGRAFÍA. — Imagen  
 por la piedad consagrada,  
 que da á los fieles católicos,  
 en cambio de sus plegarias,  
 lenitivo á los dolores  
 y consuelo en las desgracias.

INDUSTRIA. — Palabra antigua  
 que indica el tinte de grana.  
 (Se ha transformado en *carmín*).

HISTORIA CONTEMPORÁNEA:  
 La hija de un Presidente  
 de nación americana,  
 si por belleza, famosa,  
 más, por bondad, alabada.  
 La llaman la *Ninfa Egeria*  
 quienes conocen su clara  
 inteligencia. Es dechado  
 de distinción y de gracias,  
 y *Carmen* por excelencia,  
 pues cuanto da la palabra  
 de bello y bueno, lo tiene.  
 Como un huerto de Granada  
 es alegre su sonrisa  
 y ostenta flores su cara;  
 como la Orden religiosa  
 tiene en cantidad no escasa  
 sus fieles *Carmelitanos*,  
 devotas *Carmelitanas*;  
 como la ciudad de Méjico  
 aprisiona muchas almas,  
 y es también puerto seguro,  
 al que refugio demandan  
 muchas penas, muchos duelos,  
 muchas peticiones náufragas!...  
 Como la isla es generosa;  
 como el verso antiguo, es sabia,  
 y encierra en sí la poesía  
 más noble, por sobria y ática;  
 como la imagen del templo,  
 oye rezos y plegarias,

y como el tinte famoso  
 es (de opinión) *colorada*...  
 ¿Hay en el mundo otra *Carmen*  
 más digna de la palabra?

SAMUEL BLIXEN.

Montevideo, 1899.

— \* —

## Mi vela

Cerca de mi vela que apenas alumbra  
 la estancia desierta de mi buhardilla,  
 yo leo en el libro de mi alma sencilla  
 por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio  
 á fin de que acaso con ella consagre  
 mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre  
 delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo. —  
 Mis viejos recuerdos son humo que sube,  
 formando en el éter la trágica nube  
 que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,  
 sin ver brillar nunca la estrella temprana  
 que vieron delante de su caravana  
 brillar á lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizás soy un mago maldito! — Yo ignoro  
 cuál es el Mesías en cuyos altares  
 pondré con mi lira de alados cantares  
 mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas  
 detrás de la puerta de mi buhardilla.  
 Y vierte mi vela — que apenas ya brilla —  
 goteras candentes de lágrimas blancas!...

PEDRO A. GONZÁLEZ.

Santiago de Chile, 1899.

## LA TARDE

— Ya cae la tarde bella...  
— ¿La tarde? ¡qué ha de caer!  
— No tan sólo cae, Esther,  
sino que al caer... ¡se estrella!



Dibujo de F. Alberti.

## Los singulares



**T**ALES son los hombres que salen de la vulgaridad, ó sea los que tienen su propio modo de ser, de sentir, de pensar, de expresarse; lo cual suelen llamar unos rareza, otros genio, cuando no locura, chifladura, misantropía ó hipocondría. Fulano es un loco porque no es como los demás, la mentira hecha carne y hueso; y si ese Fulano tiene fuera de su raro modo de ser un intelecto incomprensible para las mayorías, es, además de loco, un animal, por aquello de: *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli.* Hoy basta ser natural para que uno se merezca en el acto el calificativo de singular; tan ficticios son mis contemporáneos en todas sus cosas.

Para la vulgaridad es el hombre raro un objeto de risa; y cuando se le llama filósofo, no es porque se le crea tal, sino para burlarse de él y porque la gran masa de los ignorantes no quiere dejar escapar la ocasión de desahogar su rabioso despecho contra los intelectuales, á quienes detesta con toda su alma, prostituyendo el calificativo que se da á los más preclaros de entre ellos.

El hombre que se atreve á oponer la naturaleza á la ley, la razón á la costumbre, su conciencia á la opinión

y su discernimiento al error, es un singular, y lo ha sido y será en todos los tiempos. El solitario, el que por la escasez de sus recursos no puede frecuentar una sociedad cuyos halagos deben ser retribuídos en la misma moneda, ya que el régimen fundamental de aquélla es la reciprocidad más estricta, es también mirado como un singular, aun cuando los motivos de su retraimiento en un retiro sosegado sean racionales y de todos conocidos. Es que la sociedad exige, de los que considera sociables por su posición, que hagan como los demás, poco importa con qué medios y sacrificios. También en la demás fauna hay individuos sociables y huraños; á los primeros se les observa viviendo en manadas, como la oveja, por ejemplo; los segundos, en cambio, son solitarios como el águila, pongo por caso.

Entre nosotros se suele motejar de *tipos* á los singulares, lo cual revela ignorancia crasa por parte de los maldicientes, porque los raros son originales y no tipos. El tipo es el representante genuino, el que condensa en sí, en grado medio, todas las cualidades que distinguen á los individuos de toda una especie, clase ó categoría; el tipo es el adocenado abriboca, primo-hermano del mono, que, como éste, imita todo lo que ve hacer á los demás. Esto quiere decir, en lógica lisa y llana, como ya lo indica el nombre, que el singular es la más absoluta antítesis del tipo. Si tuviera que ilustrar lo dicho con una afirmación concreta, diría, por ejemplo, que mi amigo el Dr. Holmberg es un singular, y los que pretenden ser espirituales á expensas de él, son unos tipos. Un individuo muy olvidadizo y distraído, que vive en el quinto piso de una casa que carece de ascensor, y que, en vez de trepar á su vivienda para buscar el pañuelo que había olvidado, halla más cómodo comprar uno nuevo y

forma así, sin quererlo, una gran colección de aquella pieza indumentaria, no es por cierto un tipo, porque éste treparía las escaleras y se ahorraría la compra.

A decir verdad, me llama más la atención cualquier original, aunque no sea de los que llenan una época con su fama, que un tipo, por buena copia que éste fuese; y es porque el singular excita el pensamiento, mientras que el aburrido representante de una gran colección de iguales en mediocridad sólo me hace bostezar.

El que desea conquistarse pronto el título de original, no tiene sino que luchar contra las mentiras sociales reinantes y hacerse el campeón de la naturalidad y de la virtud. Conozco á un almacenero, cuyo nombre callo para que mi cuento no se parezca á un golpe de bombo que yo quiera consagrar á su comercio, conozco á un almacenero, digo, que es un verdadero original, y que, como tal, hace buenos negocios. El talento de mi hombre se reduce á la más elemental honradez, y por eso se le ha ocurrido, y en esto consiste precisamente la originalidad, que á una criatura inexperta se debe vender á los mismos precios que á un usurero maldecido por toda una legión de esquilmados, y que á todos, grandes y chicos, viejos y jóvenes, se debe vender lo más barato que sea posible. Como esta perla de almaceneros no tiene sino muy contados imitadores, se comprende que las ventas sean muchas, y también muchas las ganancias pequeñas, que suman una grande.

Por sus excentricidades y su aislamiento, se parecen los singulares á los cometas, que por rumbos raros recorren las soledades siderales en órbitas muy excéntricas. No es, por cierto, la buena fortuna la que engendra los raros, sino más bien la desgracia, la mala estrella, la suerte perra, que purifica los sentimientos, temple el ca-

rácter y mejora al hombre bajo todos los aspectos morales. Nada es más propio para convertir en misántropo á un individuo sensible, bueno y sincero, que el trato con la gente vulgar, cualquiera que sea su posición social. No existe en toda la fauna bicho alguno tan estúpido, tan perverso, tan hipócrita, tan mentiroso y miserablemente egoísta como el hombre vulgar, noble ó plebeyo; y se comprende fácilmente al misántropo que, como Nerón, deseaba que la humanidad no tuviese más que una cabeza, y que él estuviese dotado de la fuerza suficiente para abatirla de un solo hachazo. Hay huraños que han amado entrañablemente á la humanidad, y que sólo después de haber experimentado una larga serie de perre-rías de todo género le han cobrado asco.

El tipo de la vulgaridad tiene un miedo atroz al ridículo, mientras que al original se le da un comino de la ridiculez que se le quiera encontrar, y eso simplemente porque se considera á sí mismo mejor que los que se ríen de él. Los singulares no suelen ser agradables en el trato social, porque su franqueza y veracidad degeneran á menudo en grosería, siempre que tal exceso no sea contenido á tiempo por una ó más robustas trompadas; pero esto no quiere decir, de ningún modo, que los groseros, los mal criados y los cínicos sean originales.

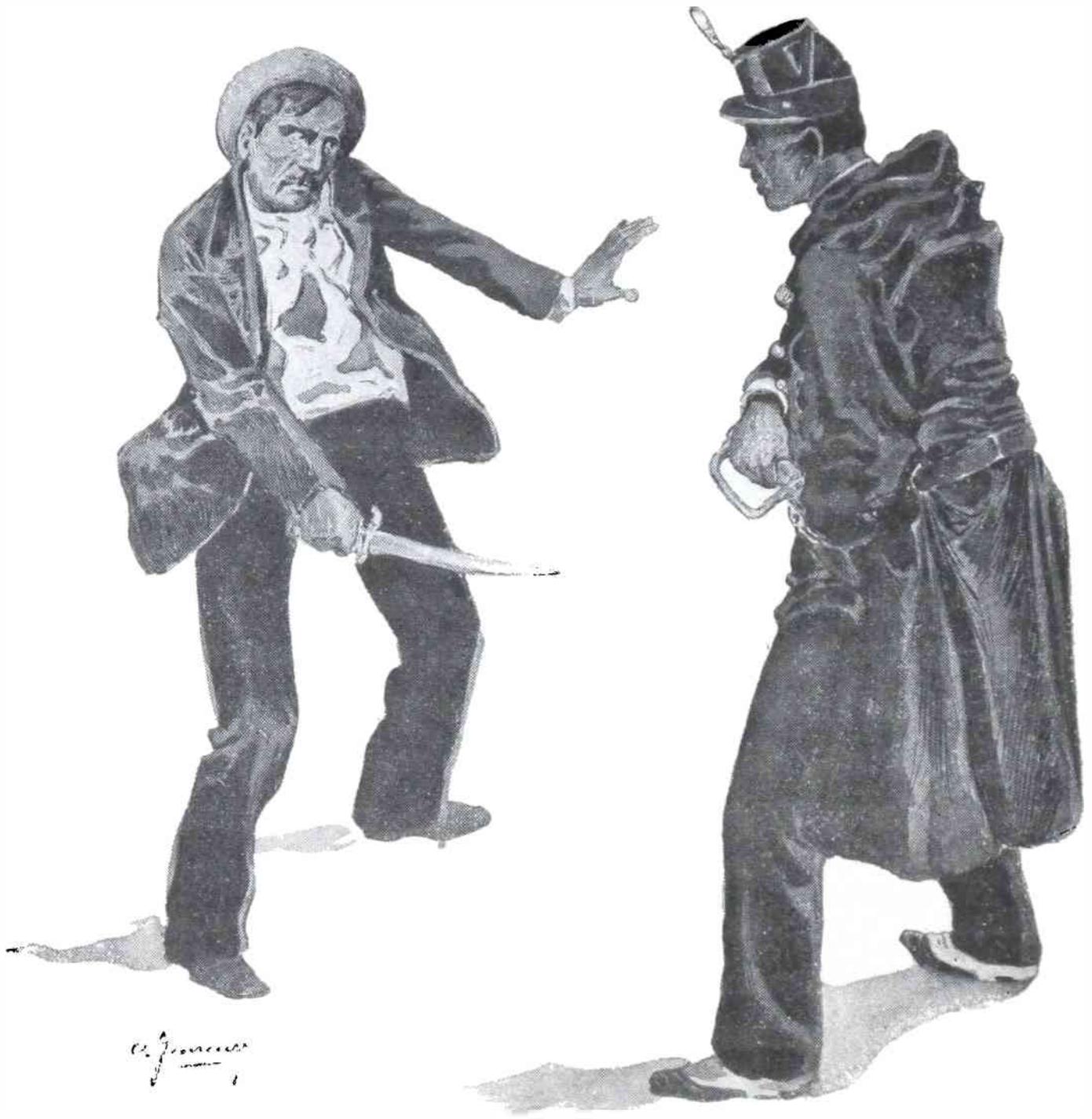
No hay que confundir á los singulares, que lo son por temperamento ó por experiencia, con los meros efectistas, que sólo quieren llamar la atención, ya sea por su indumentaria, sus modales ó sus pasiones costosas, y que son unos grandes farsantes. Estos se imaginan que genialidad y genio son sinónimos; que basta ser lunático, caprichoso ó estrafalario, para merecer los miramientos que se deben á los creadores artísticos y científicos. A la verdad, los hombres de genio suelen ser, por

lo general, muy lunáticos, pero la recíproca no es verdadera.

«Cada loco con su tema,» se dice vulgarmente. Los eruditos hablan, en tal caso, de un *parergón*, usando un vocablo griego, sin duda para ser más fácilmente comprendidos; los franceses de una *marotte*, y los ingleses de un *hobbyhorse*. Los singulares suelen tener cada uno su manía, y será tal vez por eso que se les toma por locos. Conozco á uno cuyo tema consiste en creerse ingenuo, y es el hombre más ficticio que he conocido en mi vida; un hombre que, bajo el punto de vista literario, no es más que un artificio desagradable de mil amaneramientos, remilgos, macaquerías y fruncimientos estudiados delante del espejo: ¡un hombre así ingenuo!...

Conozco á otro poseído de la manía pictórica cuando escribe, y que produce cuadros como éste: «Y ese día, las aguas verdes, con reflejos dorados y sombras violadas de pecho de torcaz, en el fondo donde se eleva el cerro gris negro, presentaban un colorido que no he visto en ninguno de mis viajes.» También le da por el género terrorífico, como cuando dice, por ejemplo: «Mientras que sobre nosotros llovía el día y la noche, sorprendidos por uno de los violentos temporales del Oeste, que, atropellando por la hendidura andina del suelo, nos llegaba del Pacífico...» Ese riquísimo *atropellando* evoca espeluznantes reminiscencias de una crónica policial. En efecto, de súbito se ve una pulpería de la Boca, por cuya puerta se precipita un «compadrón» borracho, chambergo en la nuca, el «pucho» detrás de la oreja, la mirada preñada de puñaladas, facón en mano *atropellando* (¡*Aijuna!*) al polizonte que pretende reducirle. Pero verdaderamente soberbio es cuando calza el coturno «macanudo,» como cuando dice, por ejemplo:

«El campo mejora á medida que avanza al Sud, á pesar de la altura, y la capa de humus que vimos por primera vez mide en algunos puntos hasta tres metros, coronada por gallardas cortaderas, que probablemente han pro-



ducido ese fértil detrito.» Esto quiere decir, si no me equivoco, que las gallardas cortaderas han producido el detrito. El literato citado habrá quizá querido decir lo contrario, pero en su estilo á la usanza de nuestra venerable tarifa de avalúos, dijo como ésta: «Sillas para montar inglesas,» en vez de «Sillas inglesas para montar.»

El «artista» que acabo de citar tiene la manía, el

tema, la *marotte* de la literatura, le da la loca de expresarse en formas que riñen con la sencillez, la naturalidad, y, sobre todo, con las más elementales reglas gramaticales, y merece por esto ser llamado un singular, aunque, eso sí, singular del género tonto.

F. LATZINA.

Buenos Aires, 1899.

Dibujos de F. Prieto y A. Jiménez.

## Soneto

\*Je meurs ou je m'attache

Deja que empolve tu cabeza blonda,  
¡oh mi amada, maligna y hechicera!  
serás, bajo tu blanca cabellera,  
una joven duquesa de la Fronda.

Inconstante y fugaz, como la onda,  
te llevó tu capricho á mi ribera;  
ya sentí florecer tu primavera  
sobre mi pena, misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa,  
haz que sus alas, en gentil sonrisa,  
el ave roja de tus labios tienda...

Aunque después me hieran tus desvíos,  
acuñaré en tu honor los versos míos  
con tu busto ducal y tu leyenda.

RICARDO JAIMES FREIRE.

Petrópolis (Brasil).

## EPIGRAMA

— ¡Valientes cuentas, Tomás,  
las tuyas!

— Hombre, no sé  
por qué lo dices.

— ¡Porque  
no se han *rendido* jamás!



## Invierno

Húndense entre las nieblas las montañas;  
de las sonantes cañas  
sólo quedan en pie secos rastrojos;  
los campos, antes de verdor cubiertos,  
desolados y yertos,  
de la vida de ayer son hoy despojos.

Silba el viento en los árboles desnudos  
de los pájaros mudos  
ninguno el vuelo á levantar se atreve;  
y los calientes amorosos nidos,  
del tronco desprendidos,  
ruedan entre carámbanos de nieve.

El sol cruza el inmenso firmamento;  
tibio y amarillento



quiebra su luz en el cristal del río,  
y del monte, los valles y cañadas,  
las hojas arrancadas  
son juguete del viento en el vacío...

Da el toque de oraciones misterioso  
el templo majestuoso,  
y el alma con su Dios se reconcilia;  
y en todas las cabañas de la aldea  
arde la chimenea  
anunciando un hogar y una familia.

Arrecian del invierno los rigores;  
no hay pájaros, no hay flores;  
todo es silencio, soledad, congojas;  
neblinas en los montes y vallados,  
neblinas en los prados,  
blancas escarchas y amarillas hojas.

Mas volverá la alegre primavera  
y otra vez la pradera  
de galas cubrirá su fértil suelo;  
tendrá el arroyo límpidos rumores,  
el bosque ruiseñores,  
frutos la tierra y arrebol el cielo.

.....  
Pero ¡ay! que el corazón atribulado  
tiene su invierno helado  
y la alegre estación en vano espera;  
que para el alma que sus duelos llora,  
no hay iris, no hay aurora,  
no hay celajes, no hay sol, no hay primavera.

San Francisco de California.

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.

*Dibujo de J. Pahissa*

---

## buz

Dicen que en la pupila del que muere  
retratada se ve la imagen última,  
cual jirón de la vida que se arranca  
con la mirada en la postrera lucha.

Por si es así, cuando me esté muriendo,  
tus ojos clava en mi pupila turbia:  
quiero llevar dos soles que me alumbren  
la obscuridad horrible de la tumba!

Guayaquil.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ.



## LAS CEREZAS

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE JOSÉ CABRINETY

# Las lágrimas de San Pedro

## I

Allá por los años de 1828, cuando Monseñor Casaus era Arzobispo de Guatemala, vino á esta localidad el Reverendo Padre Houba, de origen francés. La mayoría de nuestros compatriotas, poco versados, en aquel entonces, en la lengua de Diderot y de Voltaire, le llamaban Padre *Uva*. Alguien afirma que no por ignorancia sino por malicia se le puso ese nombre, porque andaba muy válida en los corrillos la noticia de que *no bebía en canasto*; pero en puridad de verdad tal afirmación era falsa.

El Reverendo Padre *Uva* era un sacerdote de los que entran pocos en libra: tan modesto como sabio, tan sencillo en la vida monástica, que hacía, como caritativo hasta el grado de pedir limosna cuando sus recursos se agotaban. Los menesterosos cuyas necesidades satisfacía, hablaban de él con cariñoso respeto.

## II

Era el día en que la Iglesia rememora las lágrimas que San Pedro derramó por haber traicionado á su Maestro: habíase anunciado que el sermón de esa festividad sería por el Reverendo Padre *Uva*. Desde temprano comenzó la gente á invadir las naves de la Catedral: codeándose, empujándose, agrupábase aquel hormiguero de gente para recibir el pan eucarístico de la divina palabra.

Al fin apareció el Reverendo Padre *Uva*: en su pálido

y demacrado semblante notábanse las huellas del más riguroso ascetismo. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, como para concentrar el pensamiento, dirigióse hacia el púlpito.

Comenzó el sermón con una cita en latín, desarrollando el tema con su peculiar verbosidad, expresando con delicadeza en la dicción, hermosos pensamientos en forma elegante.

El auditorio parecía conmovido: á más de una dama vióse hacer esfuerzos para contener lágrimas que impetuosa y abundantemente corrían por sus mejillas.

De repente el Reverendo tuvo un *lapsus*: refiriéndose á la traición del Apóstol, exclamó: — ¡Aguardiente! ¡aguardiente!... eran las lágrimas que Pedro derramó por haber traicionado á su Maestro.

El diablo metió la pata, haciéndole decir la palabreja que nunca pensó para destruir los benéficos efectos del sermón. Oyóse en el auditorio un murmullo de desaprobación; á las claras dió señales de disgusto, de tal modo que el orador cortó momentáneamente el hilo de su discurso. Debió notar el *lapsus lingue*, porque rápido como el pensamiento reanudó su oración; después de un brillante período exclamó clara y distintamente:

— ¡Agua ardiente eran las lágrimas que Pedro derramó! etc., — con lo que se restableció la tranquilidad y se concluyó el discurso en paz y en santa calma, como dijo el poeta.

He aquí la razón por qué el Reverendo Padre *Uva* pasó á la historia por el sermón de las lágrimas de San Pedro.

Tal así me lo contaron.

FEDERICO S. DE TEJADA.



— ¡Pero oiga ustez!

— No hay pero ni manzano.

¿Es que tú me has tomao por algún lila  
ó es que te has figurao, como quien dice,  
que estoy en la laztancia entodavía?  
Pus te equivocas, Isabel, yo tengo,  
pa que lo sepas tú, mucha pupila  
y te vengo oservando hace dos meses  
y he visto cosas... la verdaz, indiznas  
de una mujer de tazto y de criterio  
como tú.

— ¡Muchas gracias!

— Es justicia.

Porque, vamos á ver; yo no te digo  
que vayas y te ajuntes deseguía  
con tu marido, porque al fin y al cabo  
esas son cosas, Isabel, muy íntimas  
y si os desapartasteis porque visteis  
en vuestros genios repulsión recíproca,  
ú por otro motivo qualisquiera  
que turbaba la paz de la familia,  
hacéis bien en vivir desapartaos.

— Y si ustez lo comprende, ¿á qué se ostina  
en darme á cá momento una jaqueca  
y en echarme á cá paso una filípica?

¿Que hago bien en vivir como me gusta?

¡Lo celebro, tío Juan! ¡Hasta la vista!

— Ven aquí, condená, y escucha un poco.

— ¿Y, pa qué? diga ustez. ¿Pa que ustez siga  
cantándome alabanzas? ¡Muchas gracias!

Tengo el cutis mu fino, y me lastiman.

— Pus eso es lo que quiero, justamente:

tocarte en lo más vivo de las fibras  
febriles de tu pecho, y demostrarte  
que tu conduzta es, Isabel, ilícita.  
Que no vivas con Paco, santo y bueno:  
eso nadie, Isabel, te lo critica,  
pero, lo que too el mundo te echa en cara,  
lo que toos te censuran, es que vivas  
con ese sinvergüenza de Manolo  
que te está deshonrando.

—¿Eso es envidia  
ú caridaz, tío Juan?

—Vamos, muchacha,  
no te burles, y á ver si razocinias.  
Mira que la custión es seria.

—¡Digo!  
—Y que nuestra honra está comprometida  
por tí.

—¿Por mí?  
—¡Pus claro! ¡A ver si hay otra  
mujer de tu conduzta en la familia!  
—Pus ¿y la Nicolasa? ¿Y la Ramona?  
¿no viven con Jesús y con Matías?  
—¡Pero las dos son libres como el aire!  
¡Tú no estás en el caso de tus primas!  
Tú tienes un marido y es preciso  
que guardes más las formas: tú, sobrina,  
debes vivir con más hipotenusas  
é imitar á tu madre, la Remigia,  
mi hermana, que esté en gloria, y que fué siempre  
una virgen. Ya sé que necesitan  
á tu edaz las mujeres, que algún hombre  
de peso y de carazter las dirija,  
y es natural que tú, pa no estar sola,  
busques aunque sean malas compañías.  
Pero eso fácilmente pué arreglarse,  
porque, al fin, too tié arreglo en esta vida.  
¿Que te hace falta un hombre que te preste  
su sombra proteztora? Pus te arrimas,  
Isabel, en tal caso á un individuo  
de tu propia familia, y ya varía  
la custión por completo.

—¡Sí, ya caigo!  
¿Me arrimo á. ustez, quizás?

—¡Y que lo digas!

porque lo que es conmigo...

— ¡Vamos, hombre,  
 déjeme usted en paz, que se me irrita  
 la sangre demasiao, y me parece  
 que no voy á ser dueña de mí misma!  
 ¡So morral!

— ¡Oye, tú, que soy tu tío!  
 — ¡Tío! De veras. Y que usted lo diga,  
 que pa ser tío, ¡á usted no le hacen falta  
 ni hermanos, ni sobrinos, ni sobrinas!

JOSÉ GONZÁLEZ GALÉ.

Buenos Aires, 1899.

*Dibujo de J. Xaudaró.*

—\*—

## El rubí

En tu seno alabastrino  
 brilla un punto rosicler.  
 ¿Será la gota de vino  
 que el labio dejó caer?

¿Será el grano de granada  
 transformado por Mahoma?  
 ¿Será, entre pluma nevada,  
 el pico de una paloma?

¿Será el botoncito de Hebe  
 que, cual mágico celaje,  
 á descubrirlo se atreve  
 el calado del encaje?

¿Será lágrima de ruego,  
 en luz de amor encendida?  
 ¿Será una chispa de fuego  
 del corazón desprendida?

El punto de rayos lleno  
 mucho se parece á tí:  
 ¡tan frío como tu seno,  
 no es sino piedra el rubí!

SAMUEL VELARDE.

Arequipa (Perú).

# Panamá

MUJERES DEL PUEBLO



DE POLLERA

ANTIGUO TRAJE PANAMEÑO

# Panamá

MUJERES DEL PUEBLO



DE POLLERA

ANTIGUO TRAJE PANAMEÑO

## Bodas reales

Á MI QUERIDÍSIMO HIJO JORGE



— ¿Quiere usted venir con nosotras? — dijo la más vieja de las pavas á la más joven. — ¡Mire usted qué sol hermoso!... Vamos á dar un paseo por entre las margaritas del prado... ¡hay tantas! no parece sino que hubiese nevado la noche anterior.

— Y aun jurara que había visto revolotear por el aire, al amanecer, algunos copos de nieve, — agregó otra.

— ¿En primavera? serían mariposas blancas.

— Pues yo, — añadió una tercera, — he visto muchos árboles nevados.

— Probablemente almendros en flor.

— Será como usted dice.

— Es la última nieve del invierno, que el sol no se atreve á derretir, y que transforma en flores y mariposas blancas para alegrar los campos. ¿De dónde sacaría, si no, el color de pétalos y alas? eso mismo aseguraba ayer, en el bosque, un ruiseñor, en unas coplas muy bonitas que cantaba á una ruiseñora.

— Bueno, repito que será como usted dice.

— Conque, ¿viene usted ó no, señora pava?

— ¡Señorita!

— ¡Ah! perdone usted, había olvidado su estado civil.

— Pues no voy.

— ¡Qué ha de ir! ¡bonita es ella para alejarse de las

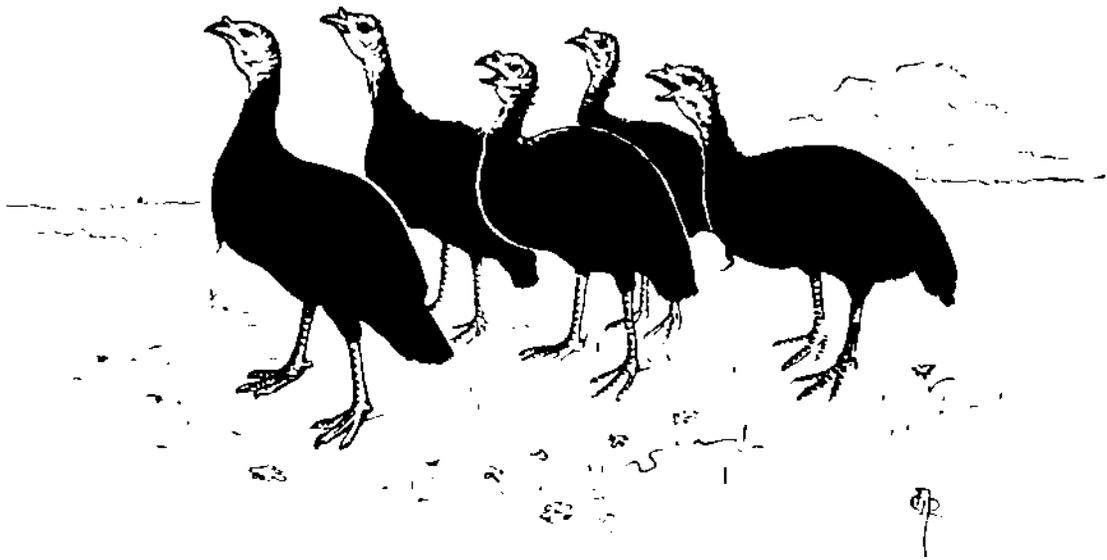
tapias de la huerta! ¿No saben ustedes lo que ocurre? me lo ha contado un gorrión á quien obsequié la otra tarde con un succulento gusano. Nuestra señorita pava tiene un novio.

— ¿Un novio?

— De estirpe regia.

— ¡Hola!

— Un hermoso pavo real que anda por ahí... pavoneándose, y que ha jurado casarse con ella.



— ¡Y la tonta se lo ha creído!

— En cuanto nos alejamos nosotras, aparece el seductor sobre las derruidas tapias de la huerta, y abre el abanico de su cola... ¡y qué abanico! pintado por el sol, el cual ha derrochado en sus plumas todos los colores del iris...

— Sin duda para deslumbrar á las pavas inocentes.

— ¡Tiene gracia la historia!

— Y más la tendrá cuando asistan ustedes á mis bodas reales, — dijo la pava á quien iba dirigida la burla.

— Bodas que se celebrarán muy en breve, ¿no es cierto?

— ¡Como que las madreselvas están agitando ya sus

campanillas de plata llamando á la ceremonia!—observó la más chusca de las pavas.

—Y las ranas afinando sus instrumentos músicos, —agregó la más burlona.

—Y ya no puede tardar en aparecer la escolta real de salta-montes,—añadió una tercera, no menos burlona y chusca.

—¿Por qué no nos ha mandado usted invitación?

—Supongo que habrá sido impresa en hojas de rosa...

—Sí, sí, burlense ustedes, envidiosas,—exclamó con despecho la futura Majestad;—lo que puedo asegurar á ustedes, aunque lo sientan, es que habrá bodas, y bodas reales...

—Bueno, pues mientras espera usted á su regio novio, nosotras nos vamos á charlar con las margaritas.

Y riéndose como unas locas, las pavas se dirigieron tumultuosamente al prado.

Pocos días después desapareció la pava enamorada.

Y cuando todas creían que su compañera compartía ya el trono de Pavía con el príncipe de marras, supieron por el gorrión que había sido engañada por aquél y que para consolarse de su abandono, se había casado con un pavo zafio y vulgarote de una granja vecina.

Les buscaron por todas partes y al fin dieron con la amartelada pareja.

—*Lo que puedo asegurar á ustedes, aunque lo sientan,* —exclamó con mucho retintín la más agresiva de las pavas, encarándose con la fugitiva,—*es que habrá bodas, y bodas reales...* ¿No es eso lo que nos dijo usted hace poco?

—¡Vaya, y sostengo lo dicho! —exclamó con altivez la joven pava.

— Y háganme ustedes el favor de no molestar más con sus burlas á mi compañera, — agregó el pavo-consorte, con el moco muy encendido.

— ¿Qué clase de bodas regias son las de usted, infeliz? — preguntó con mucha sorna la más vieja de las pavas.

— ¿No me he casado? — preguntó, á su vez, la interpelada, con no menos sorna.

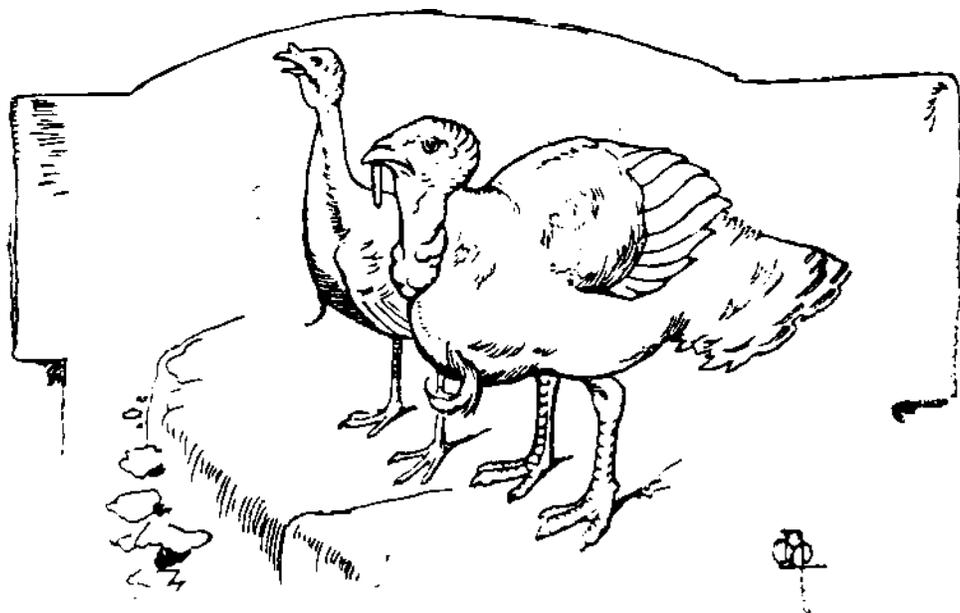
— ¡Claro que sí! conocemos uno de los testigos... el gorrión. ¿Y qué?

— ¿De manera que mis bodas no son ilusorias?

— ¡Claro que no!

— Pues si no son *ilusorias*, no me podrán negar ustedes que son... *reales*.

CASIMIRO PRIETO.



*Dibujos de Apeles Mestres.*

## CANTAR BATURRO

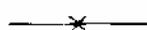
Ya sé que antiyer la mula  
por poco mata á tu madre.  
¡Ridiez y qué inteligencia  
tíen algunos animales!

## UN VIUDO



— ¡Qué alegre está don Daniel!  
 ¿Es que ha enviudado, quizá?  
 — Justamente: el pobre está  
 en pleno luto de miel.

*Dibujo de J. Cabrinety.*



## EPIGRAMA

— ¿Conque es ese general  
 tan fogoso y varonil,  
 que, según afirma el tal,  
 fué actor en campañas mil  
 con éxito sin igual?  
 — Es verdad lo que propala;  
 ¿quién podrá, en lucha reñida,  
 decir que en *éxito* iguala  
 á un general que en su vida  
 oyó *silbar* una bala?

NUESTROS COLABORADORES ARTÍSTICOS



**Sr. D. Aurelio Jiménez Pastor**

DISTINGUIDO ARTISTA URUGUAYO

## Aurelio Jiménez

---

Dice Ruskin que sucede con los rasgos de lápiz como con los soldados: treinta que conozcan su fuerza y que sean bien dirigidos, hacen más que trescientos menos seguros de su objeto. La verdad de esta afirmación se observa como en Caran d'Ache, como en Forain, apenas se tiene ante los ojos un dibujo de Jiménez, el joven caricaturista oriental establecido en Buenos Aires, donde ha hecho una revolución en los viejos sistemas de la crítica y la sátira gráficas.

Su trazo seguro, su intención, la sobriedad de los accesorios, la agudeza con que sabe poner de relieve la característica de los personajes que caen bajo su lápiz, la vivacidad de sus escenas y el espíritu cáustico que desborda en él, hasta cuando trata asuntos de menor cuantía, han hecho que llamara la atención, primero de los entendidos, y luego del público en general.

Muy joven aún — Jiménez nació en 1877 — libre de preocupaciones de escuela, guiado por su propio talento, se ha hecho un estilo que debe algo á los grandes caricaturistas franceses y alemanes, y en que también se nota la influencia de los ingleses: Caran d'Ache, Forain, Busch, Oberlander, etc., podrían cada uno á su turno reclamarlo como discípulo, sin que por eso dependa exclusivamente de ninguno de ellos.

En Buenos Aires, y quizás en la América del Sur entera, no hay caricaturista más original, ni más parco en los medios, ni más seguro de su rasgo, ni más espiritual en sus concepciones. Sus composiciones son buscadas, aplaudidas, festejadas, y todos los periódicos ilustrados

quieren obtener su colaboración, que no economiza, pues á sus otras cualidades une la de ser fecundísimo, y ¡cosa increíble! muy trabajador.

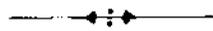
Quizá falte á su lápiz un poco de gracia femenina, quizá sea siempre demasiado varonil, y á veces algo tosco en su amor decidido de la síntesis; pero el vigor es también una gracia, y el discóbolo ó el Apolo del Belvedere lo demuestran. Además, el caricaturista hace con sus dibujos lo que el comediógrafo con sus comedias, y claro está que el castigo, aunque risueño, más apropiado es con rudezas que con felinidades.

Pero esa misma nota cuya ausencia observo puede responderle más tarde, como que existe en su carácter personal é íntimo, y bastará para exteriorizarla que ponga al servicio de ese objeto un poco de la voluntad poderosa que, solo, casi sin maestros, en un medio que podría llamarse refractario y que por lo menos es indiferente, ha hecho de él en cortos años el fuerte artista cuyas obras satíricas estarían en su lugar en los mejores periódicos europeos de caricaturas.

El público de Buenos Aires le ha recibido calurosamente, por lo que vale ya, y creyéndole un hombre maduro, cuando apenas está en la flor de su juventud, flor lozana y fecunda que promete abundante y sabroso fruto, y que no se marchitará y decaerá sino para ceder su puesto á ese fruto mismo.

ROBERTO J. PAYRÓ.

Buenos Aires, Junio de 1899.



## CANTAR BATURRO

Mándales á tus parientes  
recau de que estamos bien,  
que siempre vienen á vénos  
á las horas de comer.



## COMENTARIOS

COPIA DE UN CUADRO DEL REPUTADO PINTOR ESPAÑOL  
VICENTE NICOLAU COTANDA



AL DISTINGUIDO ESCRITOR Y POETA  
EMILIO BERISSO

En una rama espinosa  
cubierta de flores de oro,  
vió un nido, Cloris hermosa,  
y ambicionó aquel tesoro.  
Quiso apoderarse en breve  
de aquella *cuna* escondida,  
y abrió en su mano de nieve,  
la rama, sangrienta herida.  
Lanzó sus ayes al viento,  
Cloris, en su afán burlada,  
y contestó á su lamento  
una rosa nacarada:  
— ¡Castigo del cielo ha sido  
á tu crueldad, Cloris bella!  
Si el amor formó ese nido,  
no en son de amarga querella

clames á los mismos cielos  
 contra esa rama de oro,  
 que á los pobres pequeñuelos  
 defiende como un tesoro...  
 ¿Que deseas, amorosa,  
 prodigarles tus cuidados,  
 en tu albo seno de diosa  
 ó en áurea jaula encerrados?  
 ¡Crimen fuera, y de los graves,  
 quererlos aprisionar,  
 pues Dios ha dado á las aves  
 las alas, para volar!

CASIMIRO PRIETO.

Dibujo de B. Gili y Roig.

---

## Claroscuro

---

El combate cesó. Y en la llanura,  
 sangriento campo de tenaz batalla,  
 sólo el clamor del moribundo estalla  
 entre el silencio de la noche oscura.

Surge de pronto en la riscosa altura  
 donde sembró el estrago la metralla,  
 un guerrero gentil, de enhiesta talla,  
 imponiendo en las sombras su figura.

Los ojos tiende al campo de pelea,  
 su pecho oprime con crispada mano,  
 quiere avanzar y, exangüe, tambalea,

Cae, vacilante se incorpora, aspira  
 y con supremo esfuerzo sobrehumano,  
 ¡oh patria! exclama el paladín y espira.

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

La Plata (República Argentina), 1899.

---

## EPIGRAMA

— ¿Esa mujer bigotuda  
 es tu ángel de la guarda?  
 pues por la facha, parece  
 más bien *ángel de la guardia*.

# AMERICANAS



Argentina

*Fot. Ereitas y Castillo.*



## El padre Pata

---

A viejos y viejas oí relatar, allá en los días de mi infancia, como acaecido en Chancay, el mismo gracioso lance á que un ilustre escritor argentino da por teatro la ciudad de Mendoza. Como no soy de los que se ahogan en poca agua, y como en punto á cantar homilías á tiempos que fueron, tanto da un teatro como otro, ahí va la cosa tal como me la contaron.

---

Cuando el general San Martín desembarcó en Pisco con el ejército patriota, que venía á emprender la ardua faena complementaria de la Independencia americana, no faltaron ministros del Señor que, como el obispo Rangel en Maynas, predicasen atrocidades contra la causa libertadora y sus caudillos.

Que vociferen los que están con las armas en la mano y arriesgando la pelleja, es cosa muy puesta en razón; pero no lo es que los ministros de un Dios de paz y concordia sean los que más aticen el fuego. Parécense á aquel que en la catástrofe de un tren daba alaridos. — ¿Por qué se queja usted tanto? — Porque al brincar se me ha desconcertado un pie. — Cállese usted, so marica. ¡Quejarse por un pie torcido, cuando ve tanto muerto que no chilla!

Desempeñando interinamente el curato de Chancay estaba el franciscano fray Matías Zapata, que era un godo de primera agua, el cual, después de la misa dominical, se dirigía á los feligreses exhortándolos para que se mantuviesen fieles á la causa del rey, nuestro amo y señor. Refiriéndose al Generalísimo, lo menos malo que contra él predicaba era lo siguiente:

—Carísimos hermanos: sabed que el nombre de ese pícaro insurgente San Martín es, por sí solo, una blasfemia; y que está en pecado mortal todo el que lo pronuncie, no siendo para execrarlo. ¿Qué tiene de santo ese hombre malvado? Llamarse San Martín ese sin vergüenza, con agravio del caritativo santo San Martín de Tours que dividió su capa entre los pobres? Confórmese con llamarse sencillamente Martín, y le estará bien, por lo que tiene de semejante con su colomboño el pérfido hereje Martín Lutero, y porque como éste tiene que arder en los profundos infiernos. Sabed, pues, hermanos y oyentes míos, que declaro excomulgado vitando á todo el que gritare ¡viva San Martín! porque es lo mismo que mofarse impiamente de la Santidad que Dios acuerda á los buenos.

No pasaron muchos domingos sin que el Generalísimo trasladase su ejército al Norte, y sin que fuerzas patriotas ocuparan Huacho y Chancay. Entre los tres ó cuatro vecinos á los que, por amigos de la justa causa, como decían los realistas, fué preciso poner en chirona, encontróse el energúmeno frailuco, el cual fué conducido ante el excomulgado caudillo.—Conque, seor gordo, —le dijo San Martín,—¿es cierto que me ha comparado usted con Lutero y que le ha quitado una sílaba á mi apellido?

Al infeliz le entró temblor de nervios, y apenas si pudo

hilvanar la excusa de que había cumplido órdenes de sus superiores, y que estaba llano á predicar devolviéndole á su señoría la sílaba.—No me devuelva usted nada y quédese con ella,—continuó el General,—pero sepa usted que yo, en castigo de su insolencia, le quito también la primera sílaba de su apellido, y entienda que lo fusilo sin misericordia el día en que se le ocurra firmar Zapata. Desde hoy no es usted más que el padre Pata; y téngalo muy presente, padre Pata.

Y cuentan que hasta 1823 no hubo en Chancay partida de nacimiento, defunción ú otro documento parroquial que no llevase por firma *fray Matías Pata*. Vino Bolívar, y le devolvió el uso y el abuso de la sílaba eliminada.

RICARDO PALMA.

Lima, Mayo de 1899.

*Dibujo de Apeles Mestres.*

## Quimera

Me enamoras y apenas te concibo;  
me subyugas y sólo eres un sueño,  
una silueta nívea,  
una vaga espiral de humo de incienso.

Siento tus besos tibios en la frente;  
te quisiera abrazar... y no te veo.  
Porque subes, y subes,  
y te expandes, quizá, como el incienso.

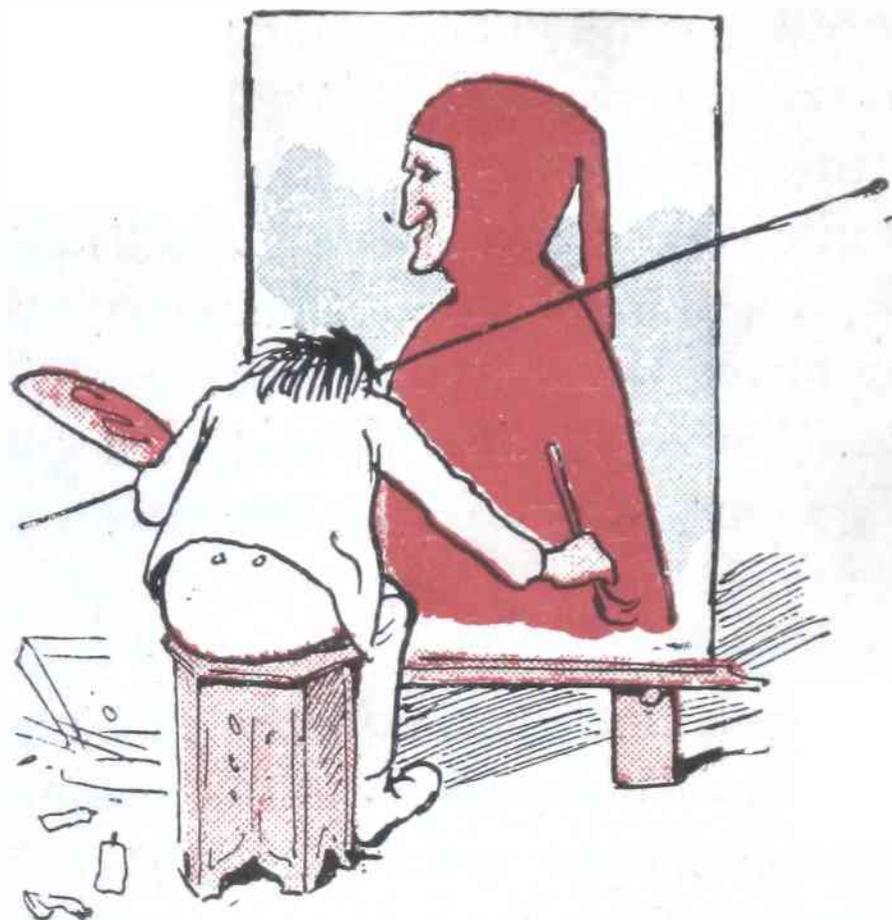
Eres un imposible y te persigo.  
¿Qué me importa que vuelas hacia el cielo?  
si supo diseñarte,  
¿no te podrá alcanzar mi pensamiento?

La Plata (República Argentina), 1899.

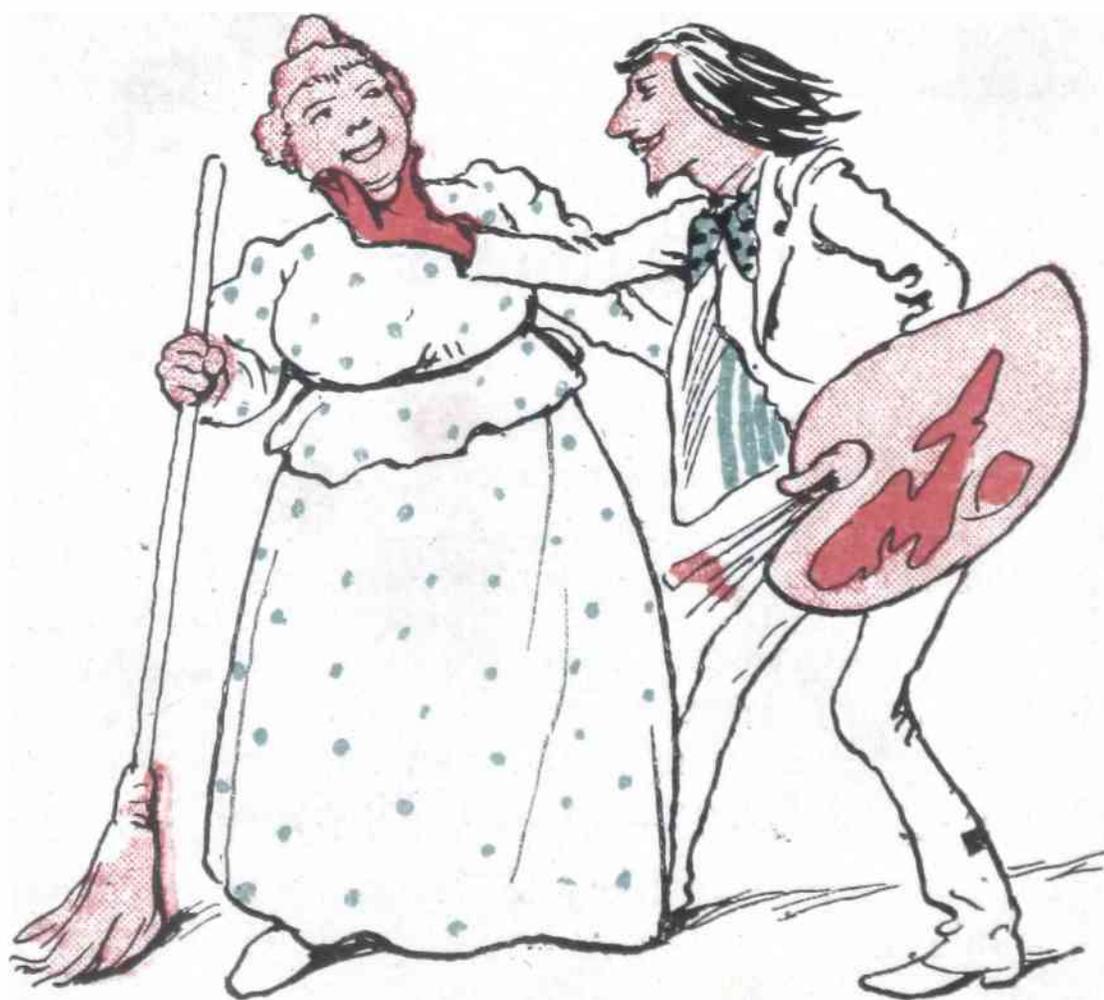
José M. QUEVEDO.

# La venganza del portero

CUENTO VIVO POR APELES MESTRES



Miguel Ansias trabaja con ardor en el retrato del Dante.



Sube la portera á hacer la limpieza del taller y ¡qué diantre! el Arte no excluye uno que otro honesto solaz.



Pero ¡ay! que en este pícaro mundo todo deja huella...



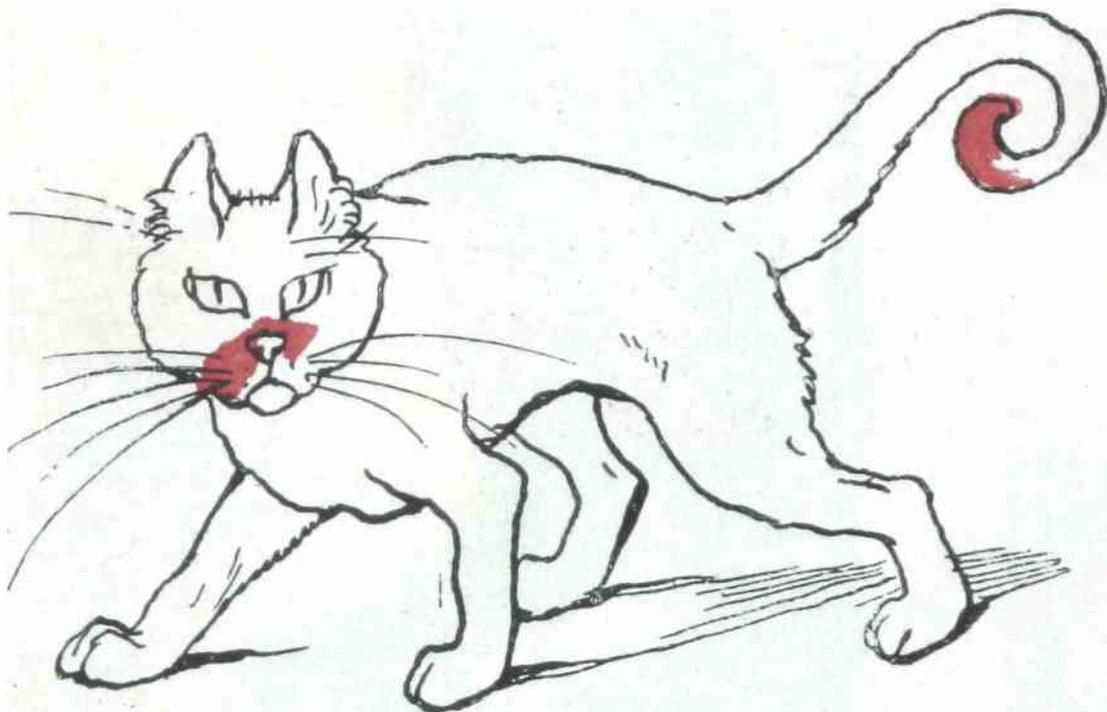
Y al volver de la escuela la hija de la portera y recibir el ósculo materno...



recibe también la materna huella.



Acércase la chicuela á saludar á Minino...



y transmite á Minino la mancha fatal.



El cual la transmite, á su vez, á un soberbio par de botas á que acaba de dar la última mano el portero.



(Omito la profundísima moraleja á que se presta el caso).



Asombro del portero al contemplar maculada su obra maestra.



De cuya causa, nadie, — ni el mismo Minino, — sabe darle explicación satisfactoria.



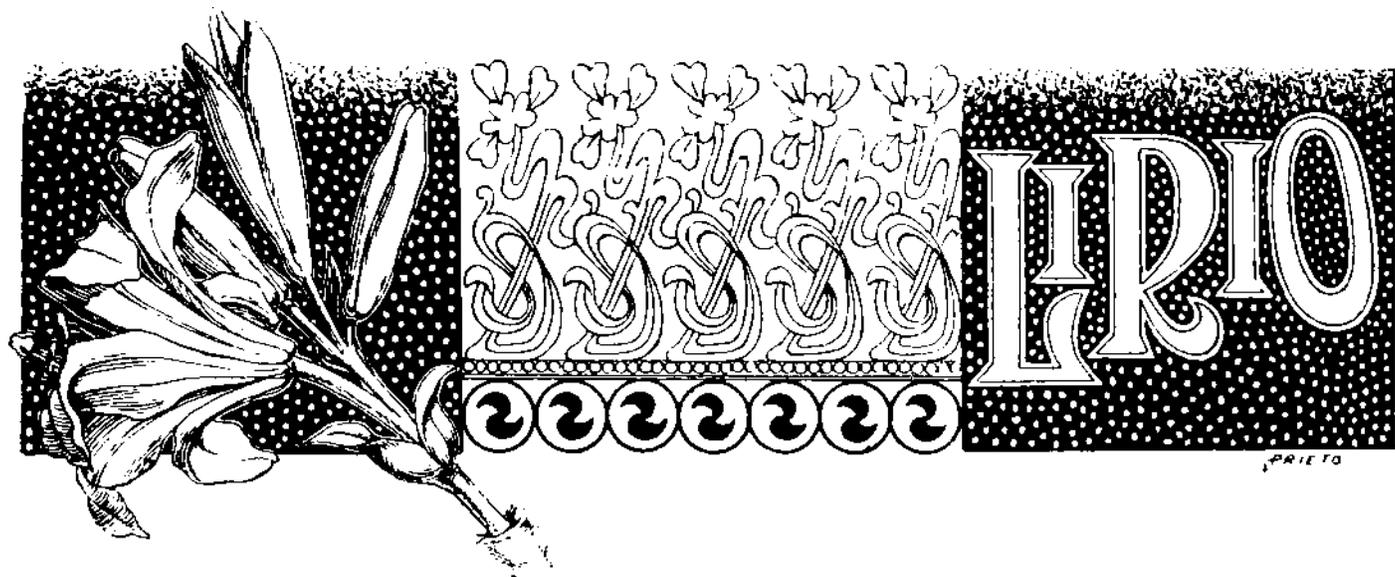
Pero baja en aquel punto Miguel Ansias; y sacando el portero por el hilo el ovillo...



germina en su cerebro el proyecto de una ejemplar venganza.



¡Mancha por mancha! La venganza es el placer de los dioses. — Y de los porteros escamados.



A R..... A.....

Porque siendo una estrella  
se parece á los lirios,  
en un alba de ensueño  
toda blanca la he visto.  
Es mi amada, la virgen,  
la de frente de armiño,  
la que tiene el perfume  
de la flor del cerinto;  
la que inspira mi estrofa, —  
visionaria del ritmo, —  
la que sabe que el cielo  
sin su amor no concibo.

De su casta sonrisa  
al influjo dulcísimo  
como flor de ternuras  
se ha entreabierto mi espíritu;  
despertando de pronto,  
de su voz con el mimo,  
en el alma del hombre  
inocencias de niño:  
la esperanza imposible  
de un amor infinito.

Dios ha puesto en el cielo  
de su rostro bellissimo  
sobre nieves de nardo  
resplandores de nimbo;  
y en el alma la oculta  
mi ferviente cariño  
como oculta sus perlas

en el fondo el abismo;  
 y es idea en mi alma,  
 y en mi pecho es latido,  
 y en mi estrofa aleteo,  
 vibración y suspiro;  
 claridad inefable  
 que serena mi espíritu  
 cuando triste en la sombra  
 de la duda me abismo.

Al pasar, de sus labios  
 dejé un beso en el nido,  
 y por eso simulan,  
 por la grana encendidos,  
 roja mancha de sangre  
 en la albura de un lirio.

Y la he visto alejarse  
 sobre el ala de un ritmo  
 irradiando en mi ensueño  
 y exhalando un suspiro...

Es mi amada, la virgen,  
 la de frente de armiño,  
 la que tiene el perfume  
 de la flor del cerinto.

Santa Fe (República Argentina), 1899.

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

*Dibujo de F. Prieto.*

---

## Así son muchas

---

Me da risa, Trinidad,  
 que te consientas hermosa,  
 cuando tienes una cosa  
 que no es muy bella, en verdad.  
 Ese rasgo de fealdad  
 que á mi ver tiene nublada  
 tu gracia tan ponderada  
 es tal, que si se te quita,  
 sin duda quedas bonita,  
 pero, quedando sin nada.

Guatemala.

RAFAEL PIÑOL



**Dr. D. Carlos Vaires**

**DISTINGUIDO ESCRITOR ARGENTINO**

**Presidente del Ateneo de Buenos Aires**

## Contradicción y armonía

---

Mi interlocutor vestía un modesto traje, impropio de la estación, y se cubría con sombrero indefinible, colocado al desgaire en el extremo de la cabeza, en tono de protesta. Era un joven poeta rebelde y despreciativo de las reputaciones hechas. Miraba el mundo por el ojo de la cerradura y se consideraba depositario no sólo de la verdad artística sino de toda la verdad. Juzgábase con plena benevolencia y su espíritu, dominado por infantiles ingenuidades, le sugería grandes visiones salvadoras, fuera de las leyes del mundo real, que tachaba de convencional y absurdo.

Esta personalidad aspirante y simpática, á pesar de todo, se me revelaba como un símbolo de la contradicción que encierran muchos temperamentos. Veía entonces desfilas figuras de colores vivos, sin tintas intermedias que los refundieran en tonos armónicos y amables. Eran los individuos encontrados al pasar, que obedecen al influjo de opuestas tendencias y cuya inteligencia se desenvuelve en profundo desacuerdo con sus sentimientos.

Desde luego tal modalidad se nota mejor en el artista, pues lo acentuado de sus facultades pone de relieve los diversos elementos de su naturaleza, pero no debe creerse que le sea inherente, ni fatal, ni exclusiva. Todos los intelectuales pueden presentar semejante anomalía. El político que trata de captarse simpatías por medio de maneras afables, pero que destruye el efecto que pretende causar con frases intencionadas y malévolas, es, por ejemplo, un caso de contradicción tan evidente como

el del poeta que canta bellezas y procede realizando fealdades.

Los sujetos poco complejos escapan por lo general á este defecto, por más intensa que sea su faz dominante. Un criminal nato, cuya inteligencia refleja sus impulsos apresivos, es un ser contradictorio con la sociedad, pero no consigo mismo. En cambio un Benvenuto Cellini, que admirable artista como era, padecía accesos de locura homicida, reviste todo el carácter de una monstruosidad, pues presenta unidas dos naturalezas opuestas en un solo cuerpo, como ciertas creaciones extrañas de la fantasía antigua.

No falta quien profese que nada tiene que hacer una cosa con la otra, pues las acciones podrían regirse por leyes independientes de la inteligencia. Ello importa reconocer absoluta autonomía entre las facultades intelectuales y morales y sancionar la lógica de un mal carácter al lado de una buena inteligencia. Esta tesis es filosóficamente inadmisibile porque reposa en un concepto equivocado de la existencia. Todos poseen la noción de esta verdad elemental y por eso esfuerzan su censura ante el individuo que obra en desacuerdo con los principios intelectuales que sostiene en el libro, en la tribuna, en la cátedra ó en la obra de arte.

Los hombres realmente útiles al progreso de la humanidad han gozado siempre de perfecta ó, por lo menos, de grande armonía. Los inarmónicos se han exhibido en toda época como personajes bizarros, que si en algún raro momento desempeñaron una función histórica, no por eso han hecho olvidar lo absurdo de su naturaleza.

Pero esta desarmonía que á veces encuentra atenuación por la idealidad del genio, resulta chocante en los

individuos de escasa ó relativa inteligencia, que la revelan con pretenciosas ingenuidades y muestran bien separadas, de un lado, su aspiración intelectual para el papel, y del otro, su instinto bestial para la vida.

CARLOS BAIREs.

Buenos Aires, Junio de 1899.

## Pórtico

A GRACIELLA DE ZUVIRIA.

De tu libro en las páginas, mis versos  
cantando tristemente se derraman.  
Ellos, los pobres pájaros dispersos,  
que un nido buscan, que sollozan y aman!

Así al altar de tu belleza llegan,  
envueltos en jirones de pesares;  
náufragos del Cariño, que navegan  
mustios y errantes por sombríos mares.

¡Oh mis versos, los tristes, los que agobia  
de la Desesperanza el negro canto!  
que tenéis la Nostalgia como novia,  
que tenéis como amigo al Desencanto!

¿Por qué en vosotros ya la fe no arde?  
¿Por qué el Dolor sus desalientos llueve?  
Están secas las flores, y la Tarde  
baja cubierta de neblina y nieve!...

Envío:

Niña, en tus ojos hay fulgor de Oriente,  
hay en tus labios hálito de Estío:  
da consuelo á mi musa — ¡la doliente! —  
da calor á mis versos, ¡tienen frío!

Y en el ara bendita de tu alma,  
en donde enciende la Ilusión sus cirios,  
pondrán, de hinojos, la gloriosa palma  
y el fresco ramo de sus blancos lirios.

Buenos Aires, 1899.

DARÍO HERRERA.



## El Viento

¡Palmas altivas, inclinad las copas,  
y vosotros también, añosos cedros!  
¡Doblad la frente, bosques seculares,  
que va pasando vuestro dios, el Viento!

El Viento las neblinas arrebatá  
y las levanta al cielo,  
y hace caer la lluvia  
de sus hinchados senos.  
Y la tierra bendice agradecida  
al que así la fecunda y le da riego  
y hace brotar en ella

el trigo rubio, el tulipán esbelto;  
el árbol regocíjase  
porque el retoño brotará, cubriendo  
de esperanzas sus ramas que parecen  
sin hojas, un escuálido esqueleto.  
Y habrá pan, porque llueve, en los hogares;  
y dormirán los niños en sosiego,  
porque, antes de buscar la blanda almohada,  
el pan de bendición les repartieron.

El Viento arrastra el polen  
que en sus viajes aéreos,  
va á fecundar al árbol  
que llora su viudez en el desierto.  
El Viento marca el rumbo á las cigüeñas  
cuando llega el Invierno  
y abandonan, buscando los calores,  
el amado país en que nacieron.  
Él ayuda á volar al pajarillo  
débil y pequeñuelo,  
cuando abandona el nido cariñoso  
en busca de la vida y del sustento.

Él es rey, es señor, es dios agosto  
en la tierra, en los mares y en el cielo:  
derriba las ciudades,  
cambia en polvo los altos monumentos,  
trunca las regias palmas,  
los viejos pinos, los robustos cedros;  
él empuja el bajel que va surcando  
el tormentoso piélagos,  
rasga sus velas, los timones rompe  
y humilla los erguidos masteleros;  
él domina las nubes á su arbitrio,  
las levanta del suelo,  
las junta, las arruga, las destroza  
como si fueran de su inmenso lecho  
las opulentas sábanas  
que envuelven sus amores y sus sueños.  
Cuando está airado, sus nerviosos puños  
agitan con furor el férreo cetro  
y se escucha triunfante en el espacio  
la magna voz del Trueno,  
y al través de las nubes

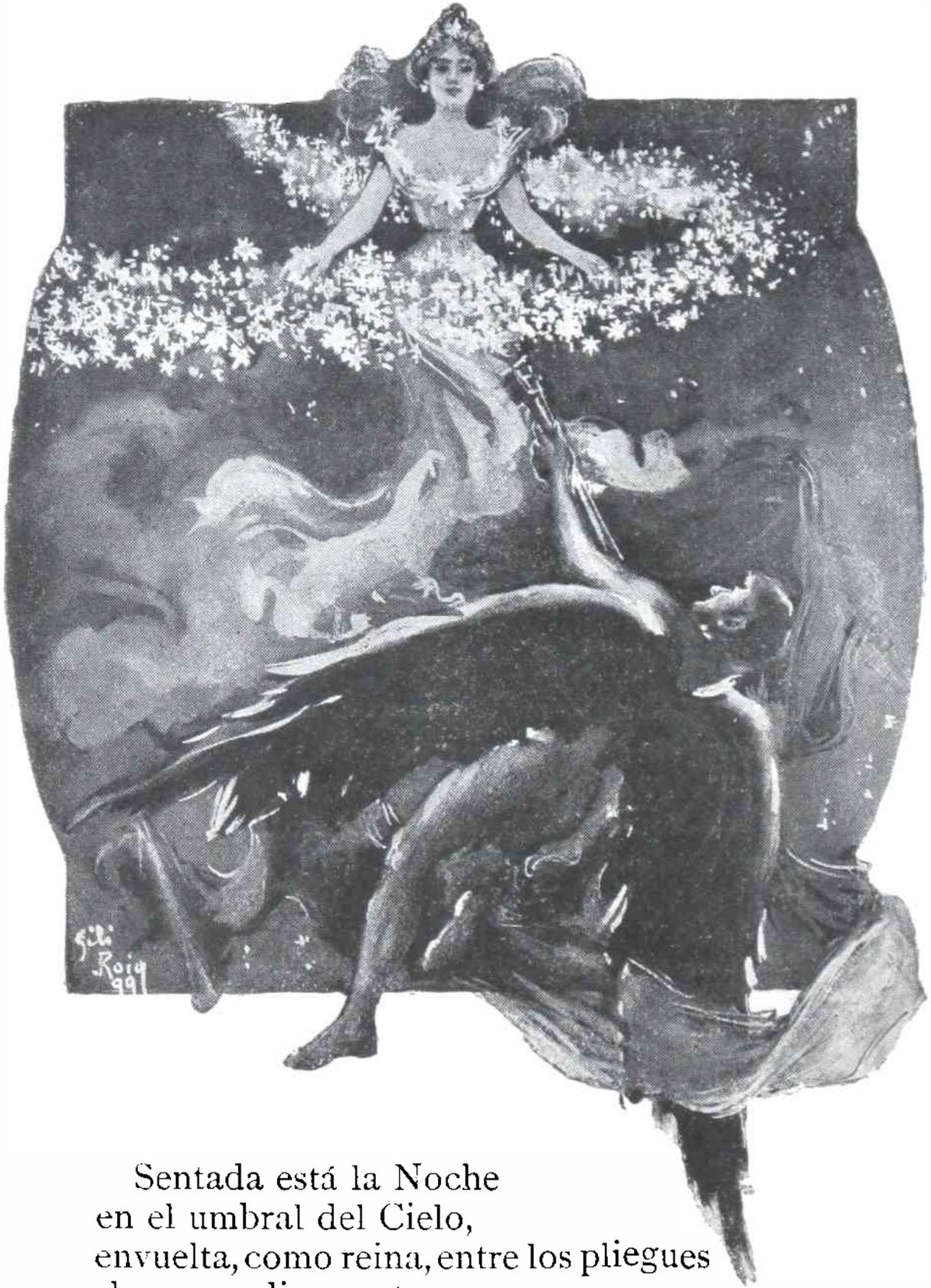
que tiemblan en silencio,  
cual bíblico castigo, surge el Rayo,  
de las celestes iras mensajero.

¡Palmas altivas, inclinad las copas,  
que va pasando vuestro dios, el Viento!

En la región sagrada del descanso,  
donde duermen los muertos,  
en las calladas noches invernales,  
también penetra, tembloroso, el Viento.  
Besa las tumbas que la luna baña  
con sus tranquilos, tímidos reflejos,  
y de las rosas secas, una á una,  
las hojas va esparciendo;  
á la estatua que llora en el pináculo  
del regio mausoleo  
acércase después, y va á besarle  
la blanca espalda y el turgente seno.  
Junto á las tumbas los cipreses lanzan  
sus quejidos funéreos,  
y las caídas ramas de los sauces  
entonan sus salmodias en silencio:  
es el Viento quien lanza esos quejidos  
en la región sagrada de los muertos,  
es él, el gran pontífice,  
que viene humilde á derramar sus rezos,  
á deshojar las rosas  
y á besar de la estatua el blanco seno.

Tiene á veces blanduras  
y plácidos sosiegos,  
y juega con las flores  
y les regala besos;  
mueve las verdes ramas muellemente  
y hace caer los azahares frescos,  
como una blanca lluvia  
de dulces bendiciones, sobre el suelo;  
deja flotar su túnica intangible  
sobre la faz del lago soñoliento  
y acaricia las plumas de los ánades  
y de los cisnes los arqueados cuellos.  
Entonces canta, canta con dulzura  
unas trovas de lánguidos acentos

que saca de las hojas  
de los castaños y altos limoneros.  
El Viento está en amor: busca á su dama,  
diciéndole dulcísimos requiebros  
y dejando en cada árbol  
las perfumadas huellas de sus besos.



Sentada está la Noche  
en el umbral del Cielo,  
envuelta, como reina, entre los pliegues  
de su amplio manto negro;  
tiene al aire esparcidos  
los ondulados y húmedos cabellos  
y adornadas la frente y la garganta  
con rosarios de estrellas y luceros;

en su cintura envuélvese,  
 como banda de luz, en giro esbelto,  
 la inmensa vía láctea,  
 de mundos insondable semillero;  
 en vez de pieles de africanos tigres  
 tiene sus pies envueltos  
 en blancas nebulosas, y las nubes  
 son las almohadas reales de su lecho.

El Mundo, abajo, duerme  
 en brazos del Silencio  
 y sólo vela, en su laúd cantando,  
 enamorado trovador, el Viento.  
 Acércase á la reina que sonrío  
 en el umbral del Cielo  
 y pulsando sus cuerdas blandamente,  
 con amoroso acento,  
 una trova le canta en que le dice  
 que el corazón le entrega todo entero.  
 Junta el Amor las pálidas cabezas  
 de la Noche y del Viento  
 y en el espacio azul, aletargado,  
 en rítmico concierto,  
 se oye el rumor sonoro  
 de sus ardientes, prolongados besos.

¡Palmas altivas, inclinad las copas,  
 y vosotros también, añosos cedros!  
 ¡Doblad la frente, bosques seculares,  
 que con su dama va pasando el Viento!

NARCISO TONDREAU.

Santiago de Chile.

*Dibujos de B. Gili y Roig.*

—x—

## EPIGRAMA

—

—¿Conque ni á López ni á Artigas  
 compras pan?

—¡Libreme Dios!

—El por qué bueno es que digas.

—Porque confiesan los dos  
 que no hacen muy buenas *migas*.

# BUENOS AIRES



## INTERIOR DE UN CONVENTILLO

(CASA DE VECINDAD)

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE FRANCISCO FORTUNY

# Las dos caretas



ERA un Domingo de Carnaval; pero no de los anémicos de hoy, sino de los pletóricos de los buenos tiempos.

Carnaval pletórico de locura, que llenaba calles y plazas y paseos de la heroica villa.

Todo era ruido y regocijo y movimiento y fiebre; risas fingidas de caretas burlonas; llantos fingidos de caretas con lágrimas de cartón; dominós ruines, ocultando personas decentes; dominós lujosos disimulando gente ruin; borracheras envueltas en sudarios; esqueletos repartiendo bombones y caramelos; hombres con faldas y mujeres con pantalones, promiscuidad grotesca de sexos; colchas viejas en forma de cucurucho y mantones de Manila redondeándose sobre senos postizos; bebés de cincuenta años con sonajero, y caballeros con sombrero de copa y frac, de la mano del ama; máscaras que tan pronto van por el arroyo como se amontonan en un coche; máscaras que van á caballo gallardamente y otras que van siempre en su burro de gitano; quién que finge ser enano, quién que finge ser gigante; el mamarracho eterno de la caña repartiendo el *higui* y alrededor las eternas bocas abiertas de los chicuelos procurando morderlo; unos que se disfrazan con andrajos, como si la conciencia se les desbordase, otros que se disfrazan con encajes, como escaparate de tienda y anuncio de venta;

comparsas que llevan miserias entre músicas y cornetines de murga pidiendo limosna; el tradicional hombre de los cucuruchos de papel y el hombre vestido de esteras, acaso simbolismos carnavalescos de ciertas almas; y abajo barro, y más arriba nubes de polvo que esperan su miércoles de ceniza, y allá en las alturas el cielo azul. inmensa careta de resplandores que cubre las negruras del espacio infinito y misterioso, como si quisiera tomar parte en no sé qué Carnaval apocalíptico.

A medida que fué bajando el sol fué bajando la fiebre, y la multitud, en su reflujo, se retiró hacia sus casas ó hacia sus nichos.

Todas iban mezcladas, las máscaras con careta y las máscaras sin ella, los disfrazados y los no disfrazados; y á las luces pálidas del crepúsculo y entre las primeras gasas del anochecer, todos los contornos se confundían, todos los colores se borraban, y todos parecían los enmascarados de antes ó no lo parecía ninguno: ó desbordamiento de locos ó la gente de todos los días.

Quizá se desvanecían las diferencias entre unos y otros, porque las diferencias eran ilusorias: todos idénticos, todos disfraces; todas eran caretas, todas eran locuras.

Alrededor de los vivos están los muertos, cuando no están en medio. Alrededor de la calenturienta villa, en Domingo de Carnaval, están los cementerios, con su calma suprema y su nunca caldeada frialdad.

Silencio, reposo, árboles tristes, flores que se esfuerzan por estar alegres, muchas losas, muchas cruces, letreros sobre mármoles, en tierra pocas lágrimas, debajo lo que fué y un sublime misterio en que nadie penetra.

El hombre en su pequeñez ridícula también *finge*

*misterios* y se cubre con un dominó y una careta y pregunta á todo el mundo *si le conoce*, disimulando grotescamente la voz.

El espacio insondable se cubre con el velo del firmamento, y también pregunta á su modo: *¿Me conoces, me comprendes?* Lo pregunta con la majestad silenciosa de sus noches, con la luz esplendorosa de sus días, á veces cuando se cansa de que no le contesten con la voz aterradora de la tempestad.

El camposanto es, en cambio, la eternidad con disfraz humano, otro infinito como el de arriba, que se ahonda en fosas y se recorta en lápidas.

Pero hasta el cementerio había llegado la agitación epiléptica del Carnaval. Los hijos del portero habían jugado á las máscaras, y cuando al anochecer se habían recogido, dejaron olvidada una careta junto á una fosa.

Llegó la noche, noche clara y tranquila, de luz suave y de silencio profundo.

La careta había quedado derecha, apoyada en unos terrones y como observando la tumba.

Y de la tumba salía una calavera, como si algún esqueleto se asomase para echar una mirada al cementerio, ó acaso para recoger en los huecos de los ojos la luz de alguna estrella.

Dijérase que la careta y la calavera se miraban.

¿Pensaban algo? ¿Y quién lo sabe? ¿Por qué no? ¿No ha de haber más pensamiento que el nuestro?

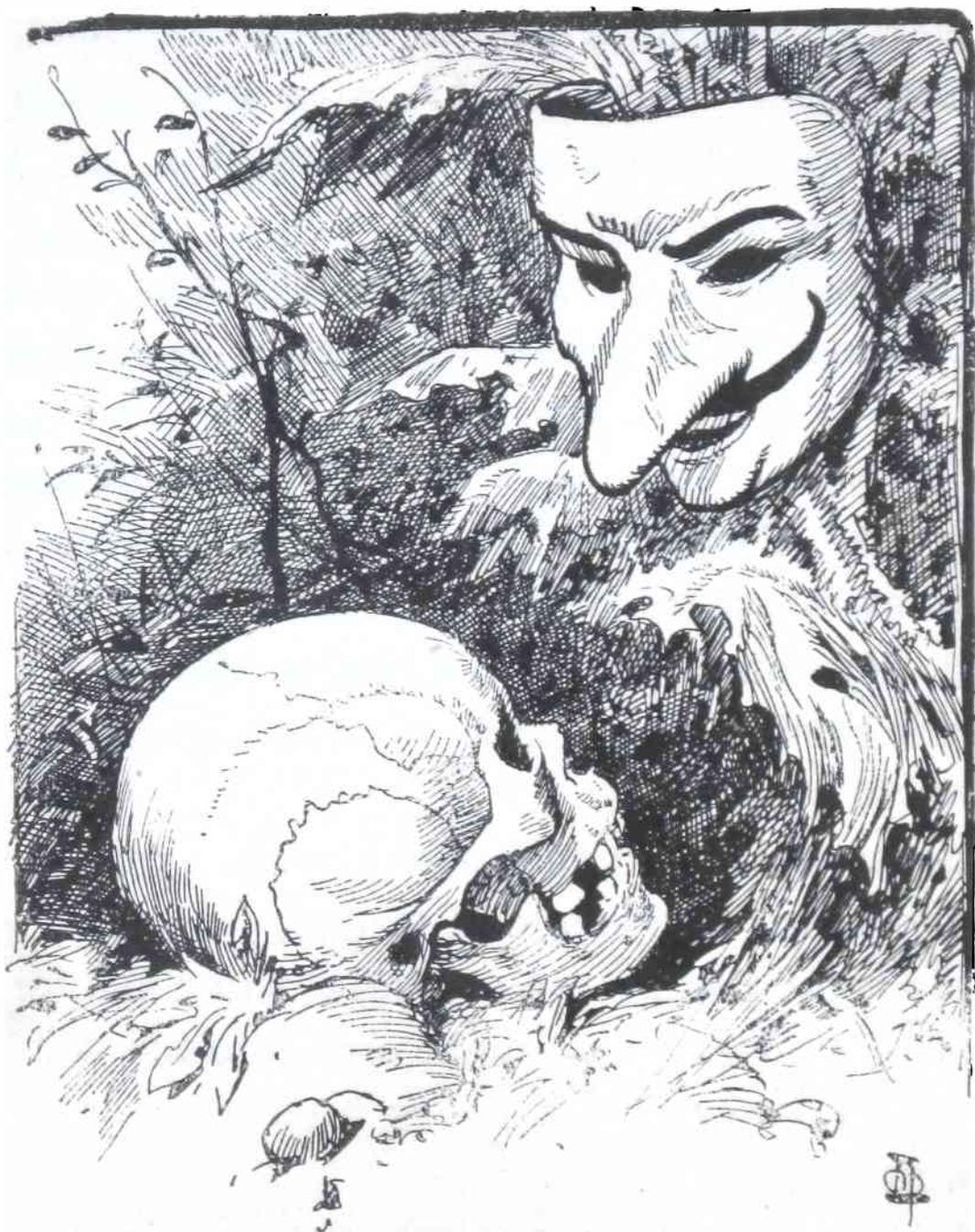
Pues si pensaban, pensaría la calavera:

«¿Qué es aquello? Cara humana parece: labios de grana, rosas en las mejillas, sombras que imitan ojos, cabello alrededor de la frente. Pero acaso no lo sea. He oído decir que es Carnaval: quizás sea una careta.

¿Será la vida ó será una imitación de la vida?

¿Será carne humana, que se estremece con el placer y con el dolor, ó será cartón, que sobre un molde inerte tomó esa forma?

¿Qué es aquello: la verdad ó la mentira? ¿Lo que



finge ser ó lo que es? ¿Una realidad ó una apariencia y detrás *la nada*?

Y podría pensar á su vez la careta mirando á la calavera:

«¿Qué es aquello? Bordes sin labios, dientes al descubierto y sin sonrisa, pómulos verdosos, huesos oscuros en que hubo ojos cristalinos, cráneo sin cabellera: una calavera parece. Pero acaso no lo sea: estamos en

Domingo de Carnaval: quizá sea como yo *una careta*.

¿Será la muerte ó la imitación de la muerte?

¿Será la verdad ó la mentira? ¿Lo que finge no ser, aun siendo? ¿Y aun siendo una calavera, es una realidad ó una apariencia? ¿La muerte es otra careta como yo ó es la nada eterna?

Y así se miraban: las dos, sin ojos: dos huecos en el hueso, dos agujeros en el cartón.

¿Era la nada que se contemplaba á sí misma?

¿Era la burla que de sí misma se burlaba?

¿Era una careta que iba á visitar á otra careta?

La noche fué avanzando, y fué declinando el disco luminoso.

La careta se quedó á obscuras: pronto se confundió con los terrones en que se apoyaba.

El último rayo de luna brilló breves momentos sobre el pelado cráneo como sobre un espejo: después en sombras también.

Y entre las sombras quedaron frente á frente la careta de la locura y la careta misteriosa de lo eterno.

Y empezó el segundo día de Carnaval.

Madrid.

*Dibujos de Apeles Mestres.*

JOSÉ ECHEGARAY.



## Un erudito

— Pues, sí, señor, he leído á Spencer, Kant y Tolstoy y te juro por quien soy que nada me ha sorprendido.

— Y dime, pues viene á cuento, ¿qué opinas de *El Matrimonio* de Tolstoy?

— Yo creo, Antonio, que hizo muy buen casamiento.

VICENTE NICOLAU ROIG.



## La agonía de Petronio

Tendido en la bañera de alabastro, donde serpea el purpurino rastro de la sangre que corre de sus venas, yace Petronio, el bardo decadente, mostrando coronada la ancha frente de rosas, terebintos y azucenas.

Mientras los magistrados le interrogan,  
 sus jóvenes discípulos dialogan  
 ó recitan sus dáctilos de oro;  
 y al ver que aquéllos en tropel se alejan,  
 ante el maestro ensangrentado dejan  
 caer las gotas de su amargo lloro.

Envueltas en sus peplos vaporosos  
 y tendidos los cuerpos voluptuosos  
 en la muelle extensión de los triclinios,  
 alrededor, sombrías y livianas,  
 agrúpanse las bellas cortesanas  
 que habitan del Imperio en los dominios.

Desde el baño fragante en que aun respira,  
 el bardo pensativo las admira;  
 fija en la más hermosa la mirada,  
 y le demanda con arrullo tierno  
 la postrimera copa de Falerno  
 por sus marmóreas manos escanciada.

Apurando el licor hasta las heces,  
 enciende las mortales palideces  
 que obscurecían su viril semblante,  
 y volviendo los ojos inflamados  
 á sus fieles discípulos amados,  
 háblales triste en su postrer instante.

Y como se doblega el mustio nardo,  
 dobla su cuello el moribundo bardo,  
 libre por siempre de mortales penas,  
 aspirando, en su lánguida postura,  
 del agua perfumada la frescura  
 y el olor de la sangre de sus venas.

JULIÁN DEL CASAL.

Habana.

*Dibujo de M. Picolo.*

---

## CANTAR BATURRO

Anda tu madre diciendo  
 que son mú burros los hombres;  
 ¡ojalá fuese yo burro  
 pa soltála un par de coces!

## Las olas

El mar era vasto, fosforescente, misterioso.

Monstruosas sombras abrían sus fauces negras delante del vapor, á ras de la líquida superficie, mudas, enmarañadas, hoscas, llenas de vagos pliegues, de casi invisibles estremecimientos, como si gozaran de vida real sobre la gran palpitación de las aguas.

Arriba — en el fondo de un cielo impasible — había un moribundo centelleo de astros; y abajo, en el elemento salobre, como enormes luciérnagas, como colosales sierpes lívidas, como la estela de plata de un meteoro, saltaban puntos luminosos, enroscábanse círculos de fuego pálido, y brillaba la estela del vapor, el que movía su máquina y sus hélices, rompiendo la red líquida, golpeando el agua, haciendo estallar furiosos copos de espuma y produciendo un traqueteo sordo y monótono.

Y una brisa fresca soplabá, trayendo una oleada de exóticos perfumes, humedeciendo las frentes ardorosas y pensativas, alborotando las cabelleras descubiertas, hinchando los pulmones y el pecho, abiertos al horizonte.

Y arriba seguía el centelleo de los astros. Y abajo el ruido de las olas.

¿Cantaban? ¿Reían? ¿Lloraban? A veces hería los oídos uno como canto triste, tristísimo; después, risas femeniles brotaban del abismo del mar; y luego sollozos, sollozos vagos, contenidos, desgarradores, que se llevaba la brisa, la brisa húmeda y fresca.

Y, ¡oh poetas, oh soñadores, oh magas de la leyenda!

los viajeros pudieron percibir extrañas voces, como si hablara cada ola.

— «Yo soy la Ondina, hija del verde mar. Mis ojos melancólicos son glaucos como él. Habito un palacio submarino hecho de conchas irisadas. Yo sé dónde se esconden las perlas de mis dientes y el coral de mis labios. Soy inmaculada como la nieve, y tengo el corazón frío, aunque ya amé á un náufrago de bozo de oro, á quién encontré muerto sobre la blanca arena de una playa, sin que lo pudieran revivir mis besos helados. Ningún mortal ha podido ver las delicadas curvaturas de mi admirable cuerpo.»

— «Yo soy el Tritón, el viejo Tritón de la historia olímpica. Conocí á Neptuno, al padre Neptuno, y ví nacer á Venus de entre la cándida espuma. Surgió llena de belleza, de majestad y de amor. Yo estaba tras una roca, espiando aquella prodigiosa desnudez, bañada por los fulgores de la aurora. Después, tras la muerte de Júpiter, me atreví á salvar las columnas del gran Hércules, y héme aquí á merced de este viejo loco del Océano, que se tambalea como si se hubiera bebido mil ánforas de Chipre. Gústame el soplo de la tempestad, y voy dando saltos monstruosos sobre las ondas irritadas, lanzando al viento, mi viejo amigo, las ásperas notas de mi canto.»

— «Yo soy la Sirena, la bella y aleve Sirena. Dióme la mujer la armonía de su espléndido torso y el pes su cola de escamas brillantes y fulgores extraños. Canto á la luz perlada de la luna, bajo la tibia superficie del mar en calma, ó en el escollo donde hago estrellarse los débiles esquifes y las enormes naves. Mis ojos son de un purísimo azul marino y sólo los náufragos han visto en el sueño mi seno y mis armoniosas caderas, llenas de una voluptuosidad infinita, desconocida para el hombre.»

Y en esto el viento, batiendo las olas con más furia, apagó aquellas extrañas voces, en tanto que el vapor seguía rompiendo las aguas con su traqueteo sordo y monótono.

Tegucigalpa (Honduras).

RAMÓN MOLINA.

## Flirtation

Que á las dulces gracias la áurea rima loe,  
que el amable Horacio brinde un canto á Cloe,  
que á Margot ó á Clelia dé un rondel Banville,  
eso es justo y bello, que esa ley nos rija,  
eso lisonjea y eso regocija  
á la reina Venus y á su paje Abril.

El ilustre cisne, cual labrado en nieve,  
con el cuello en arco, bajo el aire leve,  
boga sobre el terso lago especular;  
y aunque no la dice, va ritmando una aria  
para la entreabierta rosa solitaria  
que abre el fresco cáliz á la luz lunar.

Albas margaritas, rosas escarlatas,  
¿no guardáis memoria de las serenatas  
en que un tierno lírico os habló de amor?  
¿Conocéis la gama breve y cristalina  
en que, enamorado, su canción divina  
con su bandolina trina el ruiseñor?

Estas tres estrofas, deliciosa amiga,  
son un corto prólogo, para que te diga  
que tus bellos ojos de luz sideral,  
y tus labios, rimas ricas de corales,  
merecen la ofrenda de los madrigales  
floridos de líricas rosas de cristal.

De tu ardiente gracia los elogios rimo,  
de un rosal galante la fragancia exprimo  
para ungir la alfombra donde estén tus pies.  
Yo saludo el lindo triunfo de las damas  
y en mis versos siento renacer las llamas  
que eran luz del tiempo del Rey Sol francés.

RUBÉN DARÍO.

AMERICANAS



Uruguay

*Fot. Fitz-Patrick*



SONETO

Cuando ya de la tarde la luz espira  
 y el vencido trabajo no hay quien recuerde,  
 por los aires dormidos vibra y se pierde  
 el rumor sollozante de una guajira.

Es que un negro amoroso canta y delira  
 porque de él su ofendida negra se acuerde,  
 y en las hazas que alfombra la caña verde  
 otro cantar lejano suena y suspira.

Junto á un árbol de cima como un plumero  
 por donde entre el tabaco cruza el sendero,  
 la pareja se encuentra bajo el ramaje.

Se miran, y descubren, blancas y puras,  
 como carne de coco, las dentaduras,  
 en medio de una risa de amor salvaje.

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

*Dibujo de J. Cabrinety.*

---

## La creación de los animales

---

Que tiene en la Creación  
 todo animal su misión,  
 cosa es por demás sabida,  
 pues cuando Dios les dió vida  
 no lo haría sin razón.

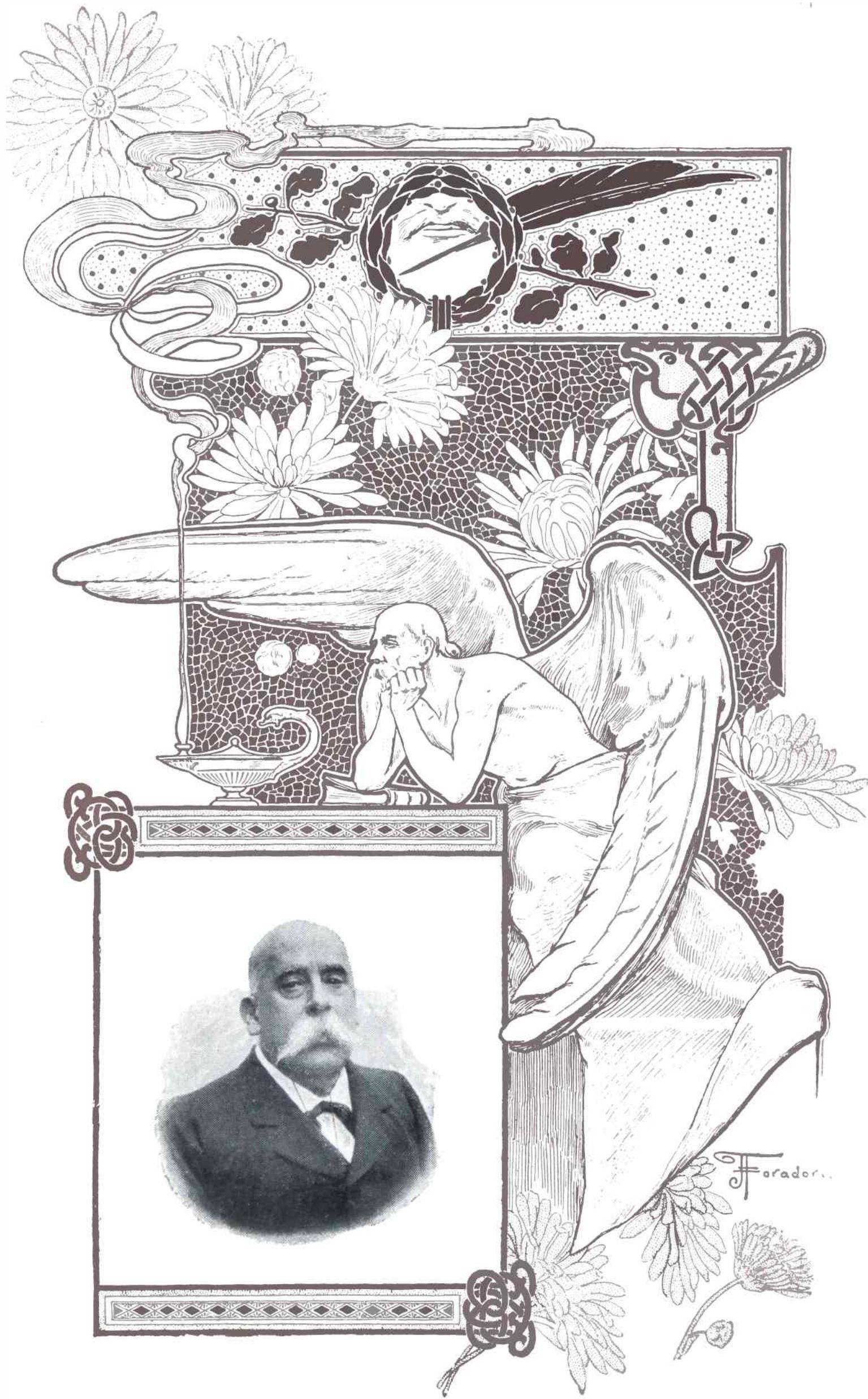
Hubo, empero, un animal,  
 de figura no muy grata,  
 que resultó, por su mal,  
 á más de perjudicial,  
 del todo inútil: *la rata*.

No satisfecho el Señor  
 de haber creado tan ingrato  
 y dañino roedor,  
 quiso *corregir* su *error*  
 é inventó, entonces, el *gato*.

. . . . .

Si con ansia de saber  
 de inquirir la verdad tratas,  
 Fabio amigo, podrás ver  
 que así el gato vino á ser  
 la primera *fe de ratas*.

CASIMIRO PRIETO.



Composición y dibujo de J. Foradori.

## Emilio Castelar

---

Viendo su figura, sus ojos vivos y saltones, que irradian el fuego de la inspiración; su bóveda craneana, misteriosa y fúlgida como la bóveda de un templo; sus labios modelados, cincelados, entreabiertos, como fuente, no cegada, de un manantial destinado á vivificar al mundo; su cabeza toda, vigorosa, erguida, resplandeciente, cual si por sus poros trascendiera, al aire que la circunda, el espíritu inmortal que la anima; viendo su figura viene á nosotros la exclamación vulgar consagrada á los retratos perfectos: *¡Está hablando!*

Estas intuiciones, estas percepciones misteriosas, denuncian un destino, convirtiendo á una imagen en un símbolo.

Sí, *está hablando*; y esta facultad en acción, estereotipada en la imagen, sobrevive al hombre. Destácase su palabra sobre su cuerpo exánime, sobre sus labios inmóviles y yertos, sobre su mente apagada; del mismo modo que anda, huérfana, por el cerúleo espacio, la luz de los extintos soles.

*Está hablando*; es decir, está en posesión de su ministerio augusto, en ejercicio de sus funciones privativas, cumpliendo su deber, llenando su destino.

Hablar no es una ocupación vana; digan lo que quieran los sectarios de la escuela utilitaria, y los que desprecian toda fuerza no apreciada por la Mecánica.

La humanidad debe inmensamente más á la palabra que al hecho. Dos ó tres reveladores, colocados á lo largo del trayecto humano, han dado impulso mayor al pro-

greso que la masa de obreros y de agentes de fuerza habidos en todos los tiempos. Aquéllos lanzan, al espacio donde todos vivimos, al aire que todos respiramos, el polen fecundante, el germen misterioso que va por el mundo produciendo ideas, despertando energías, moviendo voluntades, abriendo rutas, y el mundo se renueva y se transforma á su influjo. Demóstenes hizo más que Alejandro. Cicerón hizo más que César, Mirabeau hizo más que Bonaparte. No sólo hicieron más; lo hicieron todo. La obra de los primeros vive; la de los segundos ha desaparecido; y si algo de ella queda, es por virtud del contagio de ideas llevado en sus devastaciones.

Es también una fuerza motriz la palabra. Esos guerreros se han valido de ella para lanzar sus huestes al combate. Sólo ella puede imprimir la fuerza de impulsión necesaria á esa máquina vasta y pesada que se llama un ejército. «Cosa notable, dice Cormenin; los más grandes conquistadores del mundo, aventajaron tanto en el arte de la palabra como en el arte de la guerra.»

Sobre todos los hechos, sobre todos los accidentes, sobre todos los trastornos, sobre todas las conquistas, sobre todas las revoluciones, sobre la obra múltiple y compleja de todos los esfuerzos humanos, destácase pura, serena, hermosa, inmortal, la obra de Aquel cuya vida ha sido un alto ministerio docente, y cuyo instrumento de labor no ha sido otro que la palabra.

La palabra es el éter en vibración de las almas. Sin ella, el mundo moral permanecería sumido en las tinieblas.

Estas organizaciones providenciales, estos misteriosos predestinados, revélanse con las primeras manifestaciones del ser interno.

Jesús, niño aún, desconocido, débil, menesteroso, humilde, se extravió un día, y fué encontrado en el templo discutiendo con los grandes iniciados sobre problemas morales y asuntos de fe. Mozart, á la edad de siete años, deslumbraba, con su talento y su ejecución musical, á la corte de Viena. Byron fué maltratado por la crítica por haber atentado contra la gravedad inglesa ofreciéndola el fruto prematuro de su numen de adolescente.

Corrían días agitados. Las nuevas ideas, lanzadas por ese cráter que se llamó «Revolución francesa,» habían impreso su movimiento á la atmósfera y seguían trabajando el suelo de Europa. La reacción detenía y hacía retrogradar á veces aquel movimiento, pero era para ceder más tarde á su empuje. En una de esas congregaciones populares que son como el encauce de las fuerzas colectivas para vencer los obstáculos opuestos á su marcha; en una de esas congregaciones populares, celebrada en la capital de España, cuando los más grandes reveladores del pensamiento nuevo habían hecho elocuente exposición de él, denunciando los peligros que lo cercaban y apercibiendo las fuerzas necesarias para defenderlo, un joven, hasta entonces ignorado, pidió hablar, entre la estupefacción y la curiosidad del concurso; y su voz cautivó todos los oídos, y su pensamiento cautivó todas las almas. Se pidió su nombre; se llamaba Emilio Castelar, que fué desde entonces el nombre de la elocuencia.

Aquel astro no tuvo orto; brilló, de improviso, en pleno cenit, dominó todas las claridades, se enseñoreó del horizonte, extendió sus rayos soberanos á todo el tiempo y á todo el espacio, é hizo de su patria bien amada el reflector de la luz divina, el Sinaí del mundo moderno, desde el cual ha descendido, durante medio siglo, la voz bajada de lo alto.

Ha subido á todas las alturas, esclareciéndolas á todas: la cátedra, la prensa, la tribuna parlamentaria, el estrado de las asambleas populares, haciéndose oír, desde esas eminencias, de la humanidad entera, que se nutría con sus ideas y se orientaba con su luz.

«Cuando subís á la tribuna, le había dicho Gambetta, todos los hombres de Estado de la Europa aprendemos algo.»

Ha explanado la ciencia, el arte, la filosofía, la religión, la política, la historia, la sociedad, el alma, la vida; y todo lo ha revelado, todo lo ha descrito, todo lo ha enseñado con una profundidad de concepto, con una diafanidad de expresión, con una riqueza de armonía, con una intensidad de color, con una palpitación de sentimiento, con un esplendor de imaginación, jamás, hasta entonces, conocidos. Ha engrandecido las ideas y las cosas. El mundo resulta más bello visto por él y por él comunicado á nosotros. Los dolores humanos despertaron en sus labios ecos de resonancia tal, que se han propagado á todos los corazones y han conmovido á todas las almas. Ha cultivado el ideal hasta hacerlo visible á los sentidos para dárselo en comunión á la humanidad postrada. Reavivó el alma popular, aterida por el frío del escepticismo que sin cesar la invade.

Propagó y realizó el derecho. Trajo á la realidad los principios democráticos que informan el credo político de toda su vida; y su palabra excelsa limó las cadenas de los últimos esclavos.

Fué un creyente, porque él ha vivido de afirmación; y ha enseñado, á los ojos profanos y faltos de potencia visual, á buscar á Dios bajo las bóvedas misteriosas del templo y en las concavidades luminosas del cielo.

Fué sincero, veraz, honrado; y su predicación tuvo,

junto con los prestigios de una elocuencia incomparable, los de una vida ejemplarísima. Víctor Hugo, su alma gemela en la raza, lo saludaba diciéndole: «Escribís la Historia como la llenáis con vuestros hechos: altamente.»

Su vida ha sido un himno de amor á la humanidad, y un esfuerzo hacia el bien.

Como aquella grande alma, la suya se ha ido cuando llegaba la primavera. Diríase que esa ascensión obedece á un designio de acrecentamiento de luz en los cielos de la patria, entenebrecidos por el invierno y por el dolor. Fué á rendir su vida á la tierra misma en que se ha desplegado, como si verificara una restitución. Espiró á la vista de aquel mar sobre cuyas ondas azules flotaron sus ensueños de niño; aquel mar tantas veces cantado por él, tantas veces por él idealizado; que reflejó en sus cristales el arquetipo eterno de la belleza, y llevó en sus ecos las notas de la lira de la eterna armonía; que entonó solemnes exequias á la muerte de los dioses y de los héroes de la antigüedad helénica y propagó por el mundo su cultura. ¡También él debía llorar la muerte de este ser, más grande que los genios de Grecia, que trae el silencio sobre la tribuna, el duelo sobre España, la sombra sobre el mundo!

MANUEL A. BARES.

Buenos Aires, 18 de Junio de 1899.

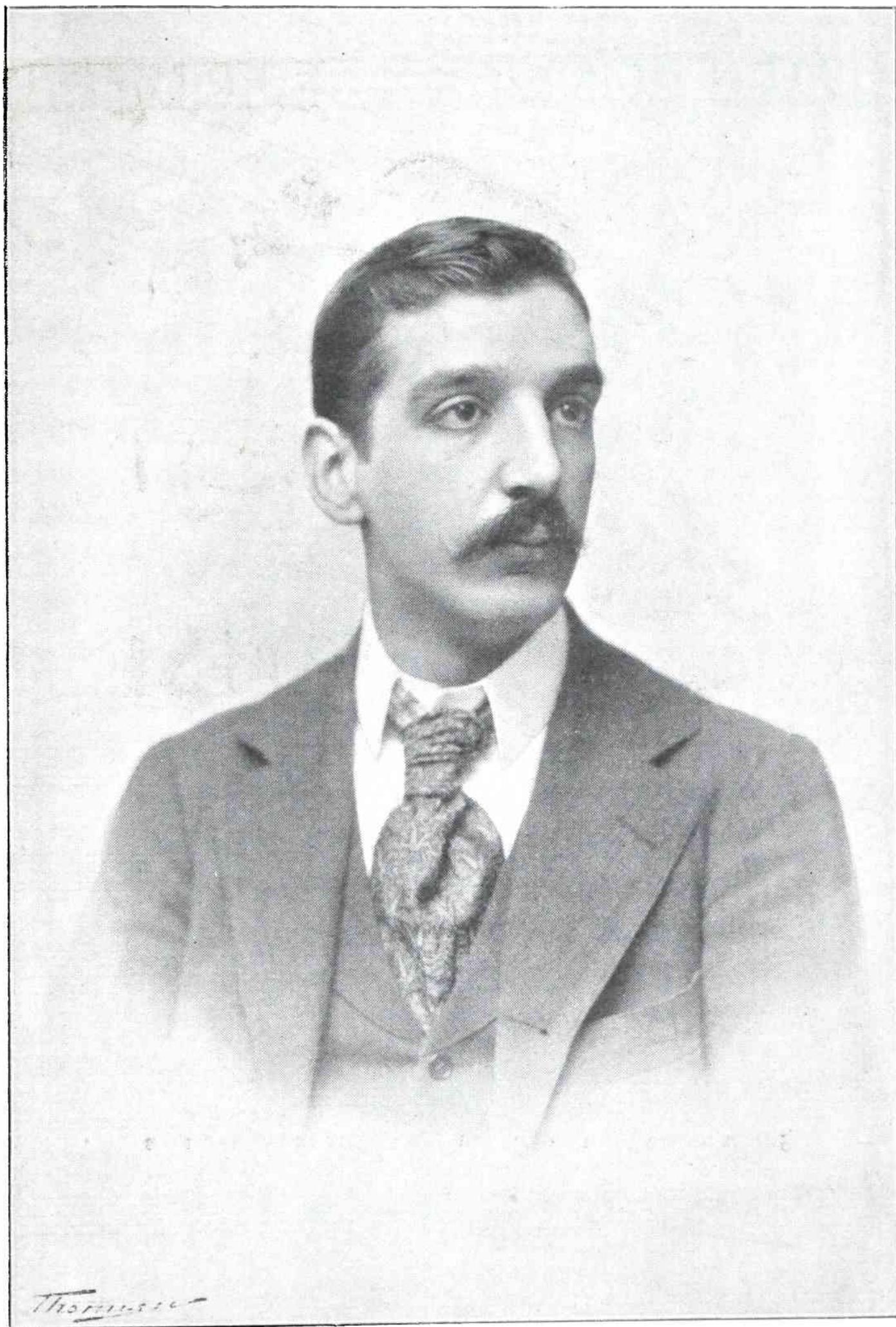
— \* —

### EPIGRAMA

—

Procura ser analítica,  
si eres dada, Inés, á estéticas,  
pues ni por pura política  
perdona nunca la crítica  
á las mujeres *sintéticas*.

NUESTROS COLABORADORES



**Sr. D. Julian Aguirre**

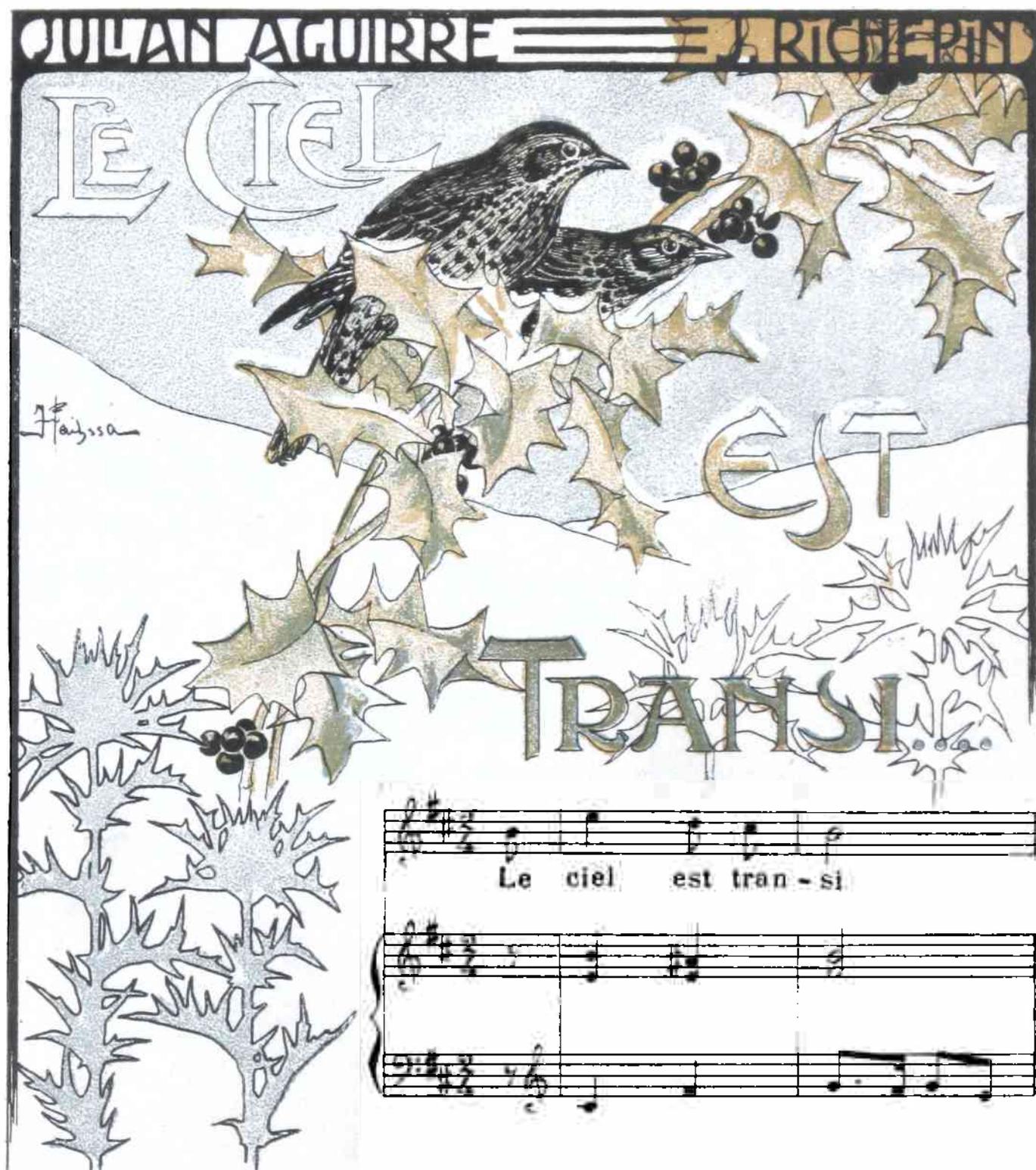
INSPIRADO MAESTRO COMPOSITOR ARGENTINO

# À Jaime Blavallol

JULIAN AGUIRRE — RICHERIN

LE CIEL EST TRANSI.

Haissa



Le ciel est tran - si

Sur la ter-re nu - e la nei - ge est-ve - nu - e

Sur mon cœur aus - si Sur mon

cœur aus - si Dans l'air obs-cur - ci

les feuil-les der - niè - res Rou-lent aux or - niè - res

mon bon-heur aus - si il

Ped. P P. F. P

fait froid i - ci Les caill-les, les gri - ves ont

quit-té nos ri - ves ma mai-

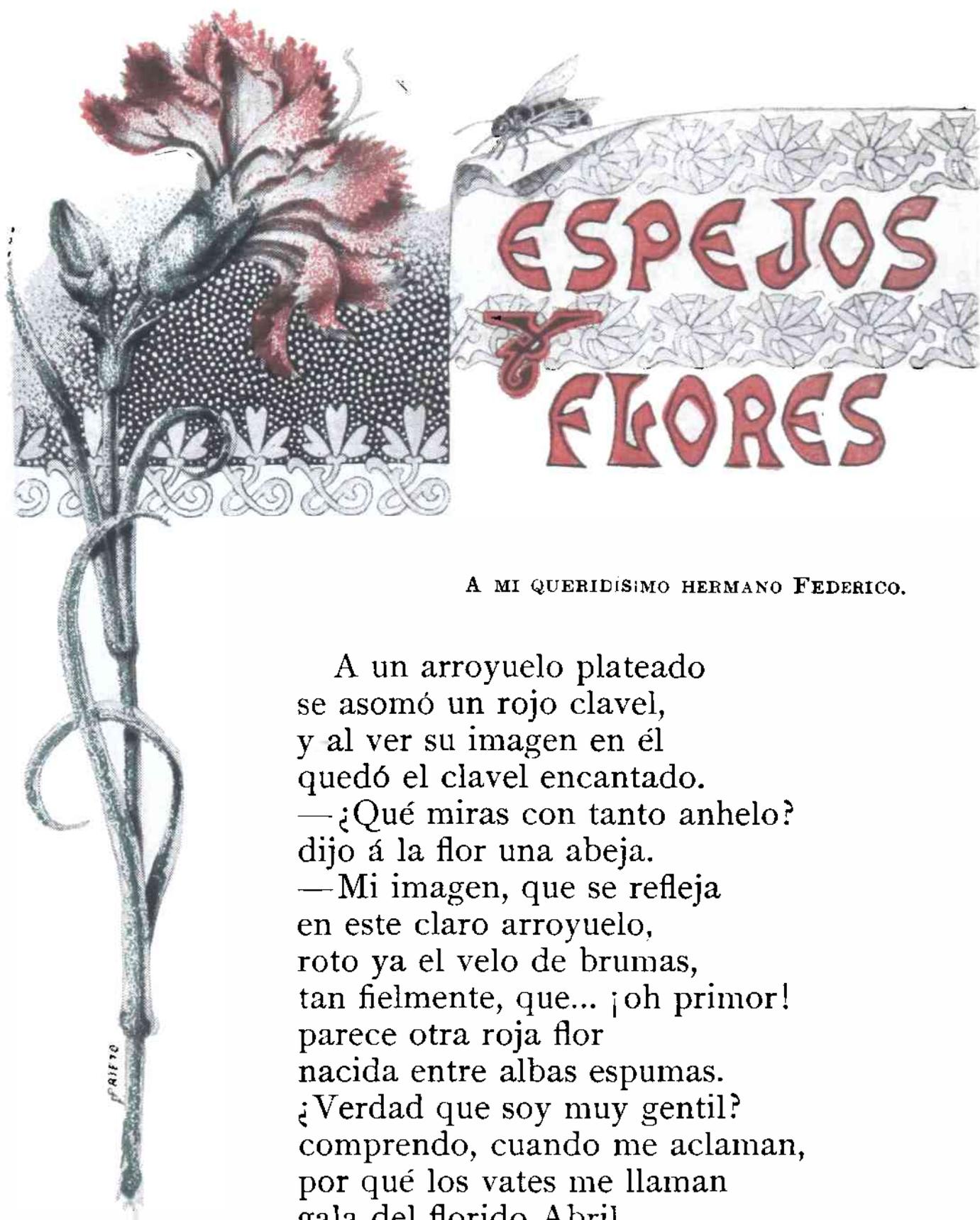
tres - se aus - si ma mai-tres - se aus - si

pp

# Paraguaya



Fot. de M. San Martín.



A MI QUERIDÍSIMO HERMANO FEDERICO.

A un arroyuelo plateado  
 se asomó un rojo clavel,  
 y al ver su imagen en él  
 quedó el clavel encantado.  
 — ¿Qué miras con tanto anhelo?  
 dijo á la flor una abeja.  
 — Mi imagen, que se refleja  
 en este claro arroyuelo,  
 roto ya el velo de brumas,  
 tan fielmente, que... ¡oh primor!  
 parece otra roja flor  
 nacida entre albas espumas.  
 ¿Verdad que soy muy gentil?  
 comprendo, cuando me aclaman,  
 por qué los vates me llaman  
 gala del florido Abril.  
 — No dé alas á tu orgullo  
 esa lisonja mentida...  
 ¡pobre de la flor que olvida  
 su inocencia de capullo!  
 — ¿Crees que peco de vano?  
 culpa á este argentado espejo,  
 en donde he visto el reflejo  
 de mi hechizo soberano.  
 — ¿Por eso, dándome enojos,  
 ya á mi tierno afán no cedes?

¡Perjuro!...

— Aparta, que puedes  
ajar mis pétalos rojos.

— ¿Y nuestras bodas?...

— Tu queja  
es vana, y tus ansias todas  
vanas también... ¡pobres bodas  
las de un clavel y una abeja!  
Tu humildad...

— ¡Oh amante infiel!  
pués si cree rebajarse,  
¿con quién piensa desposarse...  
Su Majestad el Clavel?

— Cuando su negro capuz  
extienda la noche y, bellas,  
allá en lo alto, las estrellas  
se abran cual flores de luz,  
reflejando, hermosa y grata,  
su imagen en la corriente,  
me desposaré idealmente  
con una estrella de plata.

— ¡Vana unión de dos reflejos  
que hará tu dicha ilusoria!

— ¡Qué más dicha ni más gloria  
que adorarse desde lejos!

Nuestro amor inmaterial  
no irá de otro goce en pos...

— ¡Amores de astro!... ¡por Dios!  
anhela un bien más real...

¿No habrá flor en el país,  
pues desoyes mi querella,  
tan digna como esa estrella  
de tu amor?

— La *flor de lis*.

¿Y sabes por qué?

— ¡Ah, traidor!  
rasgué del misterio el tul...  
¡porque corre sangre azul  
por las venas de esa flor!  
En fin, con dolor me alejo,  
ya que tu desdén me ha herido,  
desde que viste, engreído,  
la lisonja en el espejo.

Y exhalando triste queja,  
 víctima del necio orgullo  
 del que, al romper el capullo,  
 juró serle fiel, la abeja  
 huyó á ocultar sus dolores,  
 pensando, con amargura,  
 que fué una insigne locura  
 dar espejos á las flores.

CASIMIRO PRIETO.

*Dibujo de F. Prieto.*

## Después de una lectura

Cierro tu libro. Sin fecunda idea,  
 tu arte es un ara donde no arde el fuego,  
 sombra de vida, laberinto ciego  
 de vanas formas que el capricho crea.

Mi alma el fulgor de lo idéal desea,  
 y de esa estéril perfección reniego  
 que extraña á todo, en indolente juego  
 palabras pule ó cláusulas tornea.

Lejos de mí vuestra impasible musa,  
 la que, especie de trágica Medusa,  
 convierte en piedra el corazón del vate.

Dadme, dadme el poeta soberano  
 que bruñe el verso varonil y humano  
 como se bruñe un arma de combate.

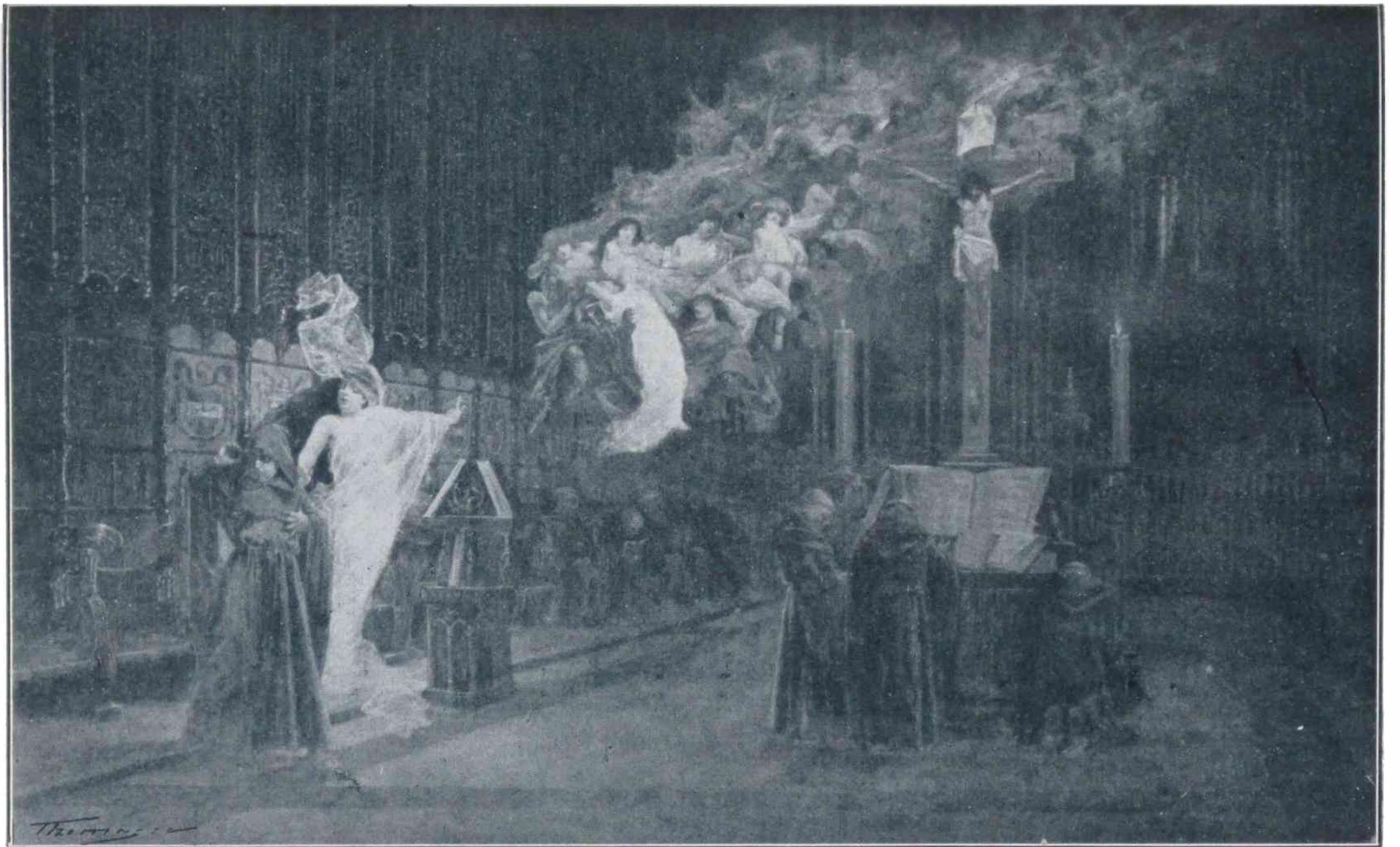
EMILIO FERRARI.

Madrid, 1899.

## Un valiente

—Yo iba decidido á todo...  
 —Y entonces ¿por qué tu mano  
 no impidió que Robustiano  
 te pegara de aquel modo?  
 Recordarlo me horroriza.  
 —No me comprendiste, Ernesto;  
 yo digo que iba dispuesto...  
 á recibir la paliza.

VICENTE NICOLAU ROIG.



LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN

COPIA DE UN CUADRO DEL REPUTADO PINTOR ESPAÑOL  
VICENTE NICOLAU SOTANDA



## Visiones de Carnaval

—¿Quién eres tú que te atreves á sonar tus cascabeles en medio de las lágrimas de la humanidad, y pasas, profanando el dolor de las almas enfermas, llenando con tu carcajada olímpica el mundo entero?

—Soy un rayo de luz en las lobregueces de la tierra. ¡Reid! ¡Gozad! ¡Cantad! Soy la blanca emperatriz Locura; no la que hace la noche en las almas, sino la que las deja iluminadas con la luz de los placeres. Mi imperio dura lo que la vida de un lirio. ¡Reid! ¡Gozad!... Mi carcajada se dilata como una poderosa vibración, y hace revivir las almas marchitas, y desarrugar las frentes pálidas.

»Soy un destello de juventud en la decrepitud del mundo. Soy un gran Galeoto, intermediario de los amores y de los besos.

»Al compás alegre de mis cascabeles suena mi carcajada, que destierra la tristeza... ¡Reid! ¡Gozad!... Mi imperio dura lo que la vida de una rosa en el seno de una virgen.»

— Blanca emperatriz de diadema de cascabeles y rostro de careta, no basta tu inmensa carcajada para sofocar en sus sonoras vibraciones los lamentos de los que sufren. Más alta que tu gran algarabía oigo la voz siniestra de las víctimas; más poderosas que tu alegre y pasajero bullicio, escucho furiosas blasfemias que rugen en los vientos, oigo el estertor de los moribundos, los gritos de dolor de los vencidos; entre la música de los besos y el susurro de las serpentinas, llegan á mí voces de espanto; horribles clamores de los que luchan con la desesperación en el alma; imprecaciones de odio, rugidos de rabia; voces lúgubres del crimen y sollozos del remordimiento; lastimeros gemidos y atroces maldiciones. — No bastan tus disfraces para disfrazar las miserias del hombre.

»¡Pasa! que tras el velo rosado de tu alegría, veo, — ¡visión terrible! — la humanidad con todas sus abyecciones y tristezas.»

\* \* \*

Pasa Pierrot con su blanco traje cubierto de manchas rojas. Diríase el alma blanca de una virgen manchada de rojos besos.

Pierrette, la alegre Pierrette, le sigue, y pasan entre las comparsas y mascaradas desgranando en el aire las notas de sus risas, como un trémolo que se dilata, y se dilata en armoniosas ondulaciones.

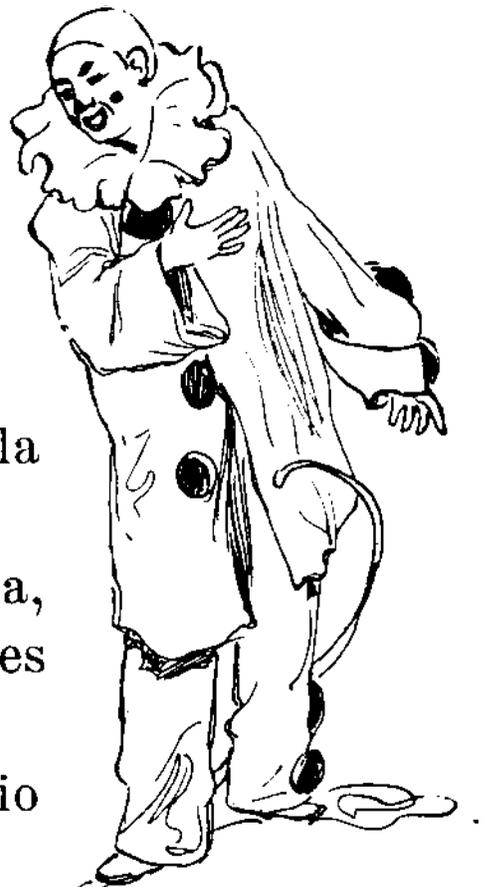
La brillante mirada de Pierrette se clava de vez en

cuando en los picarescos ojos de Pierrot, y él siente que su alma se llena de flores rojas.

Son los deseos, que florecen como rojas amapolas ante las pupilas ardientes de Pierrette. ¡Oh! Pierrette conoce el secreto de las miradas y la armonía de los besos.

Y Pierrot, que ha amado la luna, conoce la sugestión de las claridades astrales.

Cruzan radiantes entre el bullicio del *Corso*. Diríanse dos blancas tórtolas que van á buscar un nido para sus amores.



De pronto

Pierrot se detiene:

¿qué es aquello que está allí, á dos pasos tan sólo de Pierrette? —

Un muerto. ¡Ved! su rostro es más blanco que el traje de Pierrot.

Las serpentinas que alfombran el suelo están manchadas de sangre, roja como los labios de Pierrette.

Un ramo de jazmines, desviado en su curso de un carruaje á otro, ha caído sobre la frente pálida del cadáver. La flor ha dado un beso misterioso al muerto.

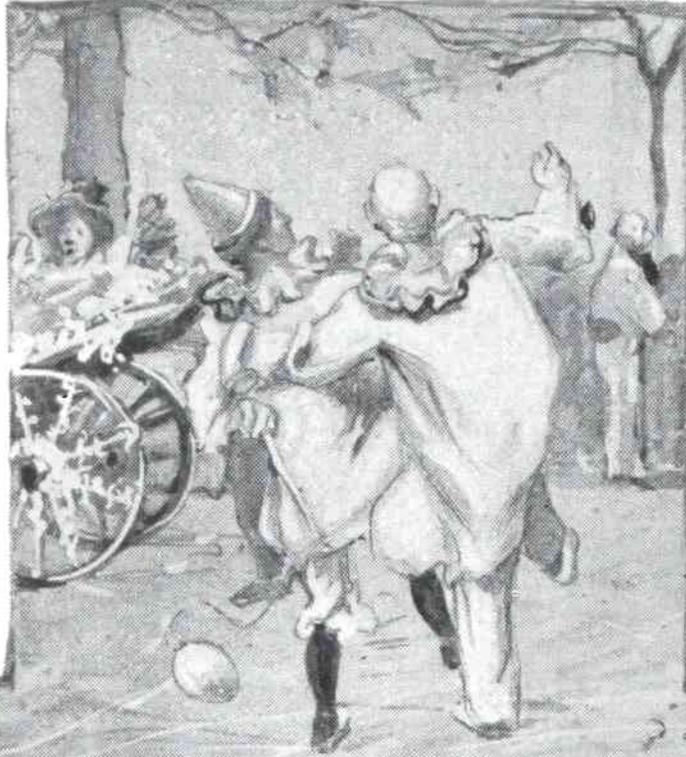
¿Un muerto? — ¡Bah! — Apenas alcanza á interrumpir por un momento ese loco desfile de la alegría, que pronto vuelve á tomar su marcha, más animado cada vez;



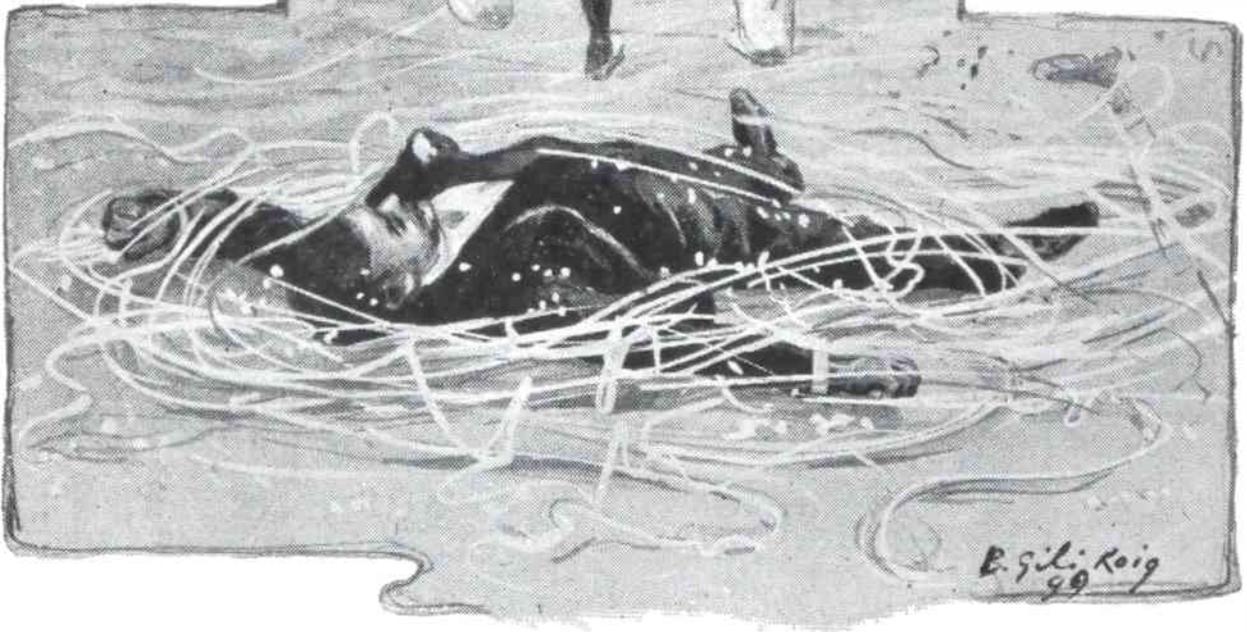
las flores atraviesan el aire, fugitivas, buscando un seno donde posarse, ó unos labios donde estampar el beso encomendado á sus pétalos; y sobre el cadáver, huésped de la eterna Noche, se amontonan las serpentinas como un flotante sudario multicolor.

¿Un cadáver? — ¡Reid! ¡Goza! Es el imperio de la Locura.

Y Pierrot



y Pierrette se alejan alegres entre las filas del *Corso*, poblando el aire con los *trémolos* de sus risas.



\* \* \*

Con tenues rumores de suspiros y besos, cruzan en todas direcciones las serpentinas, describiendo brillantes parábolas de mil colores. Parece como si un arco-iris se deshiciera poco á poco, enredando sus rayos entre los bucles de las cabecitas gentiles.

Esas alegres cintas de papel, que hieren como las flechas de Eros, y que al desarrollarse con un susurro

misterioso cuentan secretas historias de amor, forman puentes ondulantes; frágiles puentes en el espacio de dos carruajes, puentes de hierro en el abismo de dos almas.

¿Por qué Arlequín, que luce en el *Corso* sus abigarrados colores, y cuya alegría contagiaba, ya no ríe?— ¿Por qué ahora el rumor de las serpentinas, como si se agitaran muchas alas de seda, parece que le canta el salmo de los dolores?

Es que ha visto á Colombina, Colombina, que ama los versos, arrojarle una serpentina roja, tal vez teñida con todo el fuego de un beso, al poeta, que ha oído levantarse un murmullo de ritmos y armonías ante los ojos radiantes de Colombina.

Bajo la mirada de esos ojos negros y profundos, como un abismo del infinito donde naufraga un astro, siente el poeta que en las lobregueces de su alma, que era un caos, se hace como una claridad de aurora, y oye un himno inmenso, como si despertara un mundo.

Y enjambres de ilusiones se levantan, y mariposas de oro, y mariposas rosadas, y mariposas verdes tienden sus alas. Las mariposas de la Fortuna, del Amor y de la Esperanza.



Y Colombina sonríe, y pasa su sonrisa como un estremecimiento de corolas besadas por la brisa.

Y Colombina sonríe, y al entreabrirse sus labios parece que se abrieran los pétalos de una rosa para enseñar su seno lleno de jazmines.

Y Colombina sonríe al poeta, y él ve un gran astro alumbrando el mundo misterioso de su alma, y un  ngel blanco deshojando rosas, rosas y besos.

Y Arlequín siente crecer la noche, una noche poblada de tinieblas; una noche de ruinas, donde hay sollozos, y lamentos, y blasfemias. Y siente hacerse en su alma la soledad, por donde sólo pasan las aves negras del dolor.

Ve   Colombina alejarse bajo una lluvia de flores, y queda inmóvil, mordiéndose los puños, como el Maldito después de haber sido arrojado del cielo.

 Oh! tal vez él también se sentía arrojado del cielo de los amores por el Angel blanco, que en el alma del poeta deshojaba rosas, rosas y besos.

 Reid!  Gozad!... Y semejante   un arco-iris que se deshiciera poco   poco, enredando sus rayos entre los bucles de las cabecitas gentiles, cruzan las serpentinas en todas direcciones, contando con un susurro misterioso secretas historias de amor.

.....  
  Pasa, blanca emperatriz Locura; pasa, que tras el velo rosado de tu alegría, veo,  visi n terrible!... la humanidad con todas sus miserias y tristezas!

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1899.

*Dibujos de B. Gili y Roig.*

## COSAS DE NIÑAS



— ¿Tú tienes novio, Asunción?  
 — Dos hay que por mí suspiran;  
 mas, ¿qué quieres? no me inspiran  
 á mí ninguna pasión.  
 Pero tú, querida Inés,  
 tendrás muchos... se conoce.  
 — Sí, yo tengo diez ó doce,  
 pero sólo quiero á tres.

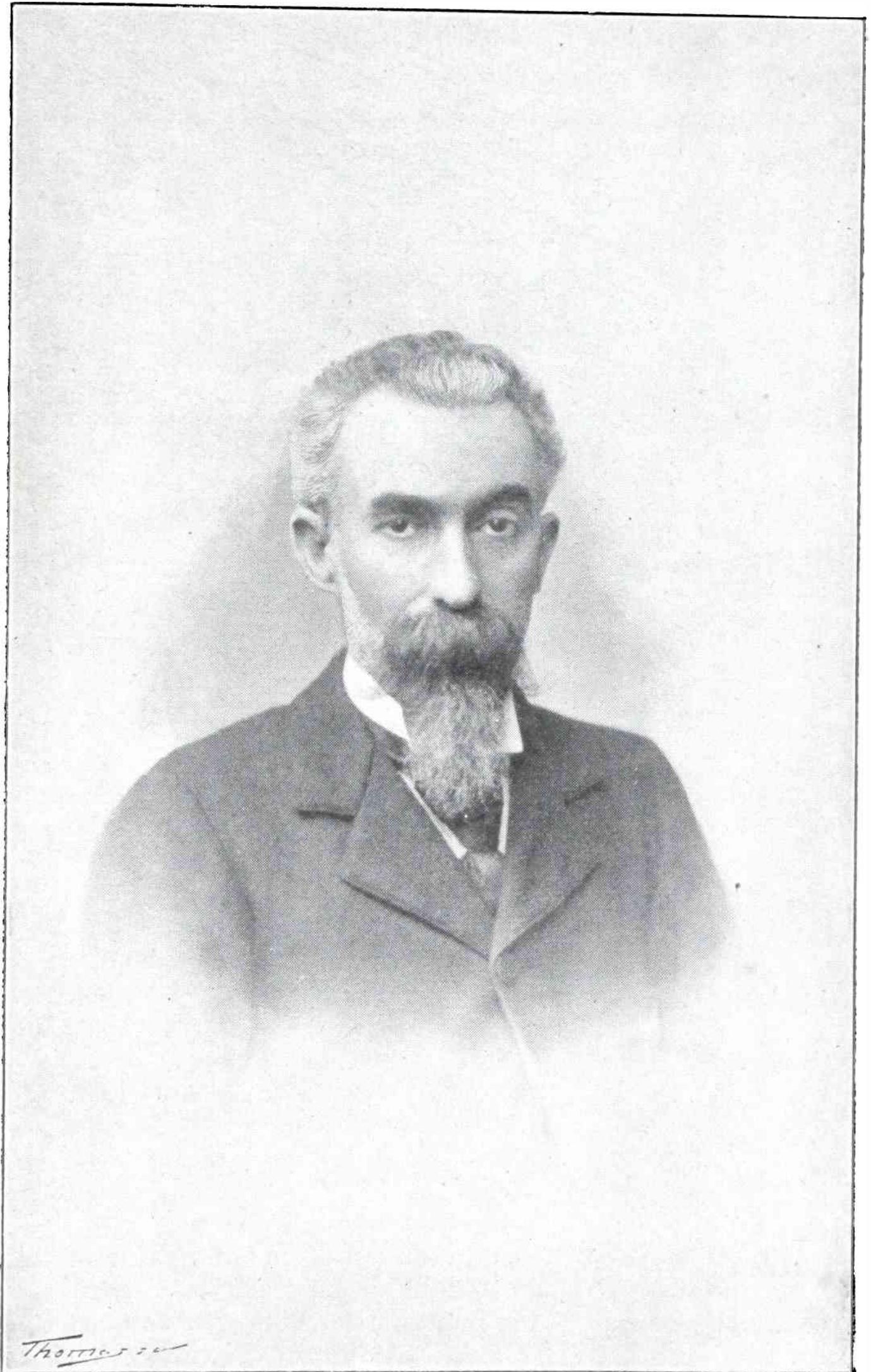
VICENTE NICOLAU &amp; ROIG.

*Dibujo de Apeles Mestres.*

## CANTAR BATURRO

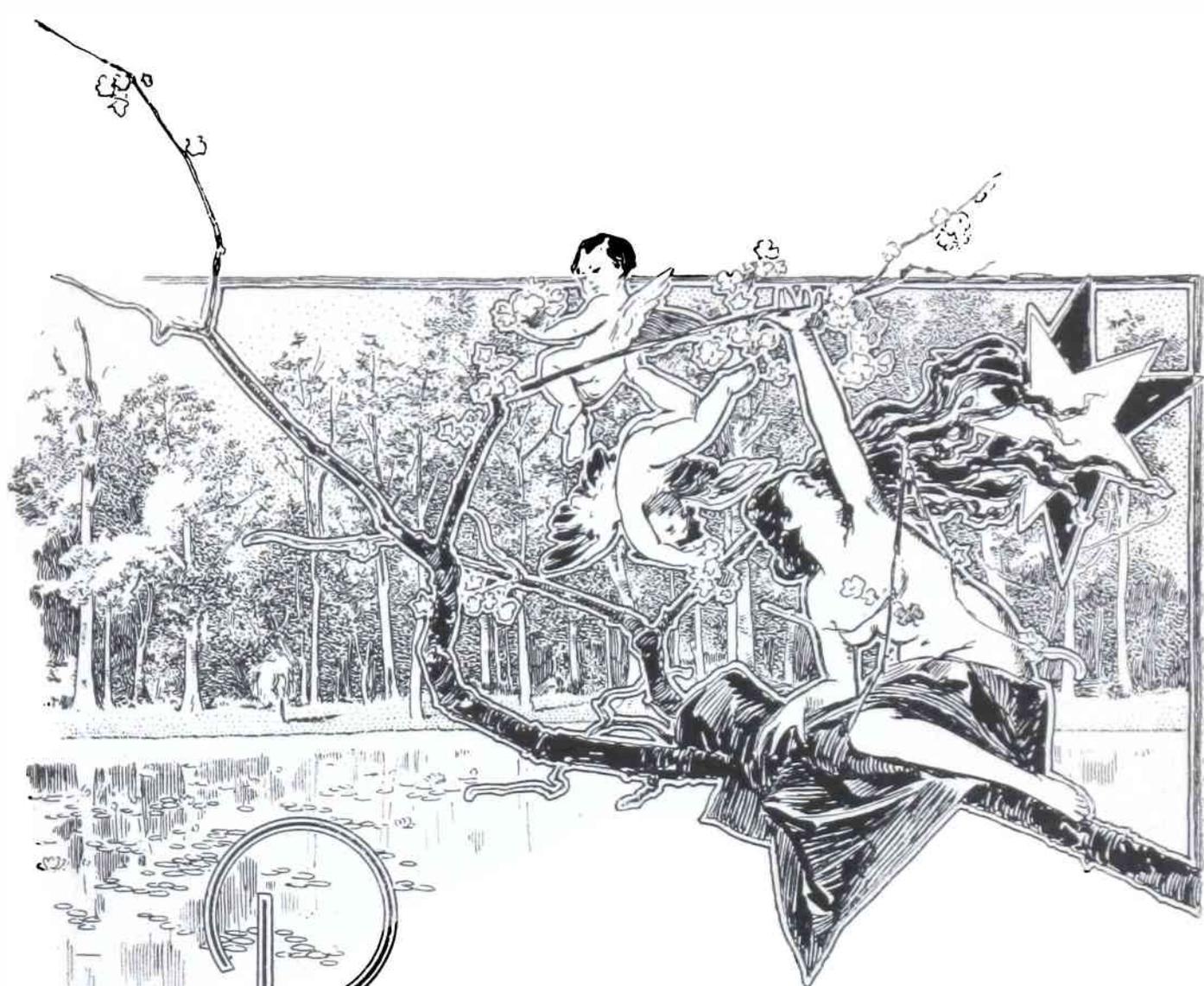
Una herradura mi burro  
 perdió en el campo antiyer;  
 como ya l' hi comprau otra,  
 el que la encuentre, pa él.

ALBERTO CASAÑAL.



Sr. D. Martín Coronado

DISTINGUIDO POETA ARGENTINO



Fernández

# PRIMAVERA

Llega la primavera  
tendiendo flores por la verde grama,  
para que pase el dios que inquieta espera  
y en el silencio de sus noches llama.

La luz inunda el cielo,  
la tierra viste sus brillantes galas,  
y el aire tibio, fatigado el vuelo,  
bajo el risueño azul pliega las alas.

Surge otra vez radiosa  
la eterna juventud de sol dorado,  
que agita el corazón y abre la rosa  
con su cálido aliento perfumado.

Levántate en mis brazos,  
visión de amor de mi insaciable anhelo,  
dulce como el mecer de los regazos  
que incitan á soñar mirando al cielo.

Hermosa prometida  
de las ternuras tímidas, levanta,  
y vamos juntos á cantar la vida  
bajo el palio triunfal que la agiganta.

Cantemos la alegría  
de las rojas y espléndidas auroras,  
con que despierta la inquietud del día  
á henchir de savia y languidez las horas;

Las sombras escondidas  
en la plácida calma de los montes;  
las verdes lomas, como el mar tendidas;  
el azul de los amplios horizontes;

Las tardes vagarosas  
besadas por el sol desvanecido,  
las noches apacibles, rumorosas,  
como roce de plumas en el nido.

Tú, que otrora encendiste  
como un rayo de sol mi pensamiento,  
y en el fondo del alma me escondiste  
el dulcísimo arrullo de tu acento;

Ven, como el bien pasado,  
á acariciar mi corazón vibrante,  
sobre la alfombra de verdor del prado,  
bajo la azul inmensidad brillante.

Ven á hundir en las ondas  
de esta luz inflamada, tu hermosura,  
y á desatar al sol las trenzas blondas,  
como un nimbo de gloria, en la llanura.

Mi corazón te espera  
con despertar de juventud dormida,  
que se enciende al pasar la primavera  
y florece en la frente encanecida;

Como la helada fuente,  
cautiva del invierno en la montaña,  
que se despeña en olas de torrente  
cuando brilla la luz y el sol la baña.

MARTÍN CORONADO.

Buenos Aires.

*Dibujo de J. Foradori.*

# El telégrafo sin hilos

(AL INSIGNE MARCONI)



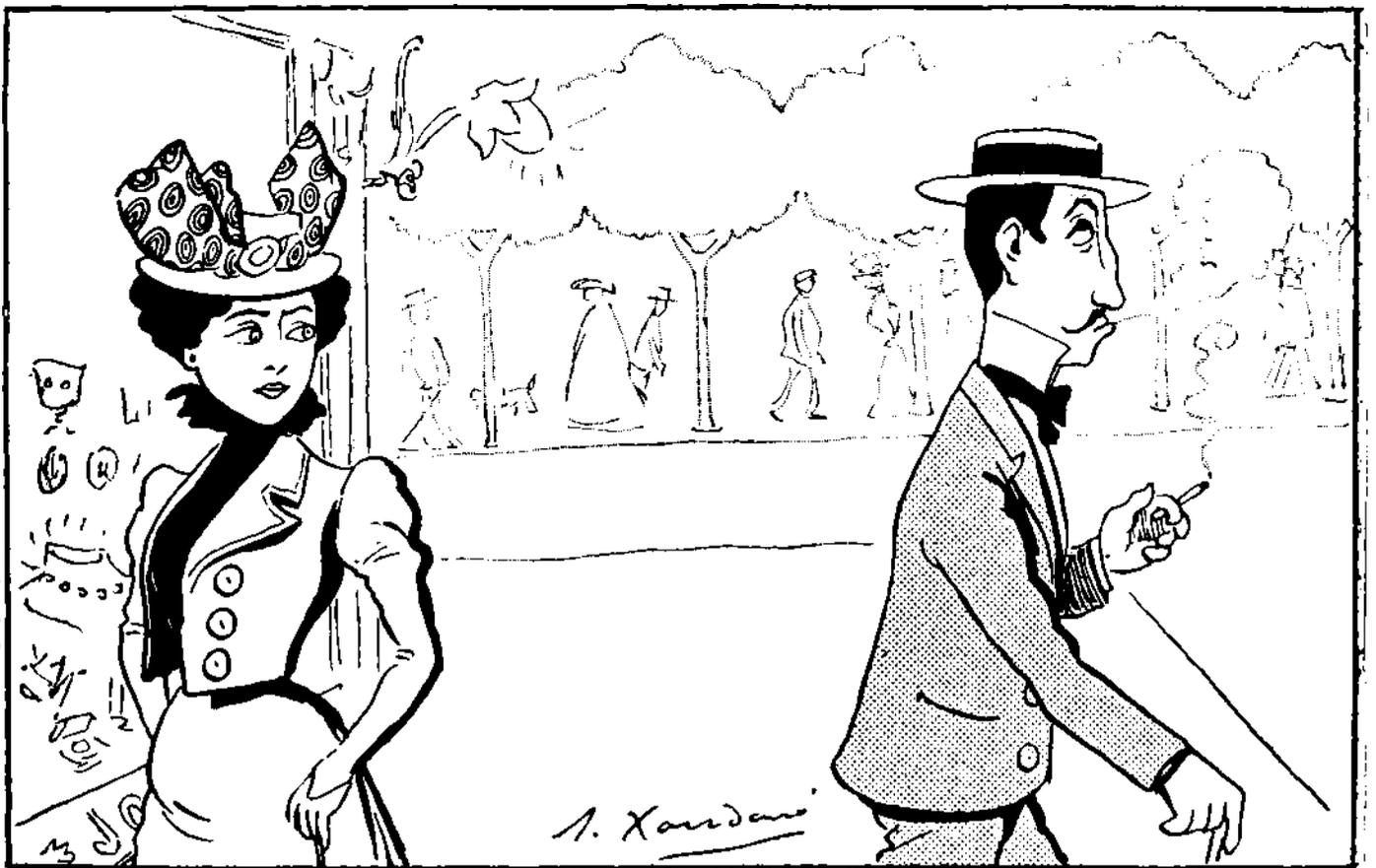
1.<sup>er</sup> telegrama. — ÉL Á ELLA. — «Es usted hermosísima.»



2.<sup>o</sup> telegrama. — ELLA Á ÉL. — «Y usted también es muy guapo.»



3.<sup>er</sup> telegrama. — ELLA Á ÉL. — «Me hace falta un collar.»



4.<sup>o</sup> telegrama. — ÉL Á ELLA. — «¡A buena parte vas!»  
 (Y se cierra la comunicación)

Dibujos de J. Xaudaró.

## La Vida <sup>(1)</sup>

Unos poetas la han maldecido con ira y con desprecio, otros poetas la han sublimado en sus cantares apasionados, el hombre de Dios y el filósofo la bendicen, el corazón la siente con júbilo, la inteligencia la fecunda con amor, la voluntad la santifica, y la conciencia la admira y la adora como el símbolo y la manifestación de lo inmortal, de lo bello, de lo eterno, de lo infinito, de lo justo, de lo santo, como vívida llama que sube en espiral hacia Dios, como motor perpetuo, como impulso continuo, como aspiración incesante, como música, como canto, como perfume, como luz y calor. El no ser, la nada, el vacío, la sombra, la mudez, el silencio, la muerte, la inacción huyen ante la vida, madre santa del dolor y de la pena, de la tristeza y del infortunio, artifices celestes que cincelan la estatua humana hasta divinizarla. La vida es ascensión, perfección. No la maldigamos, pues, porque maldecimos en ella á Dios y al cielo, porque maldecimos la existencia, la realidad, lo que es, lo que será y no dejará nunca de ser. Las martirizaciones que sufrimos son las palpitaciones y el alumbramiento de la vida. Los cardenales, el dolor y la desventura que sellan nuestro cuerpo y nuestra alma, nos llevan á la santidad, á la glorificación, nos alzan hasta Dios.

La vida es la larva eternamente renovada, que hiere y rasga su túnica, para, inmortal crisálida, perderse en el espacio y en la movilidad, continuando su carrera sin parada, pasando de tumba en tumba su eterna metemp-

(1) Página escrita en el álbum de la Srta. Maria Eugenia Vila, pocos días antes de morir el autor.

sícosis, apurando, viajero eterno, ideales tras ideales que se renuevan y se cambian sin término. No maldigamos, pues, la vida, arrodillémonos ante Dios para darle las gracias de este don divino que nos saca de la noche del no ser, nos anima dándonos una personalidad indestructible y consciente, que forja al héroe sobre la palestra del dolor. Este canto á la vida debe ser nuestro rezo perpetuo, para enaltecernos y fortificarnos. Enseñemos esta oración á nuestros hijos y pongámosla en los labios de la virgen que concibe, como los griegos ponían la belleza ante sus ojos. Así tendremos generaciones fuertes, viriles, que vayan al combate cantando himnos de amor y de esperanza, y no generaciones inertes, pasivas, frías entre el calor, ciegas ante la luz, muertas y enterrándose en el no ser como en un pantano sin fondo.

FEDERICO TOBAL.

Buenos Aires, 1898.

## La tentación

¡Tremenda lucha! Con potentes brazos  
al bello Arcángel combatí, maldito;  
y sofoqué de la pasión el grito,  
y quebranté sus diamantinos lazos.

Cual la mole de inmensos Chimborazos  
me aplastaba el coloso del delito...  
¡Mas, al cabo, con ímpetu inaudito  
al firmamento le arrojé en pedazos!

Vanamente esa olímpica hermosura  
me prometía en su fatal mirada  
universos de incógnita ventura...

¡Triunfé!... Y en mi alma, que sin fuerzas gime,  
siento, como entre sombras la alborada,  
un doloroso júbilo sublime.

NUMA P. LLONA.

Lima, 1899.



INDIA ARAUCANA

# Melancolía

(EN EL CUMPLEAÑOS DE MI HIJA BERTA)

## I

Hoy es día de fiesta; engalanado  
está mi hogar donde el amor reposa;  
lucen aquí los cortinajes rojos,  
se agitan por allá las banderolas.

De verde pino resinosos ramos  
el corredor y los pilares ornan;  
aquí chinescos farolillos cuelgan,  
allá guirnaldas de fragantes rosas.  
Risueño está mi hogar, fresco el ambiente,  
y bella como nunca está la aurora.  
¡Ay! ¡mas también mi alma como nunca  
se encuentra pensativa y melancólica!

## II

Ya empiezan á llegar los amiguitos  
en confuso tropel y alegre ronda,  
con los presentes en sus tiernas manos  
y las sonrisas en sus dulces bocas.

El uno prendas de vestir conduce  
y el otro frascos de exquisito aroma;  
éste los cucuruchos de confites,  
aquél muñecas de guedejas blondas.  
En haces de fulgor deslumbradores  
á las pupilas el contento asoma;  
¡sólo las mías humedece el llanto!  
¡sólo mi alma se encuentra melancólica!

## III

La *piñata* empezó. Brillan las luces,  
los cohetes chinos con su estruendo asordan  
y al par estallan por el aire vago  
de la *marimba* las alegres notas.

En festivo tropel saltan y chillan  
 las turbas de los niños bulliciosas,  
 como al nacer la luz vuelan y cantan  
 las avcillas en las verdes frondas.  
 Todo placer y animación respira:  
 música, flores, resplandor y aromas...  
 sólo en mis labios la sonrisa muere,  
 sólo mi alma se encuentra melancólica!

## IV

Mi dulce niña, la de negros ojos,  
 pálido cutis y guedejas blondas,  
 al verme pensativo y silencioso  
 se aleja de la turba encantadora.  
 Mi cuello estrecha con sus tiernos brazos,  
 fija en mis ojos su mirada ansiosa  
 y me pregunta con melífluas voces  
 que parecen arrullos de paloma:  
 —Papá: si hoy es de mi natal el día,  
 si todos hoy satisfacción rebosan,  
 ¿por qué tus ojos las tristezas nublan,  
 por qué suspiros de tu pecho brotan?

## V

—¡Hija del corazón, luz de mis ojos!  
 ven á mis brazos y á papá perdona  
 si interrumpe la fiesta de tus días  
 con dolientes y fúnebres memorias.  
 Algo en el corro de los niños falta  
 y algún vacío en derredor se nota;  
 es que tus hermanitos se ausentaron  
 y no vendrán á acariciarte ahora.  
 Lejos, muy lejos del hogar se fueron,  
 les llamo y nunca ni jamás retornan...  
 por eso tengo entristecida el alma,  
 por eso el llanto de mis ojos brota.

## VI

La tierna niña me estrechó en sus brazos,  
 clavó en mis ojos su mirada ansiosa  
 y así me dijo con melífluas voces  
 que parecen arrullos de paloma:

—No te aflijas, papá. Mamá me cuenta  
que mis hermanos en el cielo moran,  
donde juegan con ángeles risueños  
y de venturas inefables gozan.  
No estés triste, papá. Mamá asegura  
que desde las estrellas luminosas,  
cada noche nos ven y á veces bajan  
en los rayos de luz hasta nosotras.

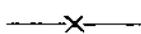
VII

Tomé á la niña, la estreché en mis brazos,  
besé sus labios de color de rosa  
y fué después á continuar sus juegos  
con la turba infantil y atronadora.

Pensando sin querer en sus palabras  
levanté mis pupilas melancólicas,  
y ví que en el espacio las estrellas  
resplandecían como nunca hermosas.  
No sé lo que pasó; pero en mi frente  
al recibir su luz titiladora,  
¡sentí rumores de impalpables alas  
y dulces besos de invisibles bocas!

Guatemala, 1899.

AGUSTÍN MENCOS.



EPIGRAMA

—Ahí va, señor poeta,  
la *virgen de tus amores...*

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser! Dolores.

—No me hables de esa coqueta.

—Yo sé que sin esquivaces,  
pues por tí en amor se abrasa,  
te ha recibido en su casa  
á solas, cinco ó seis veces.

—Eso no es cierto.

—¡Pardiez!

¡me consta!

—Te han engañado;  
con la tal virgen no he estado,  
á solas, más que una vez.

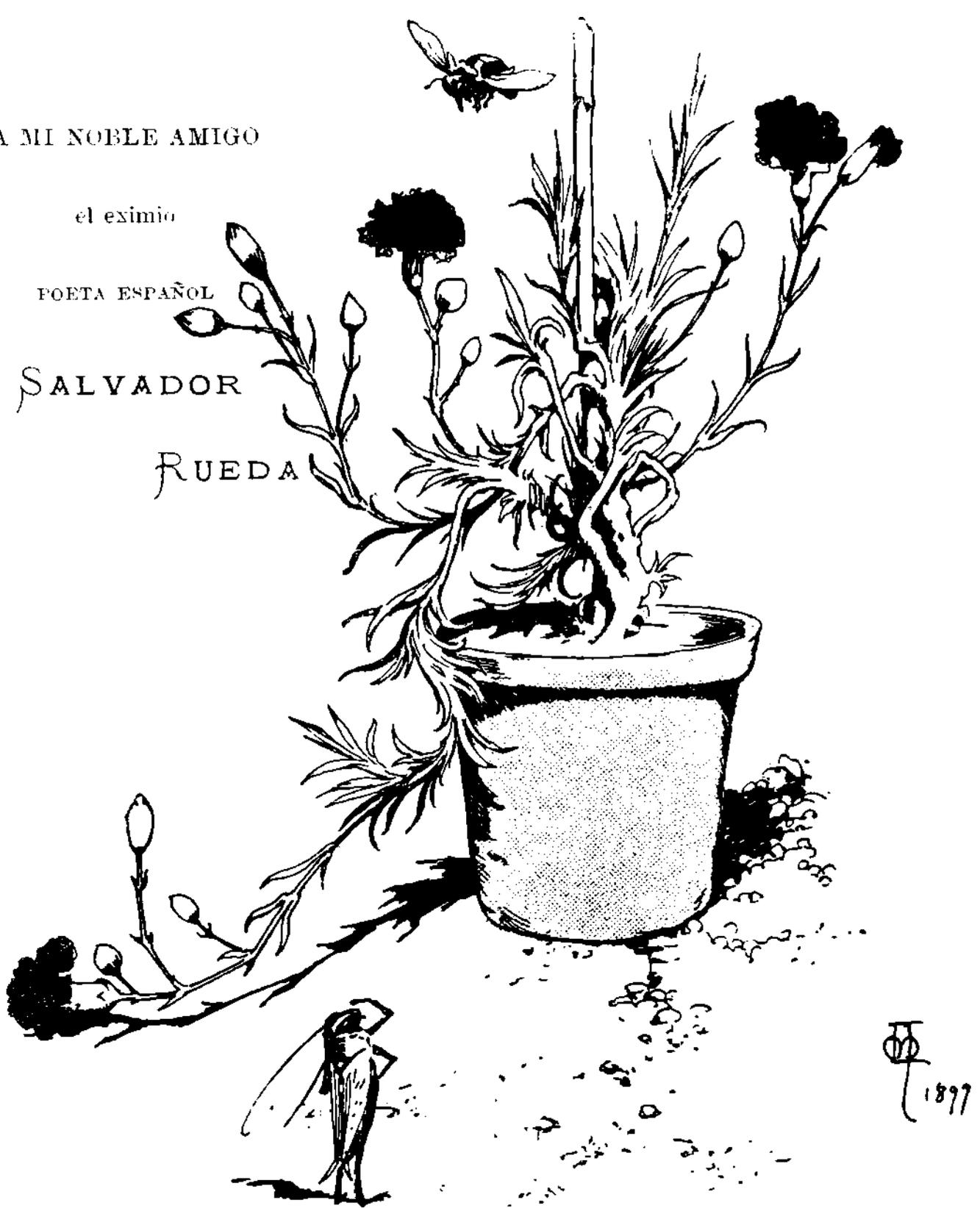
A MI NOBLE AMIGO

el eximio

POETA ESPAÑOL

P. SALVADOR

RUEDA



## El arroyuelo de las hadas

— ¿Qué demonches hace usted debajo de ese tiesto de claveles? — dijo un moscardón á un grillo, á quien acababa de descubrir en una de sus innumerables excursiones por la huerta.

— Pues nada, — contestó el ortóptero, — iba á echar una siestecita.

— ¿Con esta tarde tan hermosa piensa usted en dormir? ¡vaya una idea peregrina!

— Es que he cantado toda la noche y estoy rendido.

— ¿Y á quién dió usted la serenata?

— A una mariposa de alas verdes, recamadas de oro, á quien ví ayer revolar, entre rayos de sol, en la cercana arboleda... y que no me mira con malos ojos.

— Señor grillo, se me figura que la tal mariposa es... *grilla*.



— ¡No crea usted!

— ¿Pues sabe usted lo que yo digo? que si fuese cierto, esa señorita mariposa merecería estar... con *grillos*.

— ¡Señor moscardón! me parece que no le vendría á usted del todo mal un poco de buena crianza.

— ¿Se ha resentido su alteza?

— ¡Bueno!... ¡expresiones en casa!

— ¡No! ¡si no me voy! Quiero cantarle á usted las verdades del barquero...

— ¡Dios me dé paciencia!

— ¡Mire usted que pasarse las noches importunando á todo el mundo con su agrio chirrido! los pájaros están que trinan: dicen que no les deja usted dormir.

— No debe ser tan desagradable mi canto, cuando hasta las estrellas bajan del cielo para oirme.

— ¿Las estrellas? ¿ha visto usted las estrellas? ¡vaya! algún escarabajo que le habrá dado á usted un piso-tón, y...

— No son ilusiones; las he visto aproximarse á mí, rayando de oro la negrura de la noche...

— Entonces las ha confundido usted con las luciérnagas aladas...

— No se trata de luciérnagas, señor moscardón, sino de estrellas reales... Pero, ¿me quiere usted hacer el favor de dejar de zumbarme en los oídos y de dejarme dormir la siesta?

— No le suelto á usted hasta que no aparezcan las estrellas; de todos modos, nada tengo que hacer.

— Pues me da usted una noticia muy agradable.

— ¿Y vienen aquí todas?

— Todas... no.

— ¡Hola! ¿y las demás?

— Las demás han sido contratadas por las hadas del valle de las rosas...

— ¿Para qué?

— Para bordar con hebras de luz de estrella un arroyuelo que como ancha cinta de seda azul atraviesa el valle...

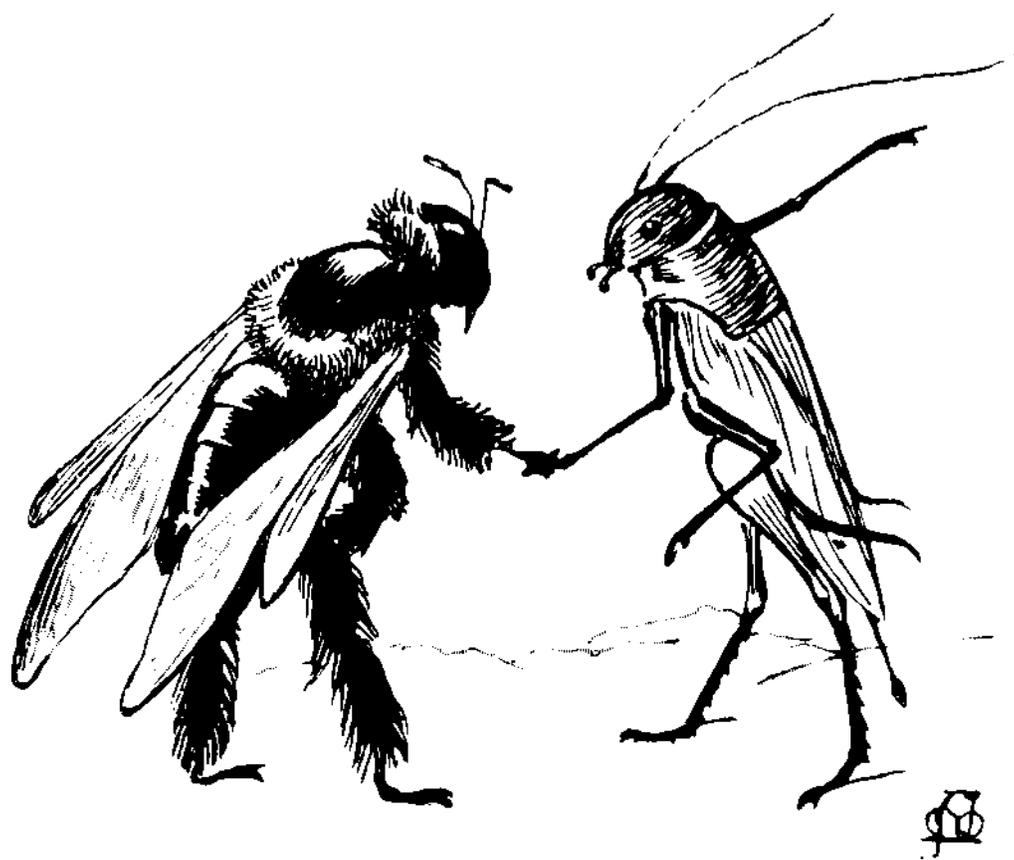
— ¡Qué me cuenta usted!

— ¡Viera usted qué prodigio! Verdad que andan en ello manos de hada; no sólo bordan el arroyuelo con hebras de luz de estrella, sino con hebras de luz de sol...

— ¿Y para qué?

— Parece que se casa una de las hadas con un prín-

cipe negro de la Nubia y quieren que entre los adornos del valle figure esa maravilla. ¡Oh! ¡vaya! será una fiesta muy lucida y muy bella, señor moscardón. Acudirá todo el mundo alado; las mariposas están preparando ya sus trajes de raso más brillantes... Esta mañana, un mirlo amigo mío, muy madrugador, vió flotar en el azul del cielo algo que le pareció una nubecilla blanca, pero que resultó ser el velo de novia que ha traído de Oriente el Céfito...



— Pues iremos á la fiesta.

— Dudo mucho que le admitan á usted.

— ¿No pertenezco al mundo alado?

— Se trata del mundo elegante, y usted es muy tosco... y muy feo; las mariposas se desmayarían al ver su facha.

— Pues me quedaré con el sentimiento de no poder admirar ese arroyuelo famoso...

— Se me ocurre una idea... vaya usted ahora.

— ¿Queda muy lejos de aquí?

— A tres leguas escasas... no tiene usted más que seguir ese camino hondo que se divisa desde las tapias de

la huerta, y el olor de las rosas le indicará dónde está el valle... si no entiende usted de geografía.

— Bueno, pues hasta la vuelta, señor grillo.

— Buen viaje, señor moscardón.

— Voy á ver esa maravilla.

— Y yo á dormir la siesta.

Empezaba á estrellarse el cielo, cuando apareció de nuevo el moscardón ante el tiesto de claveles.

— Señor grillo, — dijo echando chispas; — me ha engañado usted miserablemente; he estado en el valle de las rosas...

— ¿Y no ha visto usted el arroyuelo?

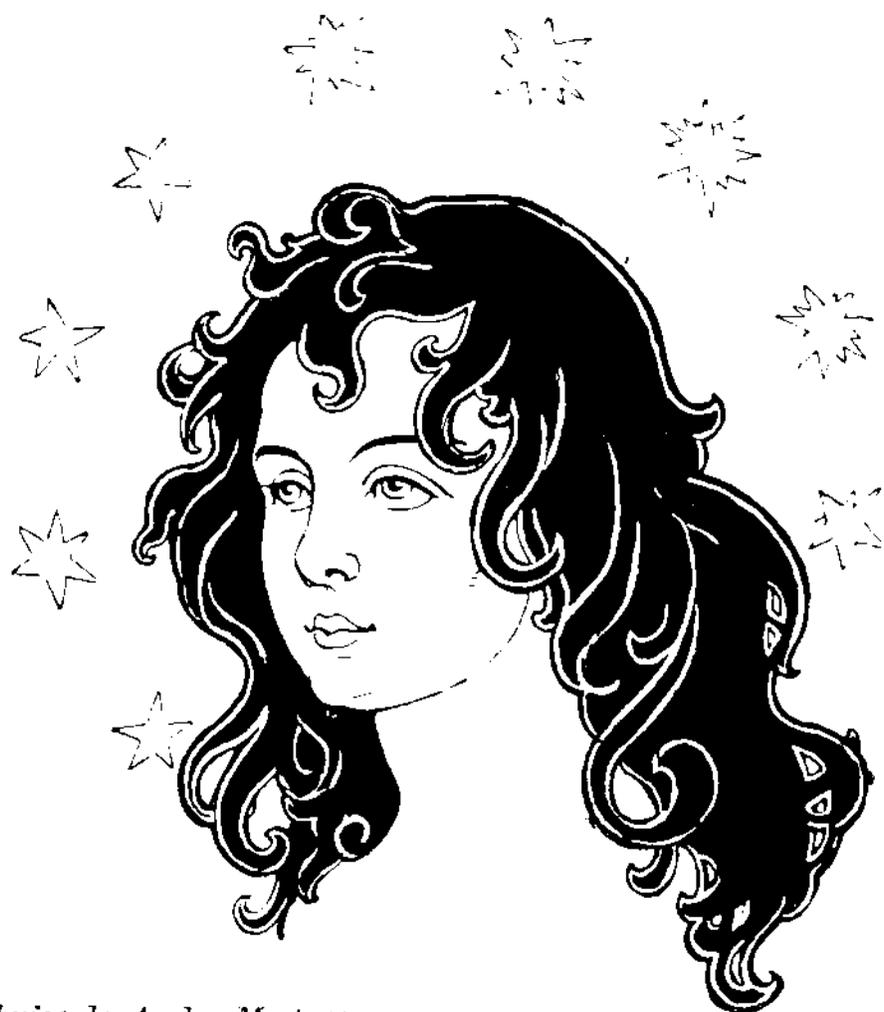
— Sí, pero es como todos los demás.

— ¡Qué escucho! ¿no está bordado, señor moscardón?

— No tal.

— Entonces ya sé lo que ha sucedido; como ha llovido torrencialmente esta mañana... se ha *desbordado*.

CASIMIRO PRIETO.



*Dibujos de Apeles Mestres.*

POETAS AMERICANOS



Sr. D. Justo A. Facio

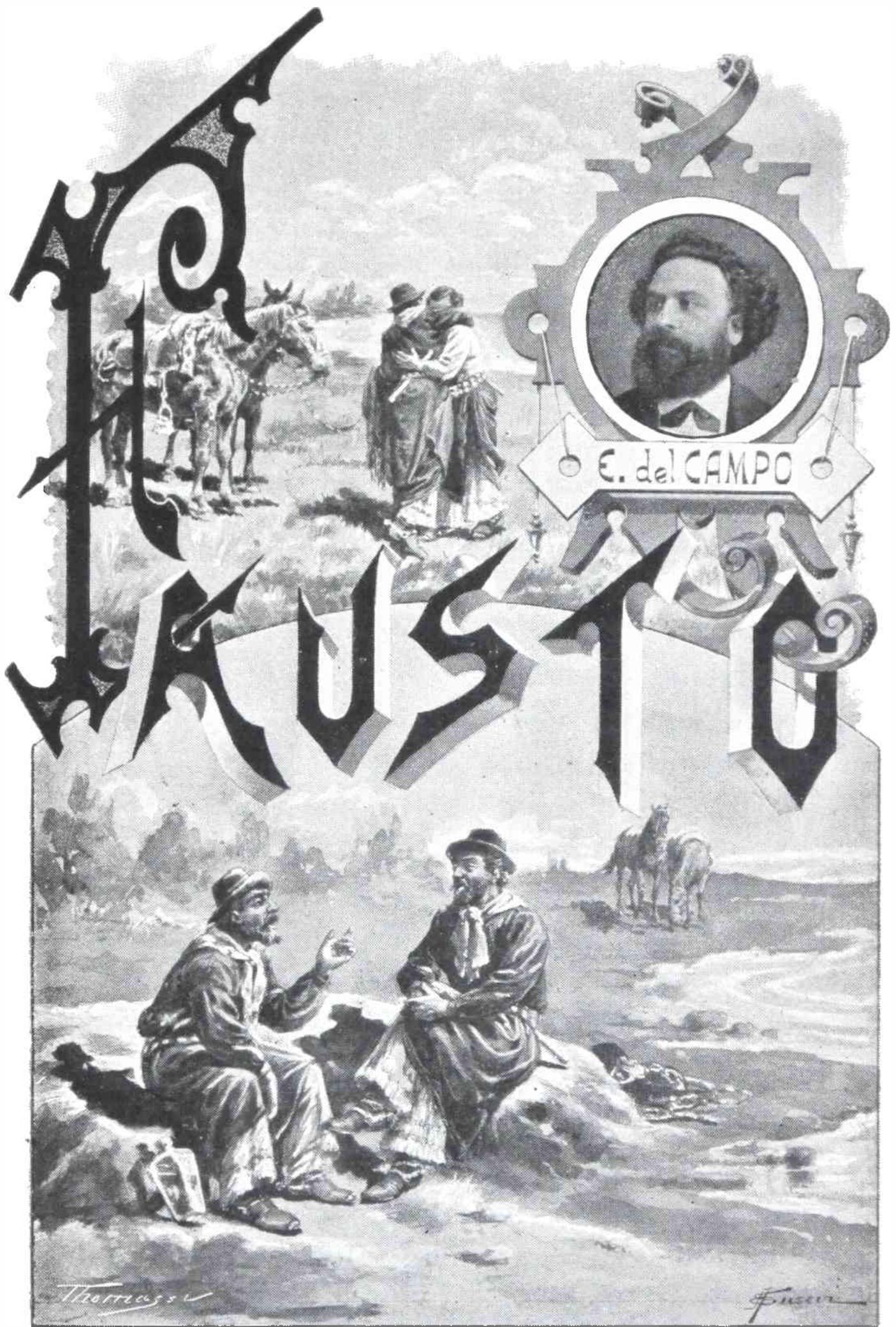
INSPIRADO POETA COSTARICENSE

## Fragmento de un poema

---

Cuanto Natura crea  
nuestro mirar abarca:  
en su perpetuo viaje,  
el sol es un monarca,  
que, al fin, como de Oriente,  
usa púrpura y oro en el ropaje;  
mira cómo allá lejos se desliza  
soberbio, lentamente,  
en el plaustro encendido que llamea;  
las filigranas blondas  
de sus ricos destellos  
el viento suave de la tarde riza,  
como crespas madejas de cabellos,  
sobre el azul inquieto de las ondas;  
allá bosques de olivos encantados,  
dispuestos en hileras  
semejantes á franjas,  
para refugio de algún dios plantados,  
de sus verduras el encaje extienden  
por el suave talud de las laderas;  
acá rubias naranjas  
como doradas pomos,  
en racimos espesos,  
de mil airosos arbolillos penden,  
en tanto que se inclina  
la carga rubicunda,  
el ramaje doblando con sus pesos;  
la atmósfera de gasa cristalina  
que nos vela y circunda,  
juntamente con hálito de aromas  
tiene tibieza y suavidad de besos;  
¿sabes qué son las cándidas viajeras  
que de allá vienen, del verjel sagrado?  
pues bien, esas palomas  
son raudas mensajeras  
de algún hermoso dios enamorado!

JUSTO A. FACIO



He aquí que la buena Madama de Staël se presenta y me dice: «Sólo lo original vive al través de las edades.» Y he aquí que yo mismo me digo: un gran poeta

es un artista que, experimentando la sensación de lo real y de lo ideal, vistos al través de su temperamento, orla de fantásticos chapiteles la columnata de un viejo monumento; ó presenta la expresión de la naturaleza dentro del molde olímpico de la palabra creadoramente sugestiva.

Y Estanislao del Campo fué así.

Sobre el poema más revolucionario que se haya escrito en el siglo XIX, aquel poema que ha generado indirectamente las melancolías de Heine, los esplendores de Hugo y las magnificencias de Leopardi; en un inmenso escenario perfilado hacia el Poniente por el borde de la pampa que se arquea, como un labio de mujer; frente al mar, por donde cruzan los navíos, como caballos locamente desbocados por la pista centelleante de las ondas; bajo un cielo que es un gran cáliz azul, sosteniendo la deslumbrante patena del Sol; con personajes de espíritus ingenuos y de lenguaje sencillamente pintoresco, el poeta ha creado una obra tan original, tan propia, que uno le ve destacarse en el libro, como al Caballero de las Flores, haciendo vibrar su lira de notas únicas, en marcha hacia las regiones sonrientes del Ensueño.

Margarita pendiendo una constelación sobre su cuello; Fausto entonando su cavatina al pie del balcón donde florecen los blancos claveles de la virginidad; Mefistófeles agitando sus largas alas rojas en el ambiente que llamea; las palabras que llegan suavemente al oído como la melancólica vibración de un élictro ignoto presagiando las dulces epopeyas del amor, y el acento prepotente del espíritu que estalla en la explosión de un sollozo, todo esto se ve y se oye en el poema, mientras los cardos agitan señorialmente sus pompones

y las azucenas salvajes se estremecen sobre sus tallos, como el verso en el alma de una estrofa.

Y entre las rubias trenzas de Margarita, se perfila por un momento la obscura crencha de la china infiel, pendiente, como un moño de terciopelo, de la cola del overo, y cuando la cabeza de la heroína se inclina para dormir bajo la rutilante bóveda de sus guedejas, la palabra del gaucho adquiere todo el colorido suavemente pálido de las tristes pasionarias.

En ese poema se ha refundido la esencia de la vieja poesía alemana con el espíritu soberano é indómito de la Musa Americana. Es un monumento sobre una cumbre, un águila sobre una estrella!

GOYCOECHÉA MENÉNDEZ.

Buenos Aires, Junio de 1899.

*Dibujo de A. Eusevi.*

—\*—

## ¡Veremos!

Anoche en el salón, oí que tus labios  
 «Veremos,» me dijeron.  
 Sentí en el corazón fuego de gloria,  
 mis fibras de placer se estremecieron.  
 Miré tus ojos, que derraman siempre  
 tan dulce mansedumbre,  
 y ellos bañaron mi alma, que te adora,  
 con los tibios fulgores de su lumbré.  
 «Veremos» — ¿qué veremos, alma mía?  
 ¿Qué dijo esa mirada?  
 ¡Oh! no entreabras la puerta de ese cielo,  
 no me muestres la luz de esa alborada.  
 No hagas brotar la luz de esa esperanza  
 para destruirla luego,  
 no animes más la llama en que me abraso,  
 si no has de arder conmigo en ese fuego.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

Buenos Aires.

## La Victoria

### I

Deshechos los batallones,  
la tropa aterrada huía  
y detrás de ella se oía  
el tronar de los cañones.

El lugar de la batalla,  
ante el terrible concierto,  
iba quedando desierto  
barrido por la metralla.

Cubierto de un rojo velo  
el sol veía la guerra,  
cual si el fuego de la tierra  
hubiera incendiado el cielo.

Lleno el pecho de congoja  
el vencido se alejaba  
y su huída delataba  
un rastro de sangre roja.

Tras una humana trinchera  
ya cansada y sin aliento,  
estaba del regimiento  
la destrozada bandera.

Resistieron los soldados  
el tremendo fuego un poco  
y llenos de terror loco  
escaparon derrotados.

De su deshonra testigo  
prueba perenne quedó,  
pues la bandera cayó  
en poder del enemigo.

### II

Pasó un día y otro día.  
La guerra no terminaba;  
acción tras acción se daba  
y la atroz lucha seguía.

Cierto día, á la carrera  
iban huyendo en tropel  
los hombres del grupo aquel  
que abandonó su bandera.

Viéndose de fuerzas falto  
y exánime, el oficial

que custodiaba otra igual  
gritó á sus soldados: — ¡Alto!

Será inútil el correr,  
pues pronto estarán aquí.  
¡Alto, muchachos! Y así  
pensaremos en comer.

Descargóse de su peso  
y los víveres buscó,  
y buscando mucho halló,  
bien pequeña cosa, un queso.

Y cuando iban al abrigo  
de un tronco añoso á cenar,  
vieron ante sí brillar  
las armas del enemigo.

Como serpiente que fiera  
se enroscase ante el león,  
se colocó el pelotón  
ante el queso y la bandera.

Llenos de un ansia rabiosa  
de terminar, los soldados  
lucharon desesperados  
de una manera espantosa.

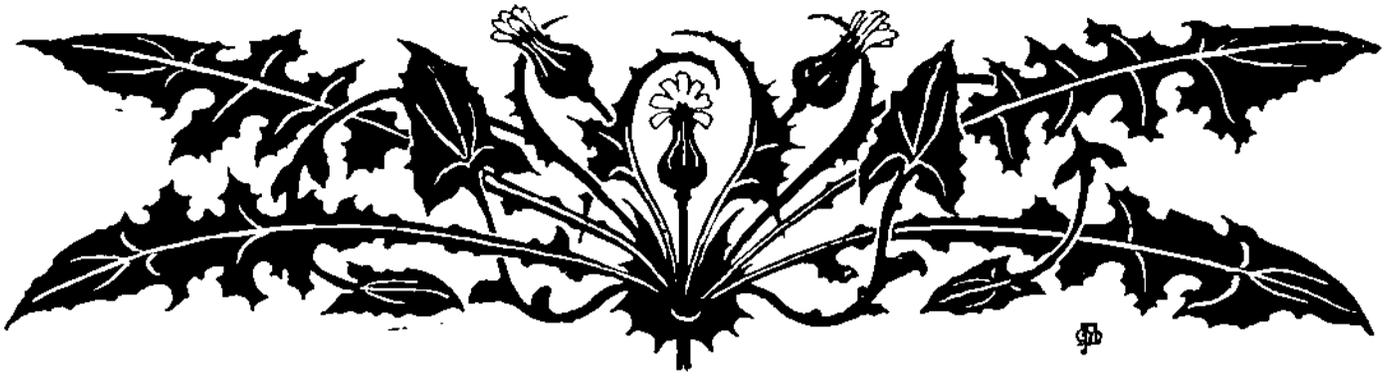
¡Cómo exponían su vida  
y peleaban sin ceder!  
¡Aquello era defender  
el honor... y la comida!

Lucharon valientemente,  
al enemigo vencieron  
y á lo último se comieron  
el queso tranquilamente.

### III

Por fin la guerra acabó,  
y según cuenta la historia,  
la más completa victoria  
de estos últimos quedó.

Y es la versión oficial  
que á su valor fué debida  
y gracias á la entendida  
dirección del general,  
el que, como conociera  
todo el valor de su gente,  
¡hizo colocar, prudente,  
un queso en cada bandera!



## En el Album de Emelina Ortiz

¡Brisa!... empuja su esquife á las riberas  
de las flores, los sueños y el olvido,  
donde arrullan las ondas plañideras  
con su blando y monótono gemido.

¡Ola!... quiebra tus flecos en la bruma  
para que el astro del amor la guíe;  
y cíñela con tu cendal, espuma,  
donde la fresca Náyade sonríe!

LEOPOLDO DÍAZ.



*Dibujos de Apeles Mestres.*



## El pecado de muchas

(CUENTO DE HADAS)

A mi señora tía política  
DOÑA HONORIA ALVAREZ DE GUTIÉRREZ

I

Las hadas pidieron al sol un puñado de sus rayos de oro.

Luego, á una nube blanca que casi se perdía de vista en el azul del espacio, dos luceros... los más hermosos y claros que hubiese allá arriba.

En seguida arrancaron de la rosa más fresca y pura del pensil dos pétalos satinados y olorosos...

Y una mañana de primavera, llena de claridades de cielo y de trinos de aves, aquellos rayos de oro fueron convertidos por las hadas en cabellos, y aquellos luceros en ojos, y aquellos pétalos de rosa en labios...

Porque aquella mañana nació Mat, en la humilde



choza que se levanta á la entrada del bosque de seculares encinas, donde habitan las hadas.

No era por cierto de oro la cuna de la niña, pero hay una cuna más bella que las de oro: los brazos del amor.

Y el amor fué el que meció la infancia de Mat.

## II

— Nos hemos olvidado de lo mejor, — dijo un día una de las hadas, con aire consternado.

— ¿De qué? — preguntó la más curiosa.

— De los dientes.

— Yo me encargo de eso, — exclamó la más bella.

Y dirigiéndose á una fuente que no lejos de la choza destrenzaba sus aguas, las cuales corrían juguetonas arrojando á las flores de sus orillas collares de espumas, le dijo con voz aflautada:

— Señora fuente, tengo que pedirle á usted un favor.

— Usted dirá, — murmuró la fuente.

— Pues es el caso que necesito un puñado de perlas.

— Ahí las tiene usted á granel... perlas y diamantes.

— ¿Dónde?

— En los pétalos de las flores... ¡hay rosa que parece una joyería!

— No, — dijo el hada, haciendo un gracioso mohín con los labios; — no son esas las perlas que busco.

— No las hay más puras ni más brillantes.

— Pero se evaporan y yo necesito engarzarlas en los corales de una boca...

— ¿De Mat?

— ¿Cómo sabe usted?

— Me lo ha contado una golondrina que tiene su nido en la choza de la niña.

— Pues bien, señora fuente, es cierto; son para la boca de Mat.

— ¿Y de dónde quiere usted que saque yo esas perlas?

— ¿No va usted al mar? puede enviármelas con una náyade.

— ¡Voy al mar... á morir! conque siento no poder hacer á usted el favor que me pide... y adiós; tengo mucha prisa.

La más bella de las hadas quedó desconsolada y volvió llorando al lado de sus compañeras.

— ¿Y los dientes? — le preguntaron.

— ¡Ay! — suspiró el hada; — se han frustrado mis esperanzas; he pedido á la fuente perlas del mar... y la fuente no puede enviármelas, porque va al mar á morir.

— ¡Pobre! — exclamó la más compasiva de las hadas.

— ¡Bah! cese tu llanto, — dijo la más poderosa á la más bella. — ¡Ya tenemos perlas!

— ¿Dónde están?

— En tus pestañas de oro.

Y tocando suavemente con la varita de virtudes los rosados párpados de la más bella de las hadas, trocáronse las lágrimas de ésta en deslumbradoras perlas.

### III

— Mi hija es hermosa como un sol y se casará con un príncipe de sangre azul, — decía la madre de Mat á una de las hadas, que había tomado la figura de una vieja comadre de aquélla.

— ¿No sería mejor que se casara con ese zagal que bebe los vientos por ella? — replicaba el hada con mal disimulado enojo.

— Mat no le quiere.

— Porque tú le has enseñado á ser orgullosa; has vendido tus bueyes y tus vacas para satisfacer todos sus caprichos, para que luzca en la aldea entre gentes que no son de su clase, y te pesará, Eduvigis.

— ¿Tenía que marchitarse aquí en su choza?

— Las rosas se marchitan más pronto en los búcaros que en los rosales.

— Esta pobreza espanta y yo no quiero que la hija de mi alma sufra... Cualquier sacrificio haré para que pue-

da brillar entre las señoritas ricas... ¿no es más hermosa que ellas? En la obscuridad, ¿cómo va á lucir?

— En la obscuridad, ¿no lucen mejor los astros?

— Tú deliras, Marta.

— Te engañas, Eduvigis.

— Esta choza le desconsuela, y yo, por ahorrarle una



lágrima, daría mi alma al diablo. ¡Si vieses qué contenta va á la aldea con su corpiño azul, su collar de rojos corales y sus pequeños diamantes en las orejas, que se mejen gotas de rocío en pétalos de rosa!... Todas las mañanas de primavera se aparece allí con los primeros rayos del sol y las primeras mariposas...

— ¿Y vuelve á la choza con la misma alegría?

— No se baja del cielo á la tierra con los ojos enjutos.

— Dices bien: todos los niños, al nacer, lloran...

— Y la aldea es el cielo para Mat; allí se ve con el príncipe de sangre azul que ha jurado casarse con ella.

— ¿Cuándo?

— Cuando florezcan los azahares...

— ¿Y por qué no se ven en esta choza?

— ¿Estás loca, Marta? ¡traer aquí á un príncipe de sangre azul que vive rodeado de esplendores! Tiempo queda para que conozca el humilde origen de Mat. No hay que asustarle.

— ¿No es la hermosura de sol de Mat lo que ha deslumbrado al príncipe? pues, noble ó plebeya, rica ó pobre, se casará con tu hija.

— Cuando el sol aparece cubierto de harapos de nubes, deja de deslumbrar.

El hada suspiró, se separó de la vieja Eduvigis, y voló, transformada en golondrina, á dar la noticia á sus compañeras.

#### IV

Florecieron los azahares en los limoneros, cuyas ramas parecían nevadas, y el hada volvió á la choza de Mat.

Eduvigis estaba sola, sentada junto á una vieja mesa de roble, con la cabeza apoyada en la mano y el codo en el borde de aquélla.

— ¿Y Mat? — preguntó el hada; — ¿se casó con el príncipe de sangre azul?

— Se casó, — contestó Eduvigis con ronco acento.

— ¿Y no te lleva consigo?

— No.

— ¡Cómo! ¿te deja aquí abandonada?

Eduvigis levantó lentamente la cabeza y murmuró entre sollozos:

— Mat se ha avergonzado de mí y me ha despreciado.

— No me extraña, — exclamó el hada con amargura; — le enseñaste á ser orgullosa y hoy sufres el castigo de

tu falta. No culpes á nadie más que á tí de la ingratitude de Mat, y llora, arrepentida, tu pecado... que es el pecado de muchas.

CASIMIRO PRIETO.



*Dibujos de Apeles Mestres.*

—x—

## El banco de coral

(DE HEREDIA)

En el marino fondo, cual misteriosa aurora,  
el sol alumbra selvas de etiópicos corales,  
y mézclase en los turbios y líquidos cristales  
la enorme bestia alegre con la viviente flora.

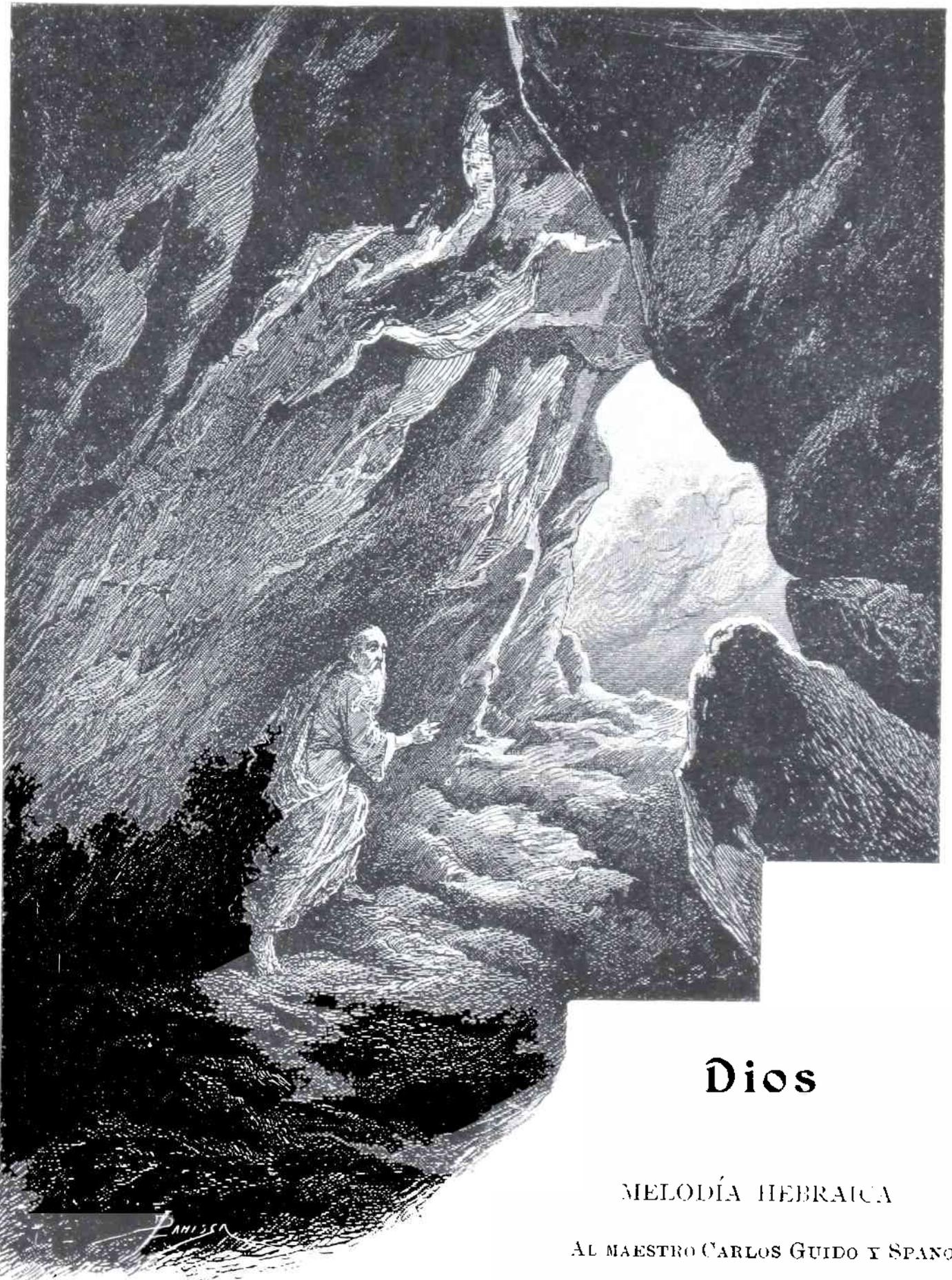
Y lo que el yodo tiñe, lo que el salitre dora,  
anémonas y musgos y conchas tropicales,  
con púrpura sombría de esmaltes magistrales  
incrustan vermiforme madrepora incolora.

Allí un pez corpulento navega silencioso;  
sin brillo las escamas, desliza perezoso,  
por entre ramas rojas, su amortecida gualda;

Y bruscamente un golpe de su aletear de fuego  
hace vibrar el turbio cristal azul, y luego  
correr temblores de oro, de nácar y esmeralda.

Bogotá.

ERNESTO O. PALACIO



## Dios

MELODÍA HEBRAICA

AL MAESTRO CARLOS GUIDO Y SPANO

Cuando quiso atentar contra la vida  
de Elías, Jezabel,  
dió refugio al Profeta una escondida  
cueva del monte Horeb.

Y se ciñó los lomos, y bendijo  
al que salvó á David.

Y fué palabra del Señor, que dijo:  
—¡Sal fuera! ¡Ven á mí!

Y sopló el huracán. Los horizontes  
con su velo cubrió,  
quebró las peñas y rompió los montes.  
Y en él no estaba Dios.

Y llegó el terremoto. En son de guerra  
hizo erizarse al mar;  
pero tampoco, al sacudir la tierra,  
estaba en él Jehovah.

Y vino el fuego. Y la serena cumbre  
de Siná se inflamó,  
y ardió el Desierto, y en su roja lumbre  
tampoco estaba Dios.

Y suspiró un rumor, cual de flexible  
palmera de Gessén:  
era el céfiro blando y apacible.  
Y Dios estaba en él.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 14 de Junio de 1899.

*Dibujo de J. Pahissa.*

—|—

## Aparición

Cual rayo descendido de la Altura  
sobre dantesco Círculo perverso,  
entre la tromba de este siglo adverso  
cruzó ante mí su incógnita hermosura;

Ante esa Aparición celeste y pura  
sentí en mí ser como otro ser diverso;  
y tuve la intuición de otro Universo,  
de una gloriosa Eternidad futura!

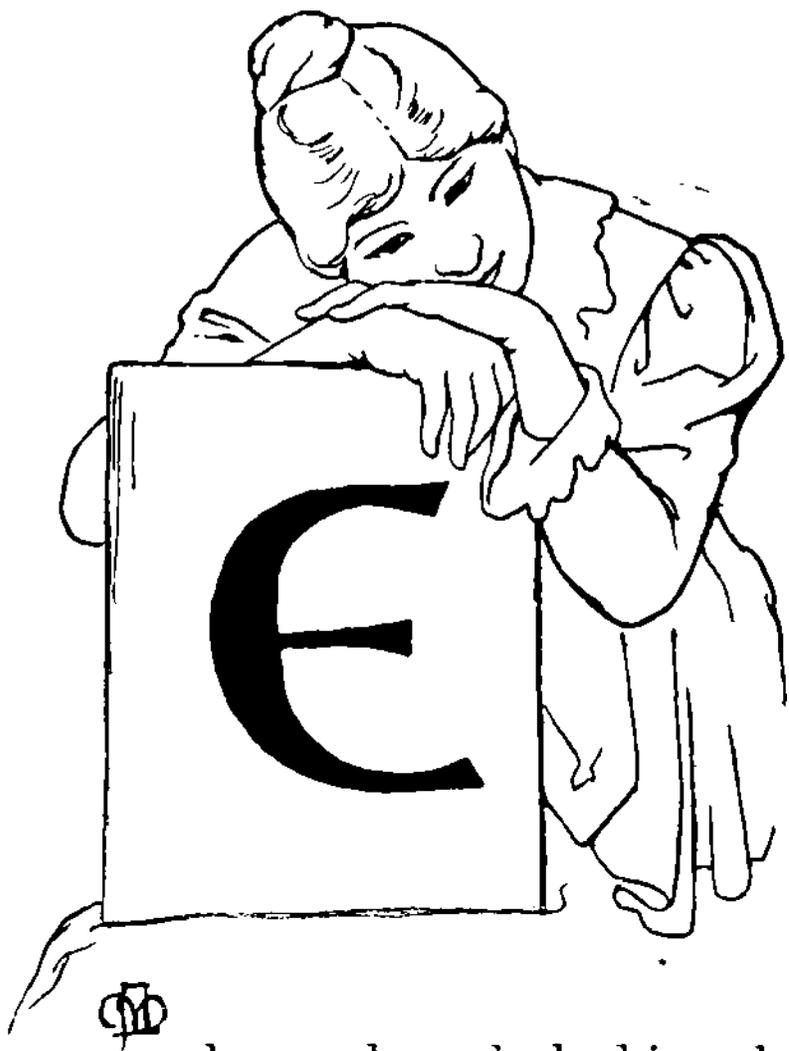
¡De un amor inmortal y repentino,  
mi alma, por la centella traspasada,  
hacia el fantasma se lanzó, divino!...

¡Mas luego, por el Cáucaso abrumada  
de LO IMPOSIBLE y del fatal destino  
quedó en su antigua noche sepultada!

NUMA P. LLONA.

Lima, 1899.

# Las dos hermanas



HISTORIA ABSURDA

HABÍAN dos hermanas gemelas.

Si blanca y sonrosada era la una, blanca y sonrosada era la otra; dotadas ambas de iguales cualidades y aptitudes, eran tan gemelas en todo, que no parecía sino que el Creador, satisfecho

de su obra, la hubiese hecho por partida doble.

Fueron creciendo y desarrollándose, tan bien avenidas siempre, que lo que quería ésta, — llamémosla *la mayor*, — lo quería también la otra, — llamémosla *la pequeña*.

En sus juegos, en sus travesuras, en sus labores, en todo mostrábanse hábiles y dispuestas á ayudarse mutuamente; pero por una inexplicable rareza de sus padres, cuanto más era impulsada *la mayor* á instruirse y educarse, á bastarse por sí sola, más y más se veía privada *la pequeña* de tomar parte en los juegos, ejercicios y quehaceres de su hermana; condenada á la inercia, á la inutilidad y á la impotencia.

«¡Trabaja! ¡haz algo!» decían constantemente á la primera.

« ¡Deja esto! ¡estate quieta! ¡ay de tí si haces algo! » gritaban con dureza á la segunda.

Y la mayor aprendió á escribir, dibujar, pintar, coser, bordar, en una palabra, todo cuanto puede halagar á la inteligencia humana; mientras que la pequeña se consumía en la inmovilidad á que la condenaba una tiranía ridícula. A veces, impaciente, tomaba parte en alguno de los juegos ó trabajos de su hermana; pero entonces llovían sobre ella las más severas censuras de los padres y la rechiffa de los criados y aún de los chiquillos.

\* \* \*

Y fueron creciendo, creciendo, siendo la mayor objeto de admiración de propios y extraños, en tanto que su hermana gemela vegetaba inútil y olvidada de todos. ¡Hasta hacer «la señal de la santa cruz» le estaba vedado á la pobrecilla!

La mayor era ya toda una mujer que se bastaba á sí propia, y en su orgullo había llegado á olvidar que su hermana hubiese venido á este mundo tan bien dotada como ella, y empezaba á mirarla con desprecio, más bien cual si fuera un trasto inútil que sangre de su sangre.

Pero un día la mayor enfermó.

Todo su saber, sus habilidades todas quedaron reducidas á cero; aquella sabia, aquella maravilla veíase de repente convertida en una masa inerte incapaz de producir nada, de ganarse el sustento, de llevar á la boca el alimento indispensable.

« ¡Hermana mía! — díjole en el colmo de la aflicción, — ¡ya ves tú cuántos años he trabajado para que comiéramos ambas! ¡Ya ves tú cuántos años te he servido y

he hecho para tí tanto como para mí misma! Sírveme ahora, ayúdame, emprende mi trabajo...

—¿Cómo quieres que te sirva, si desde que vine al mundo se me prohibió servirme aún á mí misma? ¿Cómo quieres que trabaje, si no se me ha enseñado á hacer nada? ¿En qué podría ayudarte, si me criaron de manera que ni á tí ni á mí pudiera ser útil en mi vida?»

¡Y tenía razón la infeliz! Y despechadas de no poder la que sabía y de no saber la que hubiera podido, las dos hermanas perecieron de miseria.



¿Os ha parecido esto un cuento? Pues bien, es una historia.

¿Esta historia os ha parecido absurda? Pues, absurda y todo, se está renovando todos los días; vuestros padres la han renovado en vosotros y vosotros en vuestros hijos, los cuales la irán renovando de generación en generación hasta el día en que baje á la tierra el Mesías, en forma de Sentido Común, para redimir al género humano de las tinieblas de la estupidez en que se halla sumido.

Y ahora ¿queréis conocer los nombres de las dos hermanas?

La *mayor* se llama MANO DERECHA.

La *menor*, MANO IZQUIERDA, por mal nombre llamada la Zurda.

APELES MESTRES.

*Dibujo de Apeles Mestres.*



## Canción del tedio

---

### I

Llora en el mustio cielo sombrío  
fúnebre llanto la nube espesa,  
canción monótona canta el hastío  
en el bosque áspero de mi tristeza.

Siento las sordas imprecaciones  
que, cual los muertos bajo el sudario,  
escapar dejan los corazones  
desde las cruces de su calvario.

Escucho el místico temblor siniestro  
de los profetas y los videntes,  
á los que el rayo marcó del estro  
con hondo surco las altas frentes.

Oigo la risa de los malditos,  
la risa histérica de los tiranos,  
cuando dialogan con sus delitos  
y el beso esquivan de los gusanos.

Las pavorosas obscuridades  
apocalípticas á mi alma llegan:  
el coro inmenso de las edades  
y el himno trágico de los que bregan!

### II

Canción monótona canta la duda  
sobre las ruinas de mi esperanza:  
ave agorera que me saluda  
con grito lúgubre, la noche avanza.

Llenan el aire ruidos ignotos,  
y por los montes y las laderas  
se oyen crujidos de huesos rotos,  
pasan tropeles de hírsutas fieras.

Cruzo el extraño bosque dantesco,  
sin que resuenen por mi camino  
voces querúbicas en gigantesco  
coro vibrante, coro divino.

Ni resplandores de altas estrellas,  
ni la sublime visión flotante  
que en prodigiosas, fúlgidas huellas  
siguió el adusto Toscano errante.

¿Dónde te encuentras, Ligeia triste?  
pálida musa de los dolores,  
¿por qué á mi labio sediento diste  
el filtro mágico de los amores?

Fúnebre llanto la nube espesa  
llora en el mustio cielo sombrío:  
¡oh noche, inúndame con tu tristeza!  
¡abrid en mi alma, flores de hastío!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1899.





◆ ◆ ◆ ◆ **CENTRO EDITORIAL** ◆ ◆ ◆ ◆

— LIBRERÍA, IMPRENTA Y TALLER DE ENCUADERNACIÓN —

RAMÓN ESPASA E HIJO

158, CALLE CERRITO, 174

◆ ◆ ◆ ◆ **Buenos Aires** ◆ ◆ ◆ ◆



Fotografía



Freitas



CASTILLO



Buenos Aires — Florida, 356

LA PRIMERA CASA EN EL RAMO



AÑO

XXIV



R. ESPER

e hijo

- EDITORES

